

*EL FUTURO EMPEZÓ EN 1987*



**EL DÍA EN QUE**  
**GOLIAT**  
**VENCIÓ A DAVID**



**A. M. VOZMEDIANO**

# El día en que Goliat venció a David

© A. M. Vozmediano 2018

Diseño y maquetación: José Bronson 2018

Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes sobre la propiedad intelectual y tratados internacionales.

ISBN: 978-1-98-103123-8



«Estaban en el lugar equivocado  
y en el momento inoportuno.  
Naturalmente, se convirtieron en héroes».  
Leia Organa de Alderaan.  
Alan Dean Foster, *Star Wars*.

## **1987**

Aún faltan dos años para la caída del Muro de Berlín. Dentro de cuatro años nacerá la World Wide Web y comenzará la Primera Guerra del Golfo. Nelson Mandela todavía está en la cárcel de Victor Verster y no será proclamado presidente de la República de Sudáfrica hasta que transcurran siete años. Dentro de catorce años se producirá el atentado suicida que destruirá las Torres Gemelas de Nueva York. Faltan quince años para la aparición de la moneda única europea, veinte para el comienzo de la Gran Crisis Económica y veintinueve para la elección de Donald Trump como cuadragésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América.

## 1. Bichos raros

Salían del instituto en aquel mediodía de primavera adelantada con la sensación de volver a la vida después de la aburrida jornada escolar. Charlaban unos con otros bajo los rayos deliciosamente tibios del sol, todos menos Luz. Luz era distinta. Caminaba cabizbaja, con los libros contra el pecho y el pelo oscuro tapándole media cara. Siempre se peinaba así. Era la única forma de disimular lo de su ojo.

—¡Eh, Luz!

Fani la había llamado desde algún lugar entre la multitud que abarrotaba los escalones de salida. Luz levantó la vista y una mano tiró de ella. Un instante después estaba en la acera, sin saber muy bien cómo había llegado allí, y Fani la miraba sonriente, todavía agarrada a su brazo. Luz no pudo evitar sonreír también.

—¿Qué haces esta tarde? —le preguntó Fani.

—Estudiar.

—No fastidies.

—No fastidio.

—¿Has vuelto a catear la física? Te dije que no te la cogieras. La filosofía es mucho más fácil.

—El problema son los exámenes del Boni. En el último nos preguntó que si una persona puede sobrevivir a la caída de un rayo sobre su paraguas.

—¿Y acertaste la respuesta?

—Claro que no.

—Prefiero la filosofía.

—Ya. Platón y su caverna. Muy divertido.

Se alejaron del anodino edificio pintarrajeado de grafitis, buscando el sol

que se filtraba entre las volutas de contaminación. Habían tenido una conversación parecida montones de veces, acerca de si la filosofía era más fácil que la física o la historia más aburrida que las matemáticas. Para Fani era fácil: ella tenía claro que quería dedicarse al fútbol. Pero Luz no tenía ni idea de qué iba a hacer con su vida al terminar el instituto. Ni siquiera sabía si iba a terminar el instituto.

—Vente a mi casa —dijo de pronto Fani—. Alquilaremos una peli. Creo que ya han sacado en vídeo *Esta casa es una ruina*.

—¿Cuál?

—La última de Tom Hanks.

—No soporto a Tom Hanks.

—Bueno, alquilaremos otra. ¿Qué me dices?

—Hoy es martes. ¿No tienes entrenamiento?

—Qué va, el entrenador está con gripe. Anda, di que sí. Solo será un rato. Luego podemos estudiar juntas.

Luz sabía que, si terminaba cediendo, le costaría una mirada torcida y unos cuantos reproches de su madre. En cuanto a su padre... Hacía mucho tiempo que no esperaba nada de él. Estaba a punto de contestar cuando un muchacho pálido y desmañado, aferrado a una bolsa de pipas y embutido en una sudadera oscura con la capucha medio descosida, las alcanzó sin resuello.

—¡Luz! Menos mal que te encuentro. No te he visto en clase de mates. ¿Es que estabas enferma?

—Estaba sentada detrás de ti, Tom —contestó Luz—. Donde siempre.

—Ah.

Fani miró al chico con desprecio.

—¿A ti no te han enseñado que es de mala educación interrumpir las conversaciones de los demás?

Tom dio un paso atrás y escupió la cáscara de una pipa. Luz pensó que, si hubiese tenido orejas y rabo, hubiera compuesto una estampa perfecta de perrito acobardado. Con la voz un poco trémula, el chico continuó hablando. Por lo visto, lo que tenía que decir era tan importante que ni siquiera la presencia amenazante de Fani lo iba a hacer retroceder.

—Lo he conseguido. ¡Lo tengo!

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó Luz, mirando de reojo a su amiga por si decidía lanzarse contra Tom como un toro en embestida.

—*Un espía en Isengard*, claro. *Aventuras en la Tierra Media*.

Luz abrió mucho los ojos.

—No fastidies. ¿En serio? ¿Ya está en castellano?

—Lo tengo en mi casa. Recién llegado del catálogo de Discoplay. No me he atrevido ni a quitarle el plástico.

Fani los interrumpió con los brazos en jarras.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —preguntó—. ¿Es otro de vuestros rollos frikis?

Los otros dos la miraron un instante como si fuera una extraterrestre y luego se lanzaron a hablar a la vez.

—¡Es el primer número de *Aventuras en la Tierra Media!*

—¡Un libro-juego!

—En Estados Unidos ya van por el sexto.

—Como los de *Elige tu propia aventura*, pero mejor.

—Basado en el universo de Tolkien.

Para Fani fue como si la palabra Tolkien la hubiese golpeado en el estómago.

—¿Otra vez estáis con esa mierda de *El señor de los anillos*?

—Si lo hubieras leído no te burlarías tanto —se defendió Tom, que podía soportar muchas humillaciones, como que alguien se riese en su cara de *Los critters* o incluso de *Conan el bárbaro*, pero no permitía que nadie, ni siquiera Fani, despreciase a Tolkien.

—No pienso leer mil páginas sobre duendes y elfos. A lo mejor cuando hagan una película voy a verla.

—No tiene mil páginas, sino mil cien en la edición de un solo tomo. Y ya han hecho una peli. Ralph Bashki, 1978.

—Una peli de dibujos. Avísame cuando rueden una para adultos.

—No todas las películas de animación son para niños.

—Si esa te gusta a ti significa que es para niños o para imbéciles.

—Imbécil es quien critica algo sin haberlo visto.

—¿Me estás llamando imbécil?

—Has empezado tú.

A esas alturas de la conversación, los dos estaban muy cerca el uno del otro y Luz había pasado de preguntarse si prefería pasar la tarde con Tom Hanks o con Saruman a intentar decidir si era el momento de intervenir como fuerza de pacificación de la ONU o si sería mejor dejar que Fani y Tom se despellejaran de una vez.

Casi se había decantado por lo último cuando Fani bufó en la cara del muchacho y se alejó muy circunspecta y dando zapatazos para unirse a un grupo de chicas que cacareaba por allí cerca con sus carpetas forradas con las sonrisas de George Michael y Don Johnson. Luz se encogió de hombros. Su amiga siempre perdía los nervios con Tom. A ella le perdonaba sus rarezas (aunque, sin duda, consideraba que todo aquel al que le gustara Tolkien, los comics de Watchmen o los juegos del ZX Spectrum tenía pendiente una visita al psiquiatra con urgencia), pero Tom era tan vehemente cuando se trataba de defender a sus ídolos, a pesar de su cuerpecillo escuchimizado, que Luz no podía, al menos en esos momentos, dejar de sentir una especie de cariño maternal hacia el chico.

Se quedaron los dos solos un momento. Luz sabía que a Fani se le pasaría enseguida el enfado y volvería.

—¿Quieres? —dijo Tom, ofreciéndole el paquete de pipas.

—No, gracias —dijo Luz—. ¿Crees que harán algún día una adaptación de imagen real?

Retomar aquel asunto fue para Tom como volver a la vida. Respondió con entusiasmo:

—¿De *El señor de los anillos*? ¡Seguro! Spielberg comprará los derechos, o quizá George Lucas. Solo Lucasfilm dispone de los efectos especiales que hacen falta. Sean Connery podría ser Gandalf y...

Una voz grave y estridente como un trombón desafinado interrumpió la conversación.

—Vaya, mirad quiénes están aquí. El pirado y la chalada.

Hubo unas risas. Tom se encogió por instinto. Luz cerró los ojos, como si eso pudiera lograr hacerla desaparecer de allí y transportarla a cualquier otro lugar. Australia, por ejemplo.

—Menuda pareja —continuó la voz—. Dios los cría y ellos se juntan.

Luz se volvió pero mantuvo la vista en el suelo para no mirar a la cara al propietario de la voz. Era Ernesto Velasco, por supuesto, con su tupé engominado, su polo de Lacoste y su cohorte de energúmenos riéndole las gracias. La chica intentó mantener la calma, pero la verdad es que el tipo la asustaba. Se aseguró, con un gesto mecánico, de que el pelo le tapaba medio rostro antes de decir titubeando:

—Déjanos en paz.

—¿Me hablas a mí, bicho raro? —dijo Ernesto—. Es que no sé a quién



estás mirando con ese ojo de loca.

Otra vez el ojo. Ese ojo gris, casi blanco, que tenía de nacimiento y que los médicos habían calificado como una singularidad congénita, un caso entre un millón. Veía por él tan bien como por el otro, de un color marrón de lo más vulgar, pero hubiera dado cualquier cosa para que sus dos ojos fueran marrones y vulgares.

—Déjanos en paz. No te hemos hecho nada —insistió Luz sin mucha convicción.

—Uuuh. Que la bicho raro se nos enfada —se burló Ernesto—. No hay nada más peligroso que una loca defendiendo a su chico.

Tom se adelantó un paso.

—No soy su chico. Y no necesito que nadie me defienda.

—Mirad, Hulk Hogan ha salido de su cueva. Pero si tú necesitas hasta alguien que te limpie la caspa.

El grupo de energúmenos rio la ocurrencia y empezó a rodearlos. Un tipo llamado Vicente, que tenía edad para haber hecho la mili media docena de veces y el pecho lleno de medallitas de vírgenes y amuletos contra el mal de ojo, se colocó a su espalda, impidiéndoles cualquier intento de huida. En total eran al menos siete. Tom apretó los puños y por un instante Luz temió que fuese a saltar sobre ellos. Lo destrozarían, sin duda. Solo Ernesto ya era el doble de alto, el doble de ancho y el doble de bruto y, según Luz había oído, iba a clases de kárate o algo parecido.

—Veréis, bichos raros, hoy había pensado no meterme con vosotros, ¿sabéis? —dijo Ernesto con media sonrisa—. Pero salgo del instituto y, ¡pam!, os encuentro aquí, en mi camino. ¿Os dais cuenta de lo desagradable que resulta? Me habéis fastidiado la tarde. Así que tendréis que hacer algo para compensarme. —Fingió que cavilaba un momento. Luego señaló a Tom—. Tú, dame tu mochila, pirado.

Tom aferró su macuto andrajoso como si en él guardase la piedra lingam de Shiva. Luz pensó que al muchacho le hubiera gustado decir algo como «tendrás que arrancármela de los dedos fríos y muertos», pero el miedo le impidió abrir la boca o siquiera mantener una postura digna. Se encogió sobre sí mismo, con la mochila abrazada contra el estómago, como una tortuga en posición invertida.

—Dame esa mochila —repitió Ernesto.

—No —la voz de Tom era menos que un susurro.

—No lo repetiré —dijo Ernesto—. Dame la mochila.

Se hizo el silencio y Luz tuvo la lucidez suficiente como para comprender que Ernesto había convertido aquel espectáculo en una disputa personal. Tom nunca le daría su mochila por voluntad propia, y el otro no podía dejar que el bicho raro se saliera con la suya delante de sus amigos. El enfrentamiento era ahora inevitable. Sintió un temblor en las tripas que tal vez era aprensión... o tal vez ira.

Ernesto dio un paso hacia Tom, que seguía acuclillado en el suelo, protegiendo su mochila y, de paso, protegiéndose a sí mismo de los golpes que barruntaba. Una mano grande como el guante de un panadero le cayó sobre el hombro y le apretó el trapecio con una rabia inusitada. El muchacho se retorció de dolor y reprimió un grito.

Luz se sopló el pelo de la cara para apartarlo del ojo albino y dio un paso adelante. Lo hizo sin percatarse de que lo hacía. No tenía ni idea de lo que se proponía. Hubo un revuelo y varios chicos se movieron hacia los lados como impulsados por una fuerza irresistible. Apareció Fani con el rostro congestionado, abriéndose camino a empujones entre el grupo de energúmenos con toda la rotundidad de sus setenta y cinco kilos de músculo y grasa. Luz compadeció a los que tuvieran que vérselas con ella en el campo de fútbol. Fani se encaró directamente con Ernesto y le espetó:

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer? ¿Tal vez ir a restregarte la entrepierna con una ortiga?

Ernesto soltó a Tom y se enfrentó a la chica. La miró con desprecio, y también con un destello de temor. Pareció considerar las posibilidades. Fani era fuerte, pero ellos eran siete u ocho. Sin duda podrían reducirla, aunque alguien se iba a llevar unos cuantos mamporros entre tanto, y Ernesto tenía todas las papeletas para que le pusieran morado uno de sus encantadores ojos azules. Por otro lado, no podía retirarse sin más. Necesitaba una salida honorable, dentro del retorcido concepto del honor que pudiera tener un tipo como él.

—Esto no es asunto tuyo —dijo por fin.

—Claro que lo es. Son mis amigos. Vosotros no. Así que aire, que nadie os ha invitado a esta fiesta.

Los energúmenos de la pandilla de Ernesto miraban a su cabecilla como diciendo: ¿es que vas a permitir que te hable así? Fani aprovechó que lo tenía contra la pared para no soltar a su presa:

—Como veo que tu minúsculo cerebro no logra encontrar un modo de salir de esta, te voy a proponer una cosa. Tú y tus colegas os largáis con viento fresco, y yo no te parto la cara. ¿Qué te parece?

Aquello era más de lo que Ernesto estaba dispuesto a tolerar. Se acercó a Fani con las mejillas a punto de entrar en ebullición y levantó un dedo amenazador, grueso como una morcilla.

—No pienses que te vas a librar por ser una chica, marimacho de mierda.

Por un momento dio la impresión de que Fani le iba a partir la cara después de todo, pero estaba mucho más calmada de lo que aparentaba. Por eso pudo responder:

—Y tú no pienses que te vas a librar por ser un retrasado mental.

Ernesto cerró su amenazante puño de dedos morcillones delante de la cara de Fani, que ni siquiera pestañeó. Luz tensó el cuerpo. Sintió el hormigueo de la adrenalina recorrerle los brazos y las piernas. No era consciente de ello, pero estaba dispuesta tanto a saltar sobre Ernesto como a salir corriendo, según lo que se terciase. Tom, mientras tanto, contemplaba a Fani embobado, como si estuviera viendo a un santo en plena faena de obrar un milagro o, mejor aún, a Gandalf cabalgando a Sombragris por el páramo de Rohan.

—¿Qué está pasando aquí?

Un hombre enjuto parapetado tras un mostacho y unas remendadas gafas de concha irrumpió en medio del grupo mirando a un lado y a otro con gesto acusador. La tensión se diluyó al instante, como el cacao soluble en leche demasiado caliente.

—Nada, profesor —dijo Fani—. Solo charlábamos sobre física.

El hombre del mostacho la miró con expresión severa.

—Usted ni siquiera está este año en mi clase, Estefanía. En cuanto a usted —añadió dirigiéndose a Luz—, creo que haría bien en ir a casa a repasar esos ejercicios de electricidad.

Ernesto había retrocedido unos pasos, con la clara intención de alejarse de la escena del crimen sin llamar la atención. El Boni levantó la voz para preguntar:

—¿Y a dónde se dirige usted con tanta prisa, señor Velasco? ¿También se interesa por mis clases de física?

El joven enseñó su dentadura perfecta con descaro.

—Mi madre me está esperando en el coche —dijo señalando hacia la

avenida, donde una cabellera rubio platino brillaba en el interior de un flamante BMW 530 de color cobrizo—. No me gustaría que provocase un atasco por mi culpa.

El profesor lo miró antes de responder con hastío:

—No, claro que no.

Ernesto hizo un gesto apenas perceptible a sus secuaces. Todos respondieron automáticamente, alejándose de allí entre muecas de desprecio que parecían salivazos. Se dispersaron poco antes de llegar al BMW. Ernesto abrió la portezuela trasera y se dejó caer en el asiento mientras su madre arrancaba el motor. Aún tuvo tiempo de lanzar una última mirada envenenada a los tres amigos. Luego el vehículo salió disparado haciendo chirriar los neumáticos en el asfalto.

—Tengan cuidado con ese individuo —dijo el Boni cuando el rumor del potente motor se hubo extinguido. No hablaba con nadie en particular. De pronto parecía un hombre exhausto—. He visto a otros como él y pueden llegar a ser... —dudó un instante antes de concluir—: peligrosos.

Se alejó renqueando, sin el porte aguerrido que solía utilizar al entrar en el aula, y a Luz le sorprendió no haberse fijado nunca en lo envejecido que estaba aquel profesor al que se suponía que debía odiar por haberle suspendido la física.

Fani chasqueó la lengua y, como si ese solo gesto bastase para poner fin al desagradable episodio, sonrió y dijo:

—¿Habéis acabado ya con vuestros rollos frikis? ¿Nos vamos de una vez o qué?

Caminaron los tres juntos bajo los tilos desnudos de Guzmán el Bueno hacia la Avenida de la Reina Victoria. Iban en silencio, con el ruido del tráfico como única banda sonora. Luz notó que la adrenalina la abandonaba y sus piernas se ablandaban a cada paso. Estaba cansada de todo aquello, de tanta violencia gratuita, de ser siempre diferente, de todos los chulos de patio de colegio del mundo. Deseó con todas sus fuerzas llegar a casa y sentarse en el sofá, a salvo, sin pensar en nada, sin que nadie la molestara, sola con un plato de comida recalentada en el regazo y alguna película descerebrada y ruidosa, *Posesión infernal* o *El vengador tóxico*, embotando sus sentidos desde la pantalla del televisor.

Palpó con la mano el bolsillo de sus vaqueros y dijo:

—Mierda, he vuelto a venirme sin las llaves.

—No fastidies —dijo Fani.

—Como lo oyes.

—Un día de estos te vas a olvidar los pantalones. ¿Y ahora qué? ¿Habrá alguien que pueda abrirte?

—No creo. Mamá se lleva el almuerzo a la biblioteca, y mi padre volverá a las tantas del trabajo.

—Puedes venir a comer a mi casa.

—No, no. Cogeré el metro. En quince minutos estoy en la biblioteca y le pido las llaves a mi madre.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—Eh, y esta tarde, ¿qué? ¿Nos pillamos la de Tom Hanks en el videoclub?

—En serio, Fani, tengo que estudiar. Las vacaciones se acercan y no levanto cabeza con la física.

—Está bien. Ya te dije que no la cogieras. Pero que no me entere de que te has ido a casa de este —dijo señalando a Tom— a jugar a eso del espía en la corte del rey Arturo o como se llame.

Tom sonrió y, a su pesar, Luz también.

—Otro día, Tom —dijo Luz mirando al muchacho—. Hasta luego.

Habían llegado a la estación de Cuatro Caminos. Luz bajó las escaleras mientras agitaba la mano a modo de despedida. Volvía a apretar los libros contra el pecho y el cabello oscuro le cubría medio rostro. El submundo tenebroso de la línea 6 del metro la devoró con indiferencia.

## 2. Metro de Madrid les desea buen viaje

El olor inconfundible de los túneles del metro la envolvió como una manta demasiado usada: olor a lubricante industrial, a sudor, a polvo. Bajar al metro era retroceder un poco a la niñez, cuando su padre la llevaba de la mano por las escaleras mecánicas, los viejos trenes parecían criaturas mitológicas y los planos de las líneas eran mapas del tesoro. Luz sonrió, pero era una sonrisa triste.

Supuso que Fani y Tom habrían emprendido ya el camino a sus respectivas casas sin saber muy bien qué decirse. Acabarían discutiendo de nuevo antes de separarse. Eran, cada uno a su manera, sus mejores amigos, aunque Luz no estaba segura de qué significaba exactamente esa palabra. Hacía tiempo que no estaba segura de nada.

Hurgó en los bolsillos de los vaqueros hasta que logró rescatar las cincuenta pesetas que costaba el billete sencillo perdidas entre una horquilla oxidada y varias pelusas. Se acercó a la taquilla. Había un par de personas en la cola y se dispuso a esperar.

Fue entonces cuando los vio. Eran dos tipos vestidos de traje y corbata: gafas oscuras, pelo engominado, zapatos caros. Y la miraban a ella.

Estaban parados en la esquina del corredor que conducía a otra de las salidas de la estación, como si esperasen a alguien, pero había algo del todo fuera de lugar en ellos. Luz no sabía qué era. Tal vez su ropa elegante, su actitud de matones de película antigua, o sus gafas de sol allí abajo, en el metro, donde la iluminación artificial no resultaba precisamente cegadora.

La cola avanzó. Luz apartó la vista de los tipos trajeados. Fue solo un instante, pero cuando volvió a mirar se habían esfumado. Se dio cuenta con las tripas más que con la cabeza de que allí estaba ocurriendo algo raro. Aún

así, suspiró e intentó relajarse. «Te lo estás imaginando», se dijo. «Tu cabeza está trabajando en un juego de rol llamado *Aventuras en el metropolitano* para hacerte escapar de esta birria de vida que llevas». Paseó los ojos por el hall. Todo desprendía esa normalidad gris y ajada del devenir cotidiano: los túneles que se hundían en las raíces de la ciudad, los pasillos que llevaban a la calle, los paneles con publicidad y planos de la red de ferrocarriles suburbanos. La multitud anodina de cualquier día laborable, también un poco gris y un poco ajada, iba y venía con prisa, inmersa en sus pequeños o grandes problemas, ignorando a aquella adolescente alarmada porque dos individuos con aspecto de matón de película de gánsters la habían estado mirando durante un instante.

Por fin le llegó el turno de comprar su billete. Pagó con dos monedas de veinticinco pesetas y se dirigió hacia los tornos de entrada. De pronto chocó con una mole que un segundo antes no estaba allí. «Uno de los tipos trajeados», pensó con una punzada de pánico. Una mano del tamaño de una tapa de alcantarilla le aferró el brazo.

—¿Estás bien, chica?

La voz era grave y jadeante. Trató de zafarse y, para su sorpresa, lo logró. Delante de ella había un tipo vestido con uniforme de policía, pero tan grueso que los botones de la camisa amenazaban con salir despedidos de su abdomen como proyectiles. Cada vez más asustada, la parte racional de su cerebro empezó a gritar algo que no ayudó a calmarla. Le gritaba: «este tío no es policía a pesar del uniforme. Ningún policía está tan gordo».

—¿Estás bien? —repitió el hombre.

Luz se escabulló en dirección a los tornos de entrada murmurando un asentimiento. Temía que, en cualquier momento, el tipo gordo se lanzase hacia ella y la retuviera con sus manazas, pero no sucedió así. El hombre se limitó a mirarla mientras ella, con dedos temblorosos, intentaba acertar con el billete en la ranura. Cuando por fin consiguió traspasar el torno, oyó a su espalda la voz del policía que decía:

—Ve con los ojos bien abiertos, chica. Hay mucho granuja suelto por ahí.

Luz se alejó sin mirar atrás y haciendo un esfuerzo consciente por no correr. Cuando el pasillo trazó una curva y se sintió a salvo de la mirada del falso policía, se apoyó contra la pared mugrienta y respiró despacio varias veces. No ha pasado nada, se dijo. Dos tipos trajeados que parecía que te miraban. Un poli adicto a los donuts con el que has tropezado por accidente.

No es nada. Es menos que nada.

La gente seguía yendo y viniendo al ritmo insensible de las mareas, con ese paso rápido y silencioso, a menudo solitario, con el que los seres humanos afrontan un lugar tan poco propicio a su biología como son los túneles del metro. Luz experimentó algo parecido a la claustrofobia por primera vez en su vida, y fue consciente de lo vulnerable que resultaba perdida y sola en aquel dédalo de grutas artificiales. Habían quedado muy atrás las aventuras, las criaturas mitológicas y los mapas del tesoro de su niñez. Echó de menos el ambiente del exterior, el desparpajo ruidoso de la gente en las plazas, las calles y los bares.

Un chico acababa de llegar al corredor. Se detuvo a unos metros de Luz. Era joven, tal vez un par de años mayor que ella. Debió de ser por eso que no le pareció amenazante. Llevaba una funda de guitarra a la espalda. Se la descolgó y empezó a abrirla con parsimonia. Luz pensó que ahí dentro podía esconder un arma automática, tal vez una ametralladora, y sonrió, a su pesar, por su morbosa imaginación. Demasiados libros y películas, ya te lo dice mamá. Tienes la cabeza llena de pájaros. Cuervos, probablemente.

No se trataba de una ametralladora ni de un subfusil de asalto: el chico sacó de la funda una guitarra acústica, de madera brillante, tan vulgar como pueda parecer cualquier guitarra acústica a los ojos de un profano. Extendió la funda frente a él para recoger las monedas con las que los transeúntes quisieran obsequiarle y se colgó la guitarra del cuello. Luego rasgó algunas cuerdas y ajustó las clavijas. Luz lo miraba fascinada, sin saber por qué. En un momento dado, el chico levantó la vista y sus ojos se encontraron. Ella apartó la cara, avergonzada, y se aseguró una vez más, con ese gesto automático que repetía desde que tenía memoria, de que el cabello le cubría medio rostro y le tapaba su ojo albino.

Se puso de nuevo en marcha. Solo estaba a cuatro paradas de la biblioteca donde trabajaba su madre. Había hecho ese camino mil veces.

El chico de la guitarra comenzó a arrancar los primeros acordes de su instrumento y Luz reconoció al instante la melodía. La música se perdía tras el último recodo, pero aún así la golpeó con la contundencia de un ariete. Era esa canción de Nacha Pop que las últimas semanas se escuchaba por todas partes, *Lucha de gigantes*. Sacudió la cabeza, aturdida. Conocía bien el poder hipnótico de la música, de modo que tuvo que hacer un esfuerzo por alejarse de allí. «Vamos, mueve el culo y tranquilízate», se dijo. «La gente va y viene,



un músico callejero toca su guitarra y el olor a metro lo inunda todo, ese olor que se te queda pegado a la ropa y continúa ahí un rato después de salir a la calle. El mundo sigue siendo más o menos normal. Tú sigues caminando y súbete a ese maldito tren».

Llegó a las escaleras mecánicas que descendían hacia el andén de la línea 6. Cuando era pequeña la asustaba ese tramo y a la vez la fascinaba. Eran las escaleras mecánicas más largas que conocía, serpientes metálicas que reptaban sin pausa más allá de los cimientos de la ciudad. Incluso ahora que ya no era una niña seguían produciéndole vértigo. Hacía un millón de años que no bajaba por allí agarrada de la mano de su padre, sintiendo esa mezcla de horror y maravilla que provocan las películas de zombis o las novelas de Stephen King. Su padre le contaba que los andenes estaban a cuarenta o cincuenta metros bajo el nivel de la calle, y que era la estación más profunda del país, o del mundo, no lo recordaba bien. Tampoco tenía importancia. Para su mente infantil, los andenes estaban a mil kilómetros de la superficie, flotando justo encima de las cuevas de los Morlocks o del núcleo de metal fundido de la Tierra.

Se acomodó en un peldaño e inició el largo descenso. Sin darse cuenta había empezado a sonreír, aunque su sonrisa se congeló cuando volvió al presente, un presente en el que estaba sola, en el que no había ninguna mano protectora que fuera a conducirla por la estación más profunda del país, o del mundo, para llevarla al otro lado, donde siempre era primavera y había juegos y risas. El tiempo en el que las cosas eran así había pasado y ya no volvería. Algo dormido en su interior, algún dolor antiguo e ignoto, pugnaba por abrirse paso y desbordarlo todo, y tal vez lo hubiera conseguido de no ser por el silencio.

*El silencio.*

Todo estaba en silencio. Ya no había murmullos apagados, pasos de la muchedumbre que va y viene presurosa.

Luz miró alrededor. No había nadie más que ella en aquel túnel que descendía hacia las profundidades, solo ella y la escalera mecánica que se perdía de vista en su perfección rectilínea. ¿Dónde demonios se había metido la gente? No era hora punta, de acuerdo, pero aquella soledad repentina resultaba muy perturbadora.

Sintió que el corazón se le aceleraba de nuevo. Podía oírlo bombear la sangre entre el runrún monótono del mecanismo de la escalera. Volvió a

repetirse que no ocurría nada raro, que solo estaba a unas pocas paradas de la biblioteca.

El motor se detuvo de golpe. Fue un frenazo tan brusco que la hizo inclinarse hacia delante hasta casi perder el equilibrio. Se agarró con fuerza a la barandilla de goma negra, pegajosa de los restos de miles de manos. Esperó unos instantes, por si el movimiento se reanudaba tan de improviso como había cesado. Tras unos segundos de quietud empezó a sentirse muy estúpida, de modo que comenzó a bajar con cautela.

Avanzó paso a paso, concentrada en lo que hacía, sin soltar la barandilla por si los peldaños congelados cobraban vida de repente. La parálisis de la escalera la aturdió, como si algo no encajara como era debido en los engranajes de su cerebro. Estaba tan absorta en la tarea que no escuchó los pasos. Más tarde pensaría que los tipos tuvieron que haber hecho algún ruido, sin duda, y que el silencio opresivo del túnel tuvo que haberlo amplificado. Pero ella no prestó atención hasta que fue demasiado tarde. Había rebasado, sin saberlo, ese punto de no retorno cuando levantó la vista de sus pies, solo por un instante, y los vio allí, al final de la escalera, aparecidos de la nada, aún lejanos pero inconfundibles: los trajes grises, las corbatas, el cabello engominado, las gafas de sol.

Se detuvo en seco. De pronto, cuatro paradas le parecían una distancia tan insalvable como viajar a Saturno. Miró hacia atrás, a la parte de arriba de la escalera que ahora era una montaña inexpugnable, y dejó que un grito se ahogara en su garganta cuando apareció el cuerpo orondo del falso policía con el que había chocado junto a las taquillas.

«No puede estar ocurriendo esto», se dijo en un susurro. «No es verdad. Este túnel no puede estar desierto, ni esos dos tipos de los trajes me están esperando ahí abajo, ni el falso policía se ha colocado en lo alto de la escalera para taponar la única vía de escape. Eso solo pasa en las películas que te gusta alquilar los fines de semana».

Se estremeció como si hiciera mucho frío, incapaz de decidir qué hacer a continuación. Una voz lejana, proveniente de otra vida, de un padre contando una historia a una niña de cinco o seis años que lo miraba embelesada, resonó en su cabeza. «Dicen que, en situaciones límite, las personas pueden reaccionar de forma imprevisible», decía la voz. «El oficinista se transforma en un león, y el atleta se refugia detrás de su madre como un animal asustado».

Pero ella no era un león ni un atleta. Era, como mucho, la pequeña Carol Anne acechada por fantasmas al otro lado del televisor. ¿Por qué la buscaban? Miró desesperada alrededor. En paralelo a la escalera mecánica discurría otra convencional, con las baldosas de los escalones desportilladas. Podía intentar saltar la barandilla de goma negra y escapar por esa otra escalera, pero los tipos la verían y la estarían esperando, y la agarrarían, y ella se debatiría sin mucha convicción, y luego... Luego, ¿qué?

No, la otra escalera no era ninguna solución.

A menos que...

Una idea descabellada despuntó en su mente. Se obligó a seguir bajando antes de cambiar de opinión. Ordenó a un pie a adelantarse, y después al otro, muy concentrada en esa tarea titánica. Las piernas le temblaban. Descendió escalón tras escalón con el ademán más sosegado que pudo fingir, apretando los libros contra el pecho con una mano, agarrándose a la barandilla con la otra, como si todo aquello no fuese con ella, o como si solo fuera una adolescente despistada que no se había percatado de las tres presencias amenazadoras.

Notó un *tum-tum* bajo los pies. La escalera vibraba. Giró la cabeza y por el rabillo del ojo pudo atisbar al policía gordo que descendía bamboleándose tras ella. Su corpulencia hacía que toda la estructura metálica se estremeciese a cada zapatazo.

Luz aceleró el paso. Empezaba a distinguir las facciones de los tipos trajeados. La miraban fijamente. Las gafas de sol resultaban casi hipnóticas. Seguía notando la vibración de la escalera que marcaba el ritmo al que el falso policía se acercaba. *Tum-tum, tum-tum*. Cada vez más rápido. Podía imaginarlo enrojecido por el esfuerzo, la tripa oscilando arriba y abajo, saltando los escalones de dos en dos, de tres en tres. *Tum-tum, tum-tum, tum-tum*.

Estaba ya a unos metros de los tipos trajeados. Uno de ellos se adelantó y extendió los brazos. Por la imaginación de Luz cruzó la ocurrencia absurda de que quería recibirla con un abrazo. Entonces, con una punzada de horror, pudo ver con claridad su rostro, o lo que quedaba de él: dos grandes cicatrices lo cruzaban desde la frente hasta el mentón, como una cruz macabra que marcase el centro de una diana. Las cejas eran un borrón de tinta y le faltaba un trozo de nariz.

El falso policía se acercaba por detrás. *Tum-tum, tum-tum, tum-tum, tum-*

*tum*. Los pasos retumbaban muy próximos. A Luz le pareció sentir una respiración acalorada en la nuca.

Solo iba a tener una oportunidad. Atacó los últimos escalones. Se aferró al pasamanos de goma negra y contó mentalmente: uno, dos, tres...

El tipo de la cara cortada se lanzó hacia ella. El falso policía trató de alcanzarla por detrás. Luz dejó caer sus libros...

Y saltó afuera de la escalera.

Se había impulsado con las piernas y había pivotado sobre el brazo que apoyaba en el pasamanos. Aterrizó en la escalera manual que discurría paralela a la mecánica. Escuchó muy cerca el encontronazo del falso policía con los dos hombres trajeados. Había un evidente desequilibrio de masas. «La energía cinética es proporcional a la masa y a la velocidad», pensó con un destello de malicia. «Y eso que se me daba mal la física». Escuchó gruñidos y bufidos mientras ponía tierra de por medio.

No había tenido tiempo de pensar en ello, pero de algún modo nebuloso había imaginado que encontraría gente en el andén de la estación. Sin embargo, allí no había nadie, ni un alma. Solo el silencio angustioso, las vías llenas de herrumbre y charcos indescifrables, la oscuridad del túnel tratando de engullirla como la manguera de una aspiradora. Era como en esas películas apocalípticas en las que el último ser humano recorre los lugares que en otro tiempo debieron de estar llenos de personas con las que compartir la vida y que se han convertido en el reino de las sombras.

Siguió corriendo para alejarse de las escaleras mecánicas. Tampoco tenía ningún otro lugar a dónde ir. Imaginó que los tres hombres, los tipos trajeados y el falso policía, ya estarían poniéndose en pie, tal vez haciendo recuento de daños o recriminándose por su torpeza. Miró hacia atrás sin dejar de correr y lo que vio la hizo detenerse en seco.

Los tres tipos habían llegado al andén, pero no la perseguían, sino que estaban enzarzados en una furiosa pelea. O, más bien, el policía gordo estaba repartiendo manotazos a los dos individuos trajeados tan deprisa y con tanta precisión que resultaba inconcebible en alguien de su tamaño. Los otros dos intentaban zafarse correteando a su alrededor como insectos en apuros. Sus gafas de sol hacía tiempo que habían volado por los aires y las corbatas descolocadas les habían hecho perder ese aspecto impecable de ejecutivos o secretarios de un ministro. Aunque el policía era corpulento, los otros dos parecían correosos, y por fin el de la cara cortada consiguió encaramarse a las

anchas espaldas del primero y le rodeó el cuello con sus brazos. El policía se debatió para quitárselo de encima, pero el tipo se había aferrado como una sanguijuela, mientras su compañero repartía patadas y puñetazos en todo el perímetro de aquella barriga planetaria.

El policía, sofocado, miró a Luz y gruñó entre jadeos:

—¡Corre! ¡Corre!

Luz tardó un instante en comprender que le hablaba a ella. Cuando lo hizo dio un respingo y salió disparada en la dirección contraria, alejándose de la pelea que el policía estaba perdiendo. Intentó recordar si aquel andén tenía otra salida. Había estado allí montones de veces, pero en aquel momento le resultó imposible pensar en ello. Solo podía correr y confiar en que hubiese un pasillo que condujera a la calle antes de que el andén terminase.

Oyó pasos y volvió la cabeza. Los dos tipos trajeados habían dejado inconsciente al policía y se habían lanzado tras ella. Y eran rápidos, muy rápidos. Se le estaban echando encima.

Apretó el paso, con el corazón desbocado. «Tal vez llegue un tren justo ahora», se dijo. «Tal vez aparezca alguien y me ayude».

Con un gemido comprobó como la pared del final del andén se acercaba, sólida, definitiva. Más allá solo quedaban las vías que se perdían en la negrura amenazante del túnel. No había ninguna salida en aquel extremo. Estaba atrapada en una ratonera. Podía oír los zapatazos de sus perseguidores a su espalda, cada vez más próximos. Iba a notar un tirón del jersey en cualquier momento. La derribarían y el tipo de las cicatrices se subiría sobre ella, con su nariz destrozada a pocos centímetros de su cara. La imagen fue tan vívida que consideró en serio la posibilidad de saltar a las vías.

En ese instante todo se precipitó.

Vio algo de color marrón moverse a toda velocidad a un lado de su cabeza. Se agachó por instinto. Luego oyó un ruido seco y extrañamente musical. Trastabilló y rodó por el suelo, a tiempo de presenciar como una guitarra se partía a la altura del mástil y uno de los tipos trajeados caía hacia atrás a cámara lenta.

El propietario de la guitarra, que la había empotrado contra la cara del tipo de las cicatrices, había aparecido de repente desde detrás de una máquina de refrescos. El otro individuo trajeado arremetió contra él. El chico utilizó el mástil como si fuera una espada y, con agilidad de bailarín, golpeó al otro en el brazo sin piedad. El tipo del traje aulló, mientras su compañero, aturdido,

resollaba en el suelo con el rostro ensangrentado. Más cicatrices para la colección. El chico movió el trozo de madera en el aire una vez más y sonó el chasquido de algo que se rompía. El otro tipo trajeado se desmoronó como una fruta demasiado madura.

Luz asistió a la refriega desde el lugar donde había caído, paralizada por la sorpresa. El chico se volvió hacia ella y la miró a los ojos como hipnotizado y Luz supo, a pesar del miedo, que estaba mirando su ojo albino. Todo el mundo miraba su ojo albino. La mata de pelo oscuro se había desplazado hacia atrás y no le tapaba media cara, como era habitual. Maldijo su ojo, ese ojo que la hacía tan diferente, ese ojo que provocaba que la gente pensase de forma instantánea que era un bicho raro. El chico sacudió la cabeza y le tendió la mano.

—Vamos —dijo—. Tenemos que largarnos. Pronto vendrán más.

Luz aceptó la mano para ponerse en pie. El arrebató de osadía que había sentido en la escalera, cuando había esquivado al tipo de las cicatrices, ya era historia. Volvía a ser una niña perseguida por fantasmas translúcidos. El chico la condujo hasta el borde del andén y luego saltó a las vías.

—No hay tiempo para explicaciones —dijo—. Sígueme si quieres vivir.

Luz estaba a punto de entrar en pánico. Miró hacia las escaleras mecánicas. No hubiera podido jurar si era verdad o solo producto de su imaginación, pero creyó ver varias sombras moverse. Quizá fuera cierto que venían más. Además, el tipo de las cicatrices se estaba incorporando, tambaleante, con la sangre salpicando su camisa blanca de gángster. Antes de que ninguna otra consideración tuviera tiempo de formarse en su mente, saltó a las vías tras el chico de la guitarra y se adentró en la oscuridad.

### 3. Nunca hables con extraños

El túnel era tan oscuro como un agujero negro. Caminaban entre los raíles de una de las vías. El chico la había cogido de un brazo y la agarraba con fuerza. Parecía saber con exactitud a dónde ir, como si conociera el lugar tan bien como el cuarto de baño de su casa. Luz, en cambio, tropezaba todo el rato con cables y traviesas. El piso tenía la consistencia de la grava y la sensación de no poder ver dónde apoyaba los pies resultaba perturbadora.

«Vale», se dijo la chica. «Estás caminando por las vías de un túnel del metro, acompañada por un perfecto desconocido que tal vez sea un psicópata o algo peor, y un momento antes unos tipos salidos de una peli de Coppola han tratado de atacarte. ¿Qué más podría ocurrir?»

Dos puntos luminosos hendieron la negrura. Al principio Luz creyó que se trataba de la siguiente estación, pero enseguida percibió la vibración que subía desde el suelo y que anunciaba de forma inequívoca la llegada de un tren. Sintió el pánico revolotear en torno a ella como un enjambre de abejas ávidas.

—¡Corre! —dijo el chico tirando de ella.

Luz gritó algo. El miedo le atenazaba las piernas. El tren se les echaba encima. El chico repitió:

—¡Corre!

Esta vez hubo una nota de histeria en la voz. Aquello pareció despertar a Luz. Corrieron, pero no para huir del tren, sino para acercarse a él. En la lógica desquiciada que habían tomado los acontecimientos en los últimos minutos aquello era lo más desquiciado de todo. El resplandor los deslumbraba. El chico iba delante, guiándola. El rugido metálico se hizo ensordecedor. «Así es como acaba todo», pensó Luz en un fogonazo, «en

mitad de un parpadeo. Cierras los ojos un instante y ya no vuelves a abrirlos». Y, de pronto, estaba tirada en un suelo húmedo y viscoso y el tren pasaba a toda velocidad recortado contra un marco de piedra.

—Refugio... antiaéreo —dijo el chico, jadeando, desde algún lugar cerca de ella—. Lo utilizaban durante la guerra, hace cincuenta años. Perdona si te he asustado. Tardarán un rato en seguirnos por este camino.

Luz tuvo que estar de acuerdo con él: a nadie en su sano juicio se le ocurriría adentrarse en un túnel del metro justo cuando viene un tren de frente.

El chico se incorporó e iluminó la estancia con una linterna de bolsillo. Estaban en un pasadizo no más ancho que un hombre corpulento, con el techo muy bajo y surcado por cables y lámparas de obra rotas hacía tiempo. De las paredes de ladrillo rezumaba humedad y moho, y olía como olería un armario lleno de ropas mojadas que llevase todo el invierno cerrado con llave. El chico cerró la portezuela metálica que daba a las vías.

—¿Cómo sabías...? —empezó a preguntar Luz.

—Conozco bien las dos ciudades, la de arriba y la de abajo —la cortó el chico—. Ahora vámonos. Esto los retrasará pero acabarán encontrando el rastro.

Sin más explicaciones se lanzó hacia las profundidades del pasadizo con el aplomo de quien ha recorrido muchas veces ese camino. Luz lo siguió. No podía hacer otra cosa, y en ese momento aún estaba demasiado asustada y demasiado desconcertada como para pensar en ninguna alternativa.

El estrecho corredor se bifurcaba en varias ocasiones, aunque el chico siempre sabía cuál era la ruta correcta. Un poco después encontraron una puerta cerrada que a Luz le pareció más moderna que el resto de aquella estructura subterránea, como si la hubieran instalado con posterioridad. El chico sacó un manojito de llaves del bolsillo e introdujo una en la cerradura. Cruzaron el umbral y se detuvieron. Luz parpadeó, asombrada.

Allí el pasadizo se ensanchaba. Ya no recordaba a la galería de una mina del siglo XIX sino el pasillo de alguna reciente instalación industrial, pulcro y rectilíneo. Estaba iluminado por tubos fluorescentes dispuestos en el techo con regularidad. La chica arrugó la frente hasta que sus ojos se acostumbraron al resplandor.

Llegaron a otra puerta. Había una cámara de videovigilancia cerca del marco superior. El joven miró hacia ella e hizo un par de movimientos con



los brazos. Al instante la puerta se deslizó en silencio y desembocaron en el interior de otro pasillo más corto, cerrado en el extremo contrario con un portón doble que recordaba a una salida de emergencia. Al traspasarlo se encontraron con el bullicio de la estación de Ríos Rosas de la línea 1 de metro, como si acabasen de despertar de una pesadilla.

Nadie les prestó atención más allá de alguna mirada curiosa extrañada porque dos jóvenes emergieran de improviso de una puerta en aparente desuso. El chico cerró la puerta a su espalda y asió a Luz con más fuerza, como temiendo perderla entre el gentío. Ella se percató, con cierta comprensión instintiva de la geografía del subsuelo, que se encontraban a varias manzanas de la estación de Cuatro Caminos en la que había empezado todo. Supuso que existían túneles que conectaban las líneas mediante una especie de telaraña subterránea y secreta, inaccesible excepto para... ¿para quién? ¿Quién era este chico? ¿A dónde la llevaba? Vale, la había ayudado a escapar de los dos tipos trajeados, pero, ¿por qué? ¿Y si quería hacerle algo peor?

Y estaba el policía, aquel falso policía gordo que al principio la había asustado pero que luego se había enfrentado a los tipos trajeados y le había gritado «¡corre, corre!». Y, en última instancia, ¿quiénes eran los dos tipos trajeados y qué demonios querían de ella?

Demasiadas preguntas sin explicación. Luz se sintió como un títere en el juego de otros y, casi sin darse cuenta, el miedo y el desconcierto dejaron paso a la ira, esa ira tranquila, casi sensata, que había nacido en algún lugar de su interior cuando el imbécil de Ernesto los atacó a Tom y a ella a la salida del instituto. No iba a dejarse arrastrar por ese desconocido a donde fuera que la llevara. Al menos, no por las buenas: eso fue lo que decidió en aquel momento mientras la cólera le infundía un valor que desconocía que poseía. Miró alrededor en busca del mejor modo de escabullirse sin que el chico de la guitarra pudiera seguirla. Estaban en Ríos Rosas, y eso quedaba cerca de la biblioteca. Si conseguía despistar a su captor, quizá lograra subir a la superficie y llegar a su destino de una carrera.

La ocasión se presentó unos segundos después. Un tren entró resoplando en la estación. De sus entrañas surgió una confusión de personas tan compacta que parecía una masa sólida. La riada humana atravesó el pasillo. Luz no se detuvo a meditarlo más y, de un fuerte tirón, se zafó de la mano del chico y se lanzó en medio del tumulto. Pisoteó algunos zapatos sin querer y le

pareció oír algunas protestas. No les prestó atención. Se agachó para perderse entre los cuerpos, y en esa incómoda postura siguió avanzando todo lo rápido que pudo, aunque no hacia la salida, sino en dirección contraria, intentado que el chico de la guitarra le perdiera la pista. Por un instante sintió la punzada de otro ataque de claustrofobia acechando en la puerta de entrada de su consciencia, pero decidió no dejarlo pasar. «Espera un minuto», le ordenó al pánico. Y el pánico obedeció. La certeza de poder autocontrolarse, al menos durante un tiempo, le renovó las fuerzas. Contó mentalmente hasta tres antes de virar ciento ochenta grados y lanzarse a toda velocidad, ahora sí, hacia las escaleras de salida.

En cualquier momento la mano del chico podía aparecer por entre la masa de cuerpos y sujetarla por el jersey, separándola por la fuerza del aluvión de gente. Alcanzó el recibidor de la estación y cruzó el control de salida aguantando la respiración. Allí la multitud se había dispersado por los diferentes accesos y resultaba más difícil esconderse. Corrió ya sin disimulo. Llegó a las escaleras, avanzando cada vez más deprisa, y subió los escalones de tres en tres, tan eufórica y al mismo tiempo tan asustada que tenía la sensación de ir volando.

\* \* \*

El joven de la guitarra, perdido entre la muchedumbre del pasillo, buscaba a Luz con los ojos. La divisó a lo lejos, escalando a grandes saltos los peldaños que conducían a la calle, apenas un destello de cabello negro y brillante, unos vaqueros desgastados y unas maltratadas zapatillas de deporte. La muy ladina había fingido huir en la otra dirección y él había mordido el anzuelo. Estaba claro que la había subestimado.

Podía correr tras ella y alcanzarla, por supuesto, pero en la calle no lograría reducirla sin montar una escena. No sin ayuda de Big Joe o alguno de los chicos. Y lo último que quería el jefe era más publicidad de ese tipo. De modo que tuvo que admitir que la chica se le había escabullido de entre las manos. Frunció el ceño, pensando en la bronca con la que lo iban a obsequiar. Y luego, a su pesar, no pudo evitar una leve sonrisa.

## 4. Sola

Luz se concedió un segundo de respiro al llegar a la acera. Echó un vistazo alrededor, tratando de orientarse. Por un lado estaba la calle Santa Engracia, con su caos de tráfico y gente, pero si iba en esa dirección se alejaría de la biblioteca. Tenía que ir en sentido opuesto, hacia la Castellana.

Enfiló por Ríos Rosas como alma que lleva el diablo. Las hormonas del miedo le daban fuerzas y le afilaban los sentidos y el entendimiento. Pronto comprendió con preocupante certidumbre que, si no aminoraba el ritmo, terminaría vomitando lo poco que quedase en su estómago después de toda una mañana de clases.

El semáforo de Príncipe de Vergara estaba en rojo y le sirvió para recuperar un tanto el aliento, aunque no dejó de mirar alrededor, inquieta, ni un solo instante. Cuando cambió a verde, continuó a buen paso hasta la calle Mantuano y, resoplando, distinguió con alivio el edificio ocre y desgastado de la Biblioteca de Chamartín. Nunca se había alegrado tanto de ver aquella vieja fachada.

Entró sudorosa y con las mejillas aún encendidas. Se aseguró de que la melena oscura le cubriera la parte derecha de la cara y el ojo albino. Subió hasta la tercera planta, donde se ubicaban las oficinas, y tocó con los nudillos en una puerta lacada de blanco antes de entrar. Varias cabezas se volvieron hacia ella y la saludaron en silencio al reconocerla.

Su madre estaba sentada a su mesa, tecleando con dedos dubitativos en el ordenador nuevo que le habían asignado para comenzar a informatizar el servicio de préstamos y devoluciones, tan concentrada en el monitor de fósforo verde que tardó un par de segundos en reparar en la presencia de Luz.

—Anda, qué sorpresa —dijo por fin, mirándola por encima de las gafas

en un gesto que a Luz siempre le desagradaba porque le recordaba a una abuelita de cuento de hadas, y le recordaba que su madre ya no era joven—. ¿Qué haces tú aquí?

—Las llaves —jadeó Luz—. Me he olvidado las llaves esta mañana.

—Ah, esa cabecita —repuso su madre. Alargó la mano, con un movimiento automático, hasta el bolso que descansaba sobre la mesa, cuando por fin pareció percatarse del acaloramiento de su hija—. ¿Te ocurre algo?

—No, nada.

—Es que parece que hayas estado levantando pesas.

—Ah, eso. He venido corriendo.

—¿Y por qué?

—Para llegar antes.

Su madre la examinó de arriba a abajo, como tratando de decidir si seguía indagando o se conformaba con esa explicación. Luz hubiera querido contarle lo que había ocurrido, aunque no estaba segura de cómo hacerlo. Mira, mamá, la verdad es que unos tipos han tratado de secuestrarme en el metro, pero me ayudó un falso policía con problemas de obesidad, y luego un tren estuvo a punto de convertirme en pulpa cuando me fui de paseo por las vías con un guitarrista callejero; ah, y mis libros de mates y de historia se han quedado en las escaleras mecánicas de la estación y no pienso regresar a por ellos, pero no te preocupes, que por lo demás estoy bien. Su madre no la hubiera creído ni en un millón de años, y a lo mejor hasta le prohibía leer más novelas de Clive Barker, así que, por ahora, se tendría que conformar con un «he venido corriendo para llegar antes».

La mujer miró de refilón el montón de fichas que se acumulaban en su mesa y que tenía que traspasar a la base de datos antes de terminar la jornada, y por lo visto aquello le hizo llegar a la conclusión de que no era el mejor momento para continuar con el interrogatorio. Dejó el bolso en la mesa y hurgó un momento en un cajón de su escritorio, hasta que sacó un manojo de llaves.

—Toma —dijo tendiéndoselas a Luz—. Menos mal que guardo aquí una copia de repuesto. ¡No me las pierdas! ¿Has comido ya?

—Claro que no, mamá. No tengo llaves para entrar en casa, ¿recuerdas?

La madre buscó dos monedas de cien pesetas en su monedero y se las dio.

—Cómprate un bocadillo y un zumo en la cafetería de abajo, pero cuando

llegues a casa te comes también las lentejas, ¿eh? Están en el frigorífico, en el...

—En el estante de la carne. Ya lo sé, mamá.

Luz rodeó la mesa y besó en la mejilla a la mujer. Fue un beso rápido, casi imaginario. La chica se separó deprisa porque, por un fugaz instante, tan sutil como esas partículas subatómicas de las que les había hablado el Boni y que solo existían durante fracciones de segundo tan pequeñas que tenían que inventar nombres nuevos para referirse a ellas, le pareció que, si se acercaba más, no iba a querer despegarse de los brazos de su madre en un buen rato, y entonces tendría que responder a preguntas que aún no se sentía preparada para responder.

Cuando abandonó el despacho ese fugaz instante se había desvanecido, hasta el punto de que Luz pensó que se lo había imaginado. Todo había vuelto a la normalidad: su madre ya no le prestaba atención y miraba la pantalla del ordenador, con reflejos verdes en sus gafas de concha. Bajó en el ascensor y compró un bocadillo y una botella de agua, en lugar de un zumo, en la cafetería que había junto a la biblioteca. Le sobraron un par de monedas de veinticinco pesetas. Salió a la calle, abrió el bocadillo y le dio un buen mordisco. El pan estaba blando y reseco y el jamón y el queso entablaron una dura competencia en su boca para ver quien formaba la bola más correosa, pero al menos era comida y ella estaba hambrienta.

Después de engullirlo casi sin respirar, se detuvo a meditar acerca de lo que debía hacer a continuación. Mientras huía era fácil decidir el próximo paso: bastaba con seguir corriendo, seguir corriendo sin parar hasta llegar a la biblioteca. Sin embargo, ahora tenía que regresar a casa, la adrenalina estaba desapareciendo de su torrente sanguíneo y el terror más negro, ese cuya consistencia es la de una toalla húmeda y sucia, amenazaba con abatirse sobre ella.

No quería ni pensar en coger el metro. En la calle, probablemente sin motivo, se sentía más segura. Al menos en aquel barrio siempre había un muchedumbre caminando por las aceras, vehículos circulando por la calzada, autobuses que iban y venían cargando y descargando viajeros en las paradas, comerciantes que salían a la puerta de sus fruterías o de sus mercerías a fumar o a estirar las piernas o simplemente a ver la gente pasar mientras esperaban a que algún cliente se dejara caer por sus locales.

Pero su casa quedaba lejos, a media hora de camino andando. Tendría

que atravesar calles poco concurridas. ¿Y si los dos tipos trajeados volvían a aparecer? Podían estar en cualquier parte. Podían estar en la acera de enfrente, ahora mismo, observándola sin que ella los viera, parapetados detrás de sendos periódicos en la terraza de un bar, como en las películas de Alfred Hitchcock. ¿Y el policía gordo o el chico de la guitarra que la había conducido por los túneles? ¿La andarían buscando también? Decididamente, no era buena idea volver sola a casa.

El recuerdo de aquel chico le trajo a la memoria la canción que había tocado con su guitarra en el metro, aquella melodía triste y extraña susurrada más que cantada por Antonio Vega, *Lucha de gigantes*. A Luz la letra siempre le había resultado incomprensible aunque, de algún modo difícil de explicar, también hipnótica. Había oído en la radio que trataba sobre las adicciones de su autor a diversas sustancias, pero le había parecido una explicación demasiado sencilla para algo tan complicado.

Ahora, en cambio, tuvo la impresión de que aquella canción encajaba a como un guante con su estado de ánimo: ella se sentía igual de frágil, atrapada en un mundo inabarcable, perseguida por fantasmas sin nombre, sin nadie que escuchara su confusión ni su miedo.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Se movió con una sacudida, como accionada por un resorte. Cogió las dos monedas que le habían sobrado del bocadillo y se acercó a una cabina telefónica. Mientras marcaba el número de Fani pensó que, algún día, alguien debería inventar un teléfono sin cables que cupiera en un bolsillo y que pudieras llevar a todas partes.

## 5. Planes

—¿Que bajaste a las vías y te metiste por el túnel?

—Sí, ya te lo he dicho. Aquel chico misterioso me dijo: «sígueme si quieres vivir», o algo parecido.

—Anda ya.

—¿No me crees?

—Los chicos guapos no van por ahí estampando su guitarra contra la cara de los malhechores y llevándote luego de paseo por los túneles del metro.

—Yo no he dicho que fuera guapo.

—¿Pero lo era?

—¿El qué?

—Qué va a ser. Guapo.

—Pues... no sé, Fani. No me fijé en ese momento, ¿sabes?

Las dos amigas caminaban por la calle de regreso a casa de Luz. Fani había llegado a la puerta de la biblioteca veinte minutos después de que su amiga la telefonara. Había salido disparada, sin terminarse el postre, farfullando una confusa explicación para sus padres. Había tomado el metro, aunque Luz le había advertido que no lo hiciera, y ahora regresaban caminando por Raimundo Fernández Villaverde porque Luz se negaba rotundamente a utilizar el suburbano.

Fani rumiaba la historia entrecerrando los ojos, como si el sol le diera de frente. Se detuvo de pronto, con los brazos en jarras, y Luz pensó que iba a burlarse de ella.

—Esto no será uno de esos juegos de dragones y princesas que os gustan a Tom y a ti, ¿verdad?

—Son dragones y mazmo... ¡Claro que no! ¿Cómo me iba a inventar algo así?

—Chica, no sé. Reconoce que suena un poco raro. ¿Una estación de metro desierta a las tres de la tarde? Eso es más extraño que escuchar a Ana Torroja cantar *Highway to Hell*.

—Pues te digo que esa estación estaba desierta. O al menos el andén y las escaleras mecánicas.

Continuaron en silencio un rato. Luego Luz dijo:

—Me crees, ¿verdad?

—Claro —respondió Fani con naturalidad—. ¿Y no le has contado nada a tu madre?

—No. No sabía qué decirle. Andaba muy liada, como siempre, y temía que se pusiera histérica y me echara la bronca por coger el metro sola. O peor todavía: que me echara la bronca por hacerle perder el tiempo con mis invenciones.

—¿Y a tu padre?

—¿A mi padre? Hace semanas que no cruzo con él más que los buenos días, qué voy a contarle.

—Bueno, ahora no puedes decirme que no al plan que te propuse.

—¿Qué plan?

—Pasar por el videoclub y alquilar una peli. Y esta noche te quedas a dormir en mi casa. No voy a discutir sobre esto.

—Pero que no sea de Tom Hanks.

—Vale, que no sea de Tom Hanks.

Luz miró a su amiga y notó una oleada de afecto repentina tan intensa que casi le humedeció los ojos. Fani era fuerte, invulnerable, sólida como las columnas de piedra de las ruinas antiguas, y ella, en comparación, se sentía tan poca cosa, siempre escondiéndose, siempre asustada de no sabía bien qué, siempre ocultando su ojo albino. Casi resultaba indigna de la amistad de Fani. Se cogió con fuerza de su brazo, como si fueran un viejo matrimonio, y se sintió a salvo por primera vez en mucho rato.

—A lo mejor sí que era guapo —murmuró.

\* \* \*

Pasaron por casa de Luz y dejaron una nota para sus padres. Alquilaron *Regreso al futuro*, aunque ya la habían visto tres veces, después de una dura



negociación en la que Luz se negó en redondo a ver *Cocodrilo Dundee II* y Fani aseguró estar dispuesta a que le extirparan los ojos antes que tener que soportar a Mr. Spock en *Star Trek IV*. Las aventuras de Marty McFly lograron que Luz se olvidara del mundo durante la proyección.

Tras cenar unos flamenquines y un poco de fruta (los flamenquines de la madre de Fani eran míticos en el barrio y otra de las razones por las que le encantaba quedarse a dormir en casa de su amiga), Luz telefoneó a su madre.

—Mamá, soy yo.

—Hija, he llegado de la biblioteca y no estabas. Me he dado un susto de muerte.

—Te he dejado una nota.

—Ya, pero hasta que la he visto... En fin, ¿cómo es que te quedas en casa de Fani?

—Me está ayudando con la física.

—Pero si Fani ni siquiera está matriculada de física. Ya sé yo cuánto estudiáis cuando estáis las dos juntas.

—Solo será esta noche, mamá. ¿Ha vuelto ya papá?

—No. —Su madre suspiró y cambió el tono de «modo sermón» a «modo pesadumbre»—. Está muy ocupado con esa nueva ciudad deportiva.

—Como siempre. ¿Le dejarás la cena en el frigorífico?

Hubo un silencio al otro lado de la línea y Luz temió haber dicho algo inconveniente. De pronto sintió un vacío en el estómago, a pesar de que acababa de dar buena cuenta de cuatro flamenquines con mayonesa. Se imaginó a su madre en el pasillo de la casa, probablemente en penumbra para no malgastar electricidad, aferrada al teléfono que ahora era su única compañía. Cuando terminasen de hablar, colgaría despacio, sin hacer mucho ruido, como si hubiera alguien más allí a quien pudiera molestar el sonido repentino del auricular al descansar de nuevo en su soporte, y se marcharía arrastrando los pies a la cama solitaria.

—Mamá, ¿estás bien?

—¡Claro que estoy bien! —saltó la voz al otro lado, demasiado enfadada para resultar creíble—. Y tú hazme el favor de estudiar física, ¿eh? Que si no la vamos a tener.

—Sí, mamá. Buenas noches.

—Buenas noches.

Le hubiera gustado añadir «te quiero, mamá», pero no pudo. Sonaba tan

cursi. Eso solo lo decían los niños pequeños. Y, sin embargo, era lo que sus tripas estaban pidiéndole decir.

\* \* \*

Los padres de Fani dispusieron un colchón en el suelo del dormitorio, como ya habían hecho otras veces, y se marcharon al salón para que las chicas durmieran porque ya era muy tarde y al día siguiente había instituto. Después de apagar la luz, las dos amigas permanecieron mucho rato despiertas hablando del *incidente*, como habían dado en llamarlo para abreviar. Intentaron encontrar explicaciones lógicas sin mucho éxito, y luego fantasearon con el posible móvil de los dos tipos trajeados. No podían ser secuestradores en busca de un rescate, porque la familia de Luz no era rica ni mucho menos. Tal vez se tratara de unos depravados sexuales, o traficantes de órganos, o extraterrestres llegados de otra dimensión que necesitaban conejillos de indias para sus atroces experimentos.

También discutieron sobre los pasos que tenían que dar a continuación. Por lo pronto, Fani anunció que no pensaba separarse de ella en los próximos días, ni siquiera cuando fuera al cuarto de baño, una idea que provocó un escalofrío a Luz. ¿Significaría eso que seguía corriendo peligro? ¿Aquellos individuos volverían a buscarla? ¿La habían perseguido porque estaba en el lugar equivocado y en el momento inoportuno, o la buscaban exactamente a ella por algún motivo inexplicable? ¿Podría volver a ir al instituto, a caminar por la calle, a coger el metro o el autobús sin temor a que aparecieran de nuevo? No quería tener un guardaespaldas mirando por encima de su hombro el resto de su vida, ni siquiera el resto del curso, aunque ese guardaespaldas fuera Fani.

Pensaron en acudir a la policía, en contárselo todo a los padres de Luz, en apuntarse a clases de artes marciales. Idearon planes descabellados para escapar de tipejos malencarados que incluían cuerdas y ganchos ocultos entre la ropa con los que encaramarse a las paredes para recorrer las azoteas de la ciudad como Spiderman. Dijeron tantas insensateces que acabó por asaltarlas un ataque de risa y se durmieron de ese modo, con una sonrisa apuntada en la boca.

\* \* \*

Amaneció un día gris y brumoso. El buen humor de la noche anterior se

había esfumado y Luz sintió miedo de salir a la calle por si aquellos tipos regresaban a terminar el trabajo. Apenas probó bocado durante el desayuno. Fani se dio cuenta y le apretó la mano bajo la mesa, dándole ánimos, repitiéndole sin palabras que no se separaría de ella. Luz intentó buscar algo del coraje que había sentido en el metro, pero lo único que le apetecía era cavar un agujero profundo y cálido donde esconderse.

Diez minutos después estaban caminando en silencio por la acera. Fani vivía en uno de los bloques clónicos de viviendas de la calle Juan Montalvo, a solo cuatro manzanas del instituto. Luz se arrebujó en su cazadora vaquera. Aunque la llevaba puesta sobre una sudadera gris y una vieja camisa de franela, seguía teniendo frío. Parecía una cuerda de guitarra demasiado tensa mientras bajaban por Guzmán el Bueno, mirando disimuladamente por encima de su hombro.

—Creo que deberíamos acudir a la policía —dijo Fani.

—Eso ya lo hablamos anoche —replicó Luz—. ¿Qué iba a contarles? No me creerían, y mis padres se enterarían de todo. Bastante tiene mi madre ya.

—¿Tan mal sigue la cosa en casa?

—Como siempre.

—Aún así, sigo pensando que ir a la policía es lo más sensato.

Una voz las interrumpió:

—Ni se os ocurra. Eso es lo que ellos esperan.

Las dos amigas se dieron la vuelta y se encontraron a Tom casi pegado a sus espaldas, con su mochila roñosa, su andar desgarrado y su paquete de pipas en la mano.

—¿Otra vez escuchando las conversaciones ajenas? —le espetó Fani.

—Ir a la policía es lo que siempre hacen los incautos en las películas —dijo el chico—. No funcionará.

Fani se le encaró, amenazante, y Tom retrocedió.

—¡Pero si ni siquiera sabes de qué estamos hablando, anormal! ¡Y deja de comer esa porquería! Es asqueroso.

El rostro de Tom se contrajo. Aunque Fani le inspiraba pavor, alzó el mentón, obstinado, y dijo:

—No me hace falta saber de qué estáis hablando. Todas las historias tienen unas reglas, ¿no lo sabías? Los malos siempre son demasiado poderosos y tienen contactos en la policía. No vayáis. Es una ratonera.

Habló con tanta seguridad que Luz volvió a sentir un escalofrío. A Fani

también pareció haberle impresionado esa posibilidad, o tal vez fue la manera en la que Tom, a pesar de ser diez centímetros más bajo y mucho menos corpulento, no se había dejado amilanar.

—Y, según tú y tu don de la sabiduría extrema —le preguntó Fani al chico—, ¿qué debemos hacer, genio?

—Volver al lugar donde ocurrió todo y buscar huellas.

—¿Huellas?

—Pistas, indicios que permitan rastrear la verdad.

Guardaron silencio un momento. Luego Fani soltó una carcajada.

—¿Pero tú estás tonto o qué? ¿Te has creído que eres Sherlock Holmes?

—Espera. —La voz de Luz sonó ronca. Era la primera vez que hablaba desde hacía rato—. Yo he estado pensando en lo mismo: volver allí y tratar de encontrar una explicación. O, al menos, comprobar que no pasa nada, que solo es una estación de metro como otra cualquiera. Que puedo volver a pasear por la calle sin miedo.

Fani la miró muy seria y descubrió que Luz ya había tomado una decisión. Probablemente la había tomado la noche anterior, incluso sin saberlo.

—Está bien —suspiró por fin—. Iremos después de clase. Y tú también vendrás, Sherlock.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —preguntó Tom.

—Por bocazas.

\* \* \*

No vieron asomar a Ernesto Velasco en toda la mañana y, ante la ausencia de su líder, su pandilla de cromañones se mantuvo en *stand-by* a una distancia prudente. Eso suponía un alivio pero, aún así, las horas transcurrieron a cámara lenta. Luz no había dormido bien y estuvo a punto de dar una cabezada contra la mesa en clase de lengua. Y cuando don Mateo, el profesor de historia, le preguntó qué opinaba ella acerca de la actitud de Fernando VII a su regreso del exilio, respondió que no había tenido tiempo de resolver los problemas de matemáticas. Las carcajadas de sus compañeros resonaron un buen rato por todo el edificio.

A las tres de la tarde, Luz, Fani y Tom se encontraron frente a la puerta del instituto. A Luz le sorprendió que Tom no hubiera aprovechado el tumulto de la salida para escabullirse como un ratoncillo, pero el chico

parecía haber aceptado con naturalidad la orden de Fani de que las acompañara, y allí estaba, preparado para lo que hubiera que hacer.

—Bien —dijo Fani, tomando el mando de la situación—. He llamado a mi casa durante el recreo. Mi madre está avisada de que llegaremos tarde a comer. Imagino que hoy comías sola, ¿no? —preguntó mirando a Luz, que asintió en silencio—. Vale. Tú también estás invitado —le dijo a Tom—, con la condición de que no digas ni una palabra sobre elfos, magos ni criaturas del espacio exterior, y que no hables ningún idioma inexistente, ¿estamos?

El chico se encogió de hombros.

—Estamos —dijo—. ¿Me vais a contar de qué va todo esto?

Luz cayó en la cuenta de que Tom no conocía los detalles de lo que le había sucedido en el metro. Fani relató toda la historia como si hubiera estado allí mientras los tres caminaban en dirección a la estación. El muchacho aceptó los hechos sin inmutarse, como si los intentos de secuestro en estaciones desiertas fueran algo habitual para él. A pesar de que conocía lo peculiar que era, a Luz no dejó de admirarle esa capacidad para asimilar lo extraordinario. Tom incluso hizo algunas preguntas muy pertinentes que a ninguna de las dos se les habían ocurrido.

—¿Cómo eran esos tipos?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fani.

—Que cómo eran. Si vamos a bajar al metro, tendríamos que poder reconocerlos, por si vuelven a aparecer, ¿no?

—Supongo que sí. —A Fani le costaba aceptar en público que Tom tenía razón.

Los dos miraron a Luz, que carraspeó, dándose cuenta de que, de nuevo, había permanecido un buen rato en silencio dejando que los demás hablaran por ella.

—El policía era gordo, muy gordo —dijo—, y un poco calvo. Sudaba mucho. Recuerdo que llevaba la camisa del uniforme un poco salida de los pantalones, como le ocurre a veces a la gente muy gruesa. Los dos tipos de los trajes eran... no sé... dos tipos con traje y corbata, demasiado elegantes, como agentes de bolsa o algo parecido. Uno tenía la cara llena de cicatrices. Daba grima mirarlo. Creo que le faltaba también un trozo de nariz, o la tenía tan rota que los agujeros no estaban donde deberían estar. Resultaba espeluznante. No os puedo dar muchos más detalles. Pero sí que pensé que aquellos tipos estaban fuera de lugar allí, en el metro, tan trajeados como

iban.

—¿Y el chico que te ayudó?

—A ese apenas lo vi. Estaba tocando la guitarra en el pasillo. Solo lo miré un momento. Más tarde, cuando huimos por los túneles, estaba demasiado oscuro como para fijarme en él.

—Pero era guapo —dijo Fani—. Eso dijiste anoche.

Luz se tapó aún más la cara con el pelo oscuro y sintió como, a su pesar, se ruborizaba.

—Sí, era atractivo. Mayor que nosotros, pero no mucho. Quizá tuviera dieciocho o diecinueve años. La barba de varios días, la ropa un poco descuidada. Ya sabéis: un guitarrista del metro.

—Entonces tenemos un policía gordo que suda mucho, dos señores con traje que no deberían estar allí, uno de ellos con la cara hecha unos zorros, y un chico guapo que toca la guitarra. No es mucho —resumió Fani.

—No estoy de acuerdo —dijo Tom quien, en su inconsciencia, era el único que se atrevía a llevar la contraria a Fani con espontaneidad suicida—. El policía gordo resultará inconfundible incluso con otro disfraz. En cuanto a los dos tipos, apuesto a que no se habrán quitado los trajes y podremos reconocerlos cuando los veamos.

—¿Ah, sí, Sherlock? —preguntó Fani—. ¿Y en qué te basas para suponer eso, si no te importa compartirlo con dos pobres chicas que carecen de tus dotes detectivescas?

—Es elemental, querida Fani. Unos individuos capaces de meterse en el metro vestidos de punta en blanco, sin duda están acostumbrados a llevar ese vestuario de forma habitual, y no van a cambiar de costumbres de un día para otro si no tienen un buen motivo para hacerlo.

Luz sonrió. Fani guardó silencio, pero las comisuras de sus labios se curvaron fugazmente. Luego la chica volvió a la carga:

—Vale, supongamos que tengas razón, no porque la tengas, sino para no eternizar la discusión. ¿Y qué hay del guitarrista?

—Luz lo reconocerá.

—¿Por qué? Solo lo vio un instante.

—Por eso —respondió Tom sin que ninguna de las dos acabara de comprenderlo.

Enfrascados en la conversación, habían llegado a la entrada de la estación de Cuatro Caminos. Se detuvieron frente al primer peldaño. Las escaleras de

granito descendían hasta perderse en la negrura de los corredores subterráneos. La gente pasaba por allí con gesto aburrido, como si nada extraño hubiera ocurrido el día anterior, pero Luz no pudo evitar un estremecimiento.

Aguardaron un segundo, intuyendo que, si bajaban a la estación, quizá abrirían una puerta que no podría volver a cerrarse.

—Es como en los juegos de rol, ¿os dais cuenta? —murmuró entonces Tom—. Cada jugador tiene unas habilidades. Solo conseguiremos llegar al final si las combinamos con astucia. Fani es fuerte, yo soy listo, y tú, Luz...

Luz miró a Tom. ¿Qué era ella? ¿Acaso había algo que se le diera bien?  
—...tú eres valiente.

Tom hablaba en serio. Muy en serio. Eso hizo que Luz sintiera un escalofrío, el mismo que debió de sentir Frodo Bolsón cuando Gandalf le dijo que solo él podía ir hasta el Monte del Destino a destruir el Anillo.

—¿Yo, valiente? —susurró.

—Oh, vamos —interrumpió Fani—. Dejaos de mierdas de rol. Si vamos a hacerlo, hagámoslo de una vez.

Tomó a cada uno de un brazo y tiró de ellos. Bajaron juntos las escaleras.

## 6. Un viaje en la oscuridad

En la estación encontraron la coreografía habitual: gente que iba y venía por los pasillos, que entraba y salía por los controles de acceso, que caminaba con la prisa distraída de la vida cotidiana.

Luz miró nerviosa alrededor. No había ni rastro del policía gordo, de los tipos trajeados o del chico de la guitarra entre el gentío.

—¿Los ves? —preguntó Fani, que estiraba el cuello como una lechuza en busca de su presa.

—No.

—Está bien. Bajemos al andén.

Tras pasaron los tornos de entrada sin dejar de mirar a todas partes. Tom avanzaba tan concentrado en la tarea que chocó con un par de personas. Recorrieron los pasillos en silencio, siguiendo los indicadores grises que conducían al andén de la línea 6. Conforme se acercaban a la larga escalera mecánica, Luz notó como le sudaban las manos y el corazón se le aceleraba. ¿Era su imaginación, o en aquel corredor había menos gente?

—Escuchad —dijo de pronto—, quizá no sea buena idea.

—Estamos contigo, ¿de acuerdo? —dijo Fani.

Tom se detuvo en seco y se descolgó la desaliñada mochila del hombro. Escarbó en su contenido como un topo hambriento hasta que extrajo una pequeña caja de plástico que parecía una araña muerta de la que sobresalían algunos cables. Un diminuto punto rojo parpadeaba a intervalos regulares en el extremo de uno de ellos.

—¿Qué se supone que es eso? —gruñó Fani.

—Un geolocalizador.

—¿Un geoqué?



—Un geolocalizador. Lo he fabricado yo con unos planos que circulan por la *usenet*. Utiliza una red de satélites americanos llamada Navstar GPS para poder determinar cualquier posición en la superficie de la Tierra. Es una tecnología militar, pero la están abriendo para uso civil. Algún día todo el mundo tendrá un...

—Oh, cállate de una vez —lo interrumpió Fani, exasperada—. ¿Para qué demonios queremos ese trasto?

Tom le tendió a Luz la cajita de plástico.

—Toma. Llévala siempre encima. Si te ocurre algo, podremos encontrarte.

La muchacha tomó la caja con una mezcla de incredulidad y turbación. Se la guardó en un bolsillo interior de la cazadora.

—Gracias —murmuró.

—Vale —dijo Fani—, y ahora que Alexander Graham Bell ha revolucionado las telecomunicaciones, ¿podemos continuar?

Luz asintió despacio. Estaban ya muy cerca de las escaleras. Aún había algunas personas caminando con gesto impaciente, pero no pudo evitar recordar el túnel solitario, hundiéndose en las profundidades subterráneas con esa inclinación que provocaba vértigo, la escalera paralizada que la obligaba a bajar con lentitud, agarrándose a la barandilla de goma negra y pegajosa, y de pronto los dos tipos trajeados apareciendo para cerrarle el paso, el policía gordo persiguiéndola por detrás y nadie, absolutamente nadie alrededor que pudiera ayudarla, que pudiera gritar eh, ustedes, qué están haciendo, dejen en paz a esa pobre chica.

Varias preguntas aletearon dentro de su cabeza. Llevaban todo este tiempo ahí, aunque no se hubiera atrevido a formularlas en voz alta: ¿tan poderosos eran esos tipos que podían conseguir que una estación de metro se quedase desierta en hora punta? ¿Cómo lo habían hecho? ¿Qué resortes del poder había que pulsar para conseguirlo? Permisos municipales, informes técnicos, el visto bueno de algún delegado sindical. Si eran capaces de lograr todo eso, ¿qué más cosas podían hacer? ¿Qué posibilidades tenían ellos, tres adolescentes sin más recursos que ellos mismos, contra alguien tan poderoso?

Fani era fuerte, Tom era listo, ella era...

Llegaron a la esquina. Enfilaron las escaleras.

Luz suspiró de alivio. Había gente. Mucha gente. Las escaleras mecánicas funcionaban con normalidad. Miró a sus amigos. Los dos estaban

pálidos. Fani apretaba su mano. También ella sudaba, pero una determinación inquebrantable asomaba a sus ojos.

Sin decir una palabra, se colocaron en el lado derecho y empezaron a bajar, Fani delante y Tom detrás, rodeándola como dos guardaespaldas.

Casi habían llegado abajo cuando oyeron el rechinar metálico de un tren que se detenía en la estación. Las puertas se abrieron con un silbido y el rumor de pasos retumbó en los pasillos. Pusieron los pies en suelo firme y se encontraron frente a la marea humana que abandonaba el andén para dirigirse a la calle. Circulaba tanta gente en sentido contrario que, por un instante, Luz perdió de vista a Fani y a Tom. Entrevió a su amiga en el tumulto. Buscó su mano a tientas. Otra oleada de cuerpos las separó un poco más.

Y, de pronto, delante de ella, como un muro de carne y sudor, estaba el policía gordo.

No pudo pensar nada. No tuvo tiempo de sentir miedo. El policía la agarró por los brazos y la arrastró hacia la pared con la fuerza de una locomotora. Una puerta se abrió a su lado. Más allá había un oscuro pasillo de servicio. Luz buscó desesperada a sus amigos, y consiguió distinguirlos a lo lejos, empujados por el gentío en otra dirección. Intentó gritar. Unos dedos gruesos y fríos, que rezumaban una humedad nauseabunda, se cerraron en torno a su boca. No podía despegar los labios. No podía respirar. El policía gordo la empujó hacia la puerta. Intentó gritar de nuevo y los dedos como serpientes orondas se apretaron más sobre su cara. Sintió arcadas. Y sintió algo más, un fogonazo de ira ardiente que quemaba en su interior y que, sin ella esperarlo, se expandió como una llamarada.

Estaba asustada, sí, pero también muy, muy cabreada, y supo que no se iba a dejar arrastrar sin lucha.

Abrió la boca y mordió a ciegas. Notó uno de aquellos dedos sudorosos, de textura semejante al plástico, entre los dientes. El asco no le impidió cerrar la mandíbula con rabia. De inmediato la presa se aflojó y oyó un alarido descomunal a su espalda. No se quedó a comprobar qué hacía el falso policía a continuación. Se escabulló, mezclándose con la muchedumbre. Debería haber ido escaleras arriba, a donde se dirigía casi todo el mundo, hacia la luz de la calle, pero no lo hizo: allí abajo, en algún lugar, en las escaleras o en el andén, estaban Fani y Tom, y tal vez corrieran peligro. Tenía que encontrarlos y los tres se marcharían de aquel agujero infernal.

Ya no quedaba mucha gente junto a las vías. El tren había partido y el

tumulto de pasajeros se estaba dispersando. Solo los pocos que habían llegado unos segundos tarde murmuraban con aire taciturno maldiciendo su suerte. Uno de los flamantes carteles electrónicos recién instalados anunciaba: «Próximo tren: 3'50"». Luz miró a un lado y a otro y al principio no consiguió ubicar a sus amigos. Intuyó, más que vio, al falso policía dirigirse hacia ella, así que no se detuvo y continuó corriendo. Casi chocó con dos jóvenes que se hablaban en voz baja en actitud nerviosa. Sintió una oleada de alivio cuando se dio cuenta de que eran Fani y Tom. Fani no pudo evitar un grito.

—¡Luz! ¿Qué te ha pasado? Tienes sangre en la boca.

—¡No hay tiempo! —dijo Luz—. ¡Seguidme!

Se permitió volver la cabeza un instante hacia atrás, lo suficiente para ver la mole de carne avanzar a trompicones hacia ellos, como un animal mitológico. El falso policía se apretaba los dedos de la mano izquierda con un pañuelo enrojecido y tenía un inquietante brillo de ferocidad en los ojos.

Cogió de un brazo a Fani y de otro a Tom y tiró de ellos, galopando hacia el final del andén. Iban más deprisa que el falso policía, pero eso no les daría mucha ventaja: por allí no había salida, excepto el túnel. Luz supo lo que tenían que hacer incluso antes de que su mente consciente lo formulara con palabras inteligibles.

*Tres minutos cincuenta.*

Soltó los brazos de sus amigos y se dejó caer a la vías.

Algunas personas, de las pocas que aún permanecían en la estación, parecieron darse cuenta de que algo extraño sucedía, aunque nadie tuvo tiempo o agallas para reaccionar. Fani miró a su amiga con los ojos muy abiertos:

—¿Estás loca? —chilló.

—Quedan más de tres minutos hasta que llegue el próximo tren. Conozco el camino. ¡Vamos!

El policía se acercaba. El tipo debió comprender lo que Luz planeaba porque aceleró el paso.

Tom estaba mortalmente pálido. Tragó saliva y saltó junto a Luz. Tendió luego la mano a Fani, que tenía los ojos desorbitados. El policía se les echaba encima.

—Mierda —murmuró Fani al tiempo que saltaba sin aceptar la mano de Tom.

Luz volvió a coger por las muñecas a sus amigos y echó a correr por el túnel. La oscuridad cayó sobre ellos. Siguieron corriendo hasta que no pudieron ver sus propios pies moverse en aquella negrura densa como la gelatina. Entonces se detuvieron, incapaces de dar un paso más en las tinieblas. Solo se oían sus respiraciones jadeantes.

—No nos sigue —susurró Luz.

—¿Quién?

—¿Bromeas? El policía gordo. Un tipo como ese respira como una locomotora. Lo oiríamos a kilómetros de distancia.

—¿El policía gordo? —Fani estaba al borde de uno de sus míticos ataques de furia vengativa—. ¿Quién iba a estar tan chalado como para meterse aquí? ¿Qué haremos cuando llegue el próximo tren?

—Tenemos unos dos minutos para encontrar la puerta —dijo Luz.

—¿La puerta? ¿Qué puerta?

—La puerta que da al pasadizo por el que salimos ayer el chico de la guitarra y yo. Estaba por aquí. Si pudiéramos ver algo...

Se oyó un clic, y un haz de luz, tenue y tembloroso, iluminó los rostros asustados de los tres.

—¿Tienes una linterna? —preguntó Luz, incrédula.

—Me acerqué en el recreo a casa para cogerla —contestó Tom.

Fani lo miró estupefacta.

—Me pareció buena idea —se defendió el muchacho, como si lo hubiera pillado haciendo algo malo—. Habíais hablado del metro. En las pelis, los protagonistas siempre acaban caminando por los túneles, y para eso necesitábamos una...

—¡Eres genial, Tom! —Luz le estampó un beso en la mejilla—. En serio. ¡Rápido, ilumina la pared! La puerta debe de estar cerca.

Caminaron entre la grava y las traviesas. El foco amarillo se paseaba por las paredes ennegrecidas, surcadas por cables desvencijados. No había ni rastro de ninguna puerta.

—¿Y si nos la hemos pasado? —dijo Fani.

—No —dijo Luz—. Estaba más adelante.

Los segundos pasaban a toda velocidad y la puerta no aparecía. Luz llegó a pensar que su amiga tenía razón. El día anterior estaba tan asustada y tan sorprendida que no había podido fijarse bien en las menudencias como, por ejemplo, cuántos metros separaban la estación de la condenada entrada al

pasadizo. Allí no había ninguna puerta ni, lo que era peor, ningún lugar en el que guarecerse cuando el tren llegase.

Y ocurrió lo inevitable. Notaron la vibración en las vías antes de escuchar nada. El sonido los alcanzó un poco después, grave, ominoso, imparable.

—¡El tren! ¡El tren! —chilló Fani.

El corazón de Luz se detuvo. El haz de la linterna seguía recorriendo frenético la pared. Entonces la vio.

—¡Allí! —gritó.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—¡Allí!

Tom movió la linterna. Allí estaba, en efecto, una vieja puerta metálica que apenas se adivinaba entre el hollín. Se lanzaron los tres a la vez hacia ella. Dos puntos luminosos aparecieron flotando sobre el fondo oscuro. Fani agarró la manivela y tiró. No sucedió nada.

—¡Está cerrada! —chilló—. ¡Cerrada!

—No puede ser —dijo Luz. Bajó la manivela y tiró con todas sus fuerzas. La plancha metálica no se desplazó ni un milímetro.

Los faros de la locomotora lo inundaron todo proyectando sombras duras, irreales. Luz pudo ver el rostro de sus amigos, con los ojos muy abiertos, mirando despavoridos a la muerte que cabalgaba hacia ellos a lomos de aquel ingenio mecánico. Un rugido ensordecedor anuló cualquier otro sonido.

El tren estaba a pocos metros. El maquinista no dio muestras de haberlos visto. Se acercaba a toda velocidad.

Desesperada, Luz volvió a bajar la manivela y empujó. La puerta se abrió mientras el estrépito del tren les atronaba los oídos y les saturaba cada convulsión del cerebro. Cayeron en el pasadizo como un solo bulto un segundo antes de que el convoy los alcanzara.

—Había que... empujar. No tirar —jadeó Luz—. La puerta se abre... hacia dentro.

Cerró la puerta con manos temblorosas, intentando recobrar la calma y asumir el hecho de que seguían de una pieza. Tom recuperó su linterna del suelo y apuntó con ella alrededor. Todo era tal y como Luz lo recordaba: el piso húmedo, las paredes de viejos ladrillos, el techo bajo recorrido por cables herrumbrosos y lámparas rotas por el tiempo y el abandono.

—Así que era cierto —murmuró Fani. Parecía haber recuperado el dominio de sí misma, como si al cerrar la puerta del pasadizo el pánico se

hubiera quedado al otro lado.

—¿Cómo que «era cierto»? —dijo Luz, poniéndose en pie y sacudiéndose el polvo gris de los pantalones—. ¿Es que no me creías?

—No es lo mismo que te lo cuenten que estar aquí abajo, ¿sabes?

—La consistencia de lo real —dijo Tom con tono lúgubre. Las dos chicas lo miraron—. ¿Qué pasa? Stanislaw Lem. *Las memorias de Ijon Tichy*. —Las dos amigas seguían mirándolo como si fuera un hámster que un buen día anuncia a su dueño con voz educada que tal vez le apetecería variar de dieta y sustituir la lechuga por un poco de jamón—. ¿Es que no habéis leído a los clásicos?

—Me quedé en *El Quijote* —bufó Fani.

—Larguémonos de aquí —dijo Luz.

Se puso en marcha, intentando recordar el camino que había seguido el día anterior. En alguna bifurcación dudó, pero la suerte estuvo de su parte porque pronto se toparon, con gran alivio, con la segunda puerta metálica, con aspecto de ser mucho más reciente. Entonces Luz se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Fani.

—¡Las llaves! ¡El chico tenía un manojo de llaves!

—¿Y qué?

—¡Que esta puerta está cerrada con llave!

Fani intentó abrirla sin éxito. Empujó y tiró de ella, para no volver a cometer el mismo error de suponer que se abría en un sentido cuando en realidad lo hacía en el otro. Luz miró alrededor, como si esa mirada pudiera conjurar una solución ante sus ojos. Tom, por su parte, hurgó en uno de sus bolsillos y acabó encontrando una pequeña navaja suiza. Luego, con parsimonia, se aproximó a la puerta y le tendió la linterna a Fani.

—¿Me la sujetas?

La chica lo hizo, ceñuda. Tom se agachó frente a la cerradura y, tras unos segundos trajinando, se escuchó el chasquido del mecanismo. La puerta se abrió silenciosamente.

—¿Pero tú dónde has aprendido a hacer eso?

—En *Goody*, el videojuego.

Fani le puso una mano en el hombro y dijo en tono solemne:

—Eres una caja de sorpresas, Tom, pero yo no voy a darte un beso ni en tus mejores sueños.

El chico se ruborizó. Luz avanzó unos pasos y escrutó la oscuridad.

—Todavía queda otra puerta —avisó—. A ver si se te ocurre algo para burlar la cámara de seguridad, Tom.

—¿Cámara de seguridad?

—Sí, ¿recordáis? La próxima puerta, la que da a la estación de Ríos Rosas, está controlada por una cámara de seguridad conectada vete a saber dónde. El chico de la guitarra movió los brazos de un modo peculiar, como una señal convenida, y la puerta se abrió.

Tom meditó un instante.

—Lo primero entonces es evitar que nos vean —dijo. Señaló el manajo de cables de la pared—. Mirad eso. Los cables oscuros son eléctricos y el más grueso de color blanco parece coaxial. Apuesto a que la señal de vídeo se transmite por ahí.

Y, sin añadir nada más, volvió a sacar su navaja suiza y cortó el cable blanco con tanta limpieza como un matarife. Se produjo un chispazo y al instante las luces del túnel se apagaron. El chico retrocedió asustado y golpeó con la cabeza a Fani. La linterna rodó por el suelo y se apagó.

—¡Eh, mira por dónde vas! ¿Se puede saber qué has hecho?

—A lo mejor no era el cable de vídeo...

Hubo más chispazos. Uno de los extremos del cable seccionado empezó a moverse como una serpiente enloquecida. Olía a plástico quemado. Luz se agachó y tanteó el piso en busca de la linterna. Cuando logró encenderla vio que una sección del cableado se había derretido y desprendía un humo azulado.

—Creo que es buena idea que nos larguemos —dijo con premura.

—¿Y qué hay de la cámara de seguridad?

—¡Ya lo pensaremos al llegar allí!

Caminaron a paso rápido en la dirección en la que Luz recordaba que estaba la última puerta. Doblaron una esquina y en ese momento hubo un fragor eléctrico a su espalda. Al volver la cabeza, pudieron distinguir el resplandor inconfundible del incendio extenderse por el pasillo y el olor del humo tóxico alcanzarles a gran velocidad.

—Más rápido, chicos —dijo Luz mientras salía a correr—. Algo huele a podrido en Dinamarca.

—Me tenéis harta con vuestros chistecitos frikis —gruñó Fani, siguiéndola.

—Eso no es friki, tía. Es Shakespeare.

—Pues eso.

Llegaron a la puerta en seguida. Bajo la hoja metálica pudieron ver la claridad de la estación al otro lado, pero no había pomo ni cerradura visible. La cámara de seguridad descansaba, al parecer inerte, cerca del techo. El fuego se avivaba y, sobre todo, el humo se hacía más denso a cada segundo. Luz notó con pavor que le picaba la garganta y le escocían los ojos.

Agitaron los brazos frente a la cámara. Si había alguien al otro lado, no hizo nada por ayudarlos. «Todas las conexiones se habrán quemado», pensó Luz aterrada. «Nadie nos está viendo y, aunque lo hicieran, no podrían abrir la puerta a distancia porque han ardidido todos los cables».

Fani se levantó el jersey y se tapó con él la nariz. Los otros la imitaron. Luego Tom apoyó la oreja contra la puerta.

—¿Qué demonios haces ahora? —preguntó Fani, imitándolo. De pronto la chica abrió mucho los ojos y gritó—: ¡Apartaos!

Empujó a sus dos amigos al suelo justo a tiempo para evitar el golpe. Las dos hojas metálicas se abrieron con violencia. Media docena de bomberos entraron a toda prisa y se dirigieron al incendio sin reparar en los tres jóvenes, que habían quedado parapetados por la oscuridad a un lado del túnel. Cuando los bomberos se perdieron tras la primera esquina, Fani tomó a Luz y a Tom de los brazos y susurró:

—Vamos, es el momento de largarse.

Salieron a la estación de Ríos Rosas, sorprendidos por encontrarla sumida en la semioscuridad. Solo algunas luces de emergencia funcionaban.

—Definitivamente, el cable blanco no era el de la señal de vídeo —dijo Tom.

Habían tendido una cinta de plástico alrededor de la puerta y varios policías (ninguno de ellos gordo) se habían dispuesto en torno a ella formando un perímetro de seguridad. Miraban hacia el exterior, donde la gente se arremolinaba para tratar de echar un vistazo al interior del pasillo del que salía un humo negruzco y así tener una buena historia que contar en casa durante la cena. Uno de los agentes volvió la cabeza y descubrió a los tres chicos que trataban de escabullirse bajo la cinta policial.

—¡Eh, vosotros! —gruñó de mal genio—. ¿Qué demonios estáis haciendo ahí? ¡Vamos, largo!

Improvisando un gesto de disculpa con la mano, cruzaron bajo la cinta y



se mezclaron entre la multitud. Algunos empleados del metro intentaban sin éxito que los curiosos se dispersaran. Nadie más reparó en tres jóvenes, dos chicas y un chico, con los rostros y la ropa tiznados de humo y hollín, que se escabullían como carteristas hacia la salida.

## 7. Calma aparente

Diez minutos más tarde estaban sentados en un banco de Bravo Murillo. La gente pasaba junto a ellos sin prestarles atención, moviéndose con agilidad por las aceras grises, reducidas desde hacía décadas a la mínima expresión para ceder espacio a los voraces automóviles. Los comercios abrirían pronto sus puertas para comenzar la jornada vespertina.

Los tres guardaban silencio. Se habían dejado caer en ese banco movidos por una especie de solidaridad inconsciente de grupo. No habían cruzado palabra desde que habían salido del metro, hasta que Tom, con un aspaviento melodramático, escondió la cabeza entre las manos y dijo:

—Mi madre me va a matar cuando se entere.

Fani y Luz lo miraron. El muchacho parecía francamente preocupado. De pronto, la inquietud por una bronca materna comparada con lo que acababa de sucederles les pareció tan poca cosa que las dos rompieron a reír. Fue una risa franca y explosiva, una forma abrupta de liberar la tensión acumulada. Al principio Tom frunció el ceño, pero luego no pudo evitar contagiarse.

—Me mata... —decía entre hipidos—. Mi madre... me mata.

Algunos transeúntes los miraban de reojo o se apartaban del camino para no pasar demasiado cerca de esos tres adolescentes que se reían como lunáticos. Tratando de dominarse, y todavía sin resuello, Fani consiguió preguntar:

—Entonces, ¿qué es lo que ha pasado ahí abajo?

—¿Cómo que qué ha pasado? —Luz se puso de pronto muy seria—. El policía gordo estaba allí, al final de la escalera. Intentó llevarme con él. ¿Es que no lo visteis?

Fani y Tom se miraron. Las risas parecieron ahora un recuerdo lejano.

—No —dijo la chica por fin—. No vimos a ningún policía. Solo te vimos aparecer a ti con una mancha de sangre en la boca. Después saltamos a las vías y ocurrió todo lo demás.

Luz negó con la cabeza. No era posible. Tenían que haberlo visto. Era un tipo muy grande.

—Pero me creéis, ¿verdad? Quiero decir, no pensáis que me estoy volviendo paranoica ni nada parecido, ¿no?

Los otros dos volvieron a mirarse.

—Había mucha gente al final de la escalera —razonó Tom—. Si querían cogerte sin que nadie prestase atención, aprovechar esa confusión era lo más adecuado. Creo que es lógico que lo hicieran así, y el hecho de que no pudiéramos verlo significa que quienes te andan buscando son profesionales que saben hacer bien su trabajo.

El muchacho parecía hablar en serio. Luz le sonrió, agradecida por la confianza que volvía a demostrarle. Fani levantó las cejas y dijo:

—Está bien, no le demos más vueltas. ¿Qué hacemos ahora? ¿No deberíamos acudir a la policía?

—¿Para contarles qué? —dijo Tom—. ¿Que hemos provocado un incendio en el metro?

—*Has* provocado —dijo Fani.

—Probablemente nos pondrán una multa —prosiguió Tom, sin hacer caso—, y mi madre me prohibirá salir a la calle más o menos el resto de mi vida.

—De eso que se libra la calle.

—Va, no discutáis —los cortó Luz, poniéndose en pie y caminando arriba y abajo alrededor del banco—. No podemos ir a la policía ni contárselo a nuestros padres, eso está claro.

—Pensemos un momento —dijo Tom—. Hay alguien que busca a Luz, quizá dos grupos de personas enfrentados. La buscan a ella y solo a ella, y resulta lo bastante importante como para que se tomen la molestia de vaciar una estación de metro en hora punta.

—Pero solo un día —dijo Fani—. Hoy la estación no estaba vacía.

—A lo mejor no les ha dado tiempo a vaciarla. A lo mejor no lo han considerado necesario.

—Oye, ¿y a ti por qué te llaman Tom en lugar de Sherlock?

—Por Tom Bombadil, claro.

—¿Por Tom qué?

—Tom Bombadil. El más sabio y el que no tiene padre. El maiar que vive en el Bosque Viejo de la Tierra Media, aunque hay quien dice que podría ser el mismísimo Eru Iluvatar.

—No te aguanto cuando hablas en élfico.

—Eso es lengua común. El élfico suena así: *elen síla lúmenn' omentielvo, a tenna nárenna*.

—Cierra el pico o te rompo la nariz.

Mientras Fani y Tom conversaban en estos términos, Luz seguía caminando febrilmente por la acera, ahora a la espalda del banco donde estaban sentados sus amigos. Escuchaba sus palabras como si vinieran de muy lejos. Su cabeza daba vueltas en un vórtice vertiginoso de posibilidades, y todas ellas le resultaban siniestras.

De pronto se detuvo en seco. En la acera de enfrente, al otro lado de la avenida, le había parecido distinguir un rostro conocido durante una fracción de segundo.

Entrecerró los ojos y trató de volver a localizarlo entre el gentío, pero un autobús urbano que llegaba a su parada se interpuso en su línea visual. A través de las ventanillas apenas si se apreciaban sombras confusas. Por fin el autobús arrancó. Dejó tras de sí una vaharada de humo negro, casi sólido. Y entonces, como un recuerdo borroso que de repente emerge de la memoria, el rostro apareció entre las volutas oscuras, esta vez sin ningún asomo de duda. Era él: el chico de la guitarra, el que la había salvado en el metro el día anterior. Estaba de pie, al otro lado de la calle, y la miraba.

Luz se acercó al banco caminando de espaldas, muy despacio, sin apartar los ojos del joven que la observaba, como si el hecho de perderlo de vista aunque solo fuera un instante pudiera hacer que se desvaneciera como una ilusión óptica.

—Chicos —susurró. Fani y Tom no la oyeron—. ¡Chicos!

Otro autobús se atravesó, avanzando lentamente. Cuando pasó de largo, Luz supo lo que iba a ocurrir antes de que sucediera, como una maldición autocumplida: en la acera de enfrente ya no había nadie.

—¡Chicos!

Se giró hacia sus amigos y sintió como si un puño de hierro le estrujara la boca del estómago. Fani y Tom no estaban. Solo quedaba un banco vacío.

Sus piernas se convirtieron en arena mojada. Tal vez se había equivocado

de banco. Pero no, eso era imposible. Estaban allí sentados, hablando sobre los elfos o algo parecido, hacía solo un segundo, el tiempo que ella había estado mirando hacia la otra acera. El aire se afanaba por entrar y salir a través de su garganta seca. Casi sin darse cuenta, bajó el bordillo y avanzó algunos pasos más, cruzando imprudentemente el carril bus. Un taxi pasó demasiado cerca de ella haciendo sonar el claxon. Dio un respingo y fue consciente de que estaba en medio de la calzada.

Desesperada, miró en todas direcciones. Sintió con claridad el aullido del pánico acechando en su interior. Piensa, piensa, se dijo. La gente no se desintegra de forma espontánea. No pueden andar muy lejos.

Iba a regresar a la acera cuando un coche elegante y oscuro, tal vez un Audi o un BMW con los cristales tintados, se detuvo a su lado en el carril bus y Luz supo que algo iba definitivamente mal. Quiso gritar, pero el sonido se quedó ahogado en su pecho al ver abrirse la puerta trasera y aparecer al falso policía. El tipo salió del coche con una agilidad inusitada en alguien de su volumen. Tenía un vendaje improvisado y enrojecido en la mano izquierda y la miraba con sus ojillos porcinos destilando odio. La cogió del brazo con la ferocidad de un oso. Le propinó un empujón que la catapultó al asiento trasero y cerró la puerta con mucha más fuerza de la necesaria. Luego el hombretón se dejó caer en el asiento del acompañante. El vehículo se escoró hacia la derecha como consecuencia del peso. El hombre gordo gruñó:

—Arranca.

El conductor asintió y colocó las manos en el volante. A pesar de que solo podía verlo de espaldas, Luz no tuvo ninguna duda acerca de quién se trataba. Por eso no se sorprendió demasiado cuando el chico que la había salvado en el metro el día anterior, el muchacho de la guitarra, a quien había visto hacía un instante en la acera de enfrente, se volvió hacia ella antes de poner en marcha el vehículo y dijo con una media sonrisa.

—No le has puesto la mordaza, Big Joe.

El gordo bufó y se apeó de nuevo del coche. Solo entonces Luz recuperó la cordura lo suficiente como para darse cuenta de que no estaba sola en el asiento trasero. Había otras dos personas allí en completo silencio: un muchacho espigado y con el pelo no demasiado limpio y una chica corpulenta y rubia. Fani y Tom no la habían visto porque tenían los ojos tapados por un pañuelo anudado a la nuca. Tampoco le habían hablado porque tenían una mordaza en la boca, ni la habían tocado porque tenían las

manos atadas a la espalda. Parecían muy incómodos. Y muy asustados.

El hombre gordo abrió la portezuela trasera. Traía dos pañuelos aferrados en la mano sana como si quisiera exprimirlos. Luz supo lo que iba a suceder a continuación, aunque eso no impidió que se estremeciera cuando el tipo se abalanzó sobre ella para taponarle los ojos y la boca. «Están secuestrándonos», pensó con una extraña calma. «Y ahora no hay nada ni nadie que pueda impedirlo».

Se sintió absurdamente reconfortada: sus dos amigos estaban a su lado. Nada malo, al menos no malo del todo, podía sucederle mientras ellos estuvieran allí. Le taparon los ojos y la oscuridad invadió el mundo, pero podía percibir su presencia, su respiración agitada, el calor que se irradiaba a través del jersey de Fani.

Cuando el coche arrancó y Luz empezó a sacudirse de un lado para otro sin saber a dónde se dirigían, aquella fugaz sensación de bienestar desapareció por completo y el pánico absoluto se abatió sobre ella con la contundencia de un huracán.

## 8. Sala de espera

Era imposible imaginar lo angustiosa que resultaba una mordaza alrededor de la boca y la nariz hasta que te ponían una. Se trataba de una de esas experiencias que las películas o los libros no lograban transmitir. La tela del pañuelo, que no olía precisamente a limpio, le presionaba los labios contra los dientes hasta casi hacérselos sangrar. Las manos se le entumecían atadas a la espalda, soportando todo el peso de su cuerpo. Pero lo peor era la impresión de que se asfixiaba y no podía obedecer al impulso de bajar un poco la mordaza, de aflojarla para tomar una bocanada de aire.

Y además estaba el mareo. Con los ojos vendados, cada curva era una incógnita. Su cuerpo se balanceaba a un lado y al otro, apoyándose a veces en la puerta y a veces en Fani, que estaba a su lado, en el asiento central.

A pesar del miedo y de las náuseas crecientes, Luz aún tuvo tiempo de preguntarse a dónde los llevarían. Era, sin duda, un lugar que no convenía que conocieran, o de lo contrario no les hubieran tapado los ojos. O quizá solo querían asustarlos lo máximo posible. Probablemente no les iban a hacer daño, o al menos no demasiado porque, si el propósito de aquellos individuos fuera que ninguno de los tres regresara con vida, ¿para qué tomarse la molestia de taparles los ojos?

Pero hay cosas peores que la muerte, desde luego. Luz había leído suficientes libros y había visto suficientes películas como para saberlo, aunque también conocía historias menos oscuras en las que el protagonista, apresado por los malos de turno, encontraba una forma de escapar utilizando su astucia y su valor. Claro que el protagonista siempre era un apuesto joven de ojos azules que vivía en lugares como California o Florida, se llamaba John o Michael y tenía que rescatar a una chica escultural, casi siempre rubia,

llamada Kimberly o tal vez Jennifer, cuyo cociente intelectual alcanzaba apenas para llegar a la categoría «tonta del bote» y que tenía como única misión en la historia poner morritos y dejarse apresar para que el chico pudiera lucirse.

Ella no era rubia ni tenía los ojos azules, sino morena y algo desgarbada. Tenía un ojo albino que hacía que la mayor parte de la gente apartase incómoda la mirada de su rostro, o bien todo lo contrario, que la mirasen con la fascinación con la que se mira a un animal exótico en el zoo. Tampoco conocía California ni Florida: en toda su vida había ido más allá de las playas de Alicante. Y, por añadidura, no era un chico. Pero aún así... Aún así, tal vez lograrse encontrar una forma de escapar. Tal vez podía utilizar su astucia y su... ¿su valor?

El vehículo por fin se detuvo. Luz escuchó el zumbido eléctrico de un elevador y luego una voz desconocida y bronca procedente del exterior. La voz dijo solo una palabra: «adelante». El elevador volvió a actuar y el coche se puso otra vez en marcha, desplazándose con lentitud. Luz notó como su cuerpo se inclinaba. «Estamos bajando», pensó. «Estamos entrando en un aparcamiento subterráneo».

Aún percibió algunas maniobras más antes de que se detuvieran por completo. El rumor del motor se extinguió, las puertas delanteras se abrieron y cerraron en perfecta coreografía y el automóvil se balanceó cuando el policía gordo se apeó del asiento del acompañante. Por fin, alguien abrió la puerta trasera y asió el brazo de Luz con fuerza. Por el volumen de la mano, la chica supuso que se trataba del falso policía.

La condujo a través del suelo de hormigón pulido del aparcamiento —estaban en un parking subterráneo sin duda: el olor y los ecos resultaban inconfundibles. Luz escuchaba pasos detrás de ella y rogó en silencio que fueran los de Fani y Tom. Una puerta chirrió y pasaron a otro lugar, quizá un pasillo. El olor a tubo de escape desapareció, sustituido por algún tipo de ambientador químico, y los sonidos se hicieron más definidos. Un poco más allá se detuvieron. Escuchó entonces el ronroneo eléctrico de un motor de ascensor. Alguien la empujó al interior de la cabina.

Debía de ser un ascensor grande porque sintió la presencia del policía gordo a un lado y la de Tom al otro —el olor corporal del chico, para su desgracia, era tan inconfundible después de las dos de la tarde como una huella dactilar—, por lo que imaginó que estaban subiendo todos a la vez. El



estómago se le encogió cuando empezaron a moverse. Al cabo de lo que pareció una eternidad, el ascensor se detuvo con un sonido de campanillas y una voz mecánica anunció: «planta veintinueve».

Salieron de la cabina y los hicieron avanzar por un suelo que debía de estar enmoquetado porque hacía desaparecer los sonidos de sus pasos antes de que se produjeran. A Luz le evocó el pasillo de un hotel. Antes, en la época en la que las cosas iban mejor, sus padres y ella solían hacer un viaje durante las vacaciones. Habían estado una semana en un hotel de la costa de Alicante cuyos pasillos sonaban exactamente igual que este. Fue una buena semana. Cuando la recordaba, solo le venían a la memoria las risas y los juegos, su padre y ella tirándose en la piscina del hotel, compitiendo por ver quién era capaz de hacer la mayor salpicadura, o su madre nadando mar adentro, bailando con las olas. Luego todo se estropeó. Luz no sabía cómo ni cuándo había sucedido. Su padre se había convertido en un capullo integral. Se marchaba antes del amanecer y solía regresar, gris y malhumorado, bien caída la tarde con el único propósito, al parecer, de impartir lecciones morales a todo el mundo y recordarle a Luz las innumerables cosas que ella hacía mal y él bien. Su madre tenía un horario laboral más razonable, pero siempre se mostraba distante, como si estuviera enfadada con el mundo.

El recuerdo de aquel hotel, de aquellos buenos tiempos, le dolió de un modo más fuerte del habitual. Luz trató de imaginar cómo reaccionaría su madre cuando llegase a casa y descubriese que no estaba allí. ¿Cuánto tiempo tardaría en dar la voz de alarma, en llamar a los familiares y amigos, en avisar a la policía? ¿Telefonaría a su padre al trabajo para decirle que su hija había desaparecido? Al menos así hablarían un rato, aunque fuera por teléfono.

No tuvo mucho tiempo para seguir haciéndose preguntas. Los dejaron caer en un asiento mullido y se golpeó la cabeza con algo duro. Un gruñido de protesta le hizo comprender que había chocado con el cráneo de Fani. Luz sabía que tenía todas las de perder en un choque de esas características, y el dolor pulsante en la frente se lo corroboró.

Entonces, por fin, les quitaron las mordazas y las vendas de los ojos.

Estaban en una habitación monumental, sin ventanas, con las paredes y el suelo enmoquetados de un color gris elegante pero frío. Los habían dejado caer en dos grandes sofás de cuero de formas rectas dispuestos en el en una de las esquinas. En la pared de enfrente colgaban reproducciones sin marco de cuadros famosos, o eso pensó Luz, que creyó reconocer alguna de las

obras de Pablo Picasso o Marcel Duchamp de las que tanto les había hablado su profesor de historia. En aquel silencio de templo moderno, se oían con nitidez las respiraciones agitadas de los tres chicos. El ambiente era el de una galería de arte selecta. Luz intuyó que, después de todo, quizá los cuadros no eran reproducciones.

En el centro de la estancia había un enorme escritorio de metal oscuro, marcialmente ordenado. Todo desprendía sensación de simetría y pulcritud, hasta el punto que podía pensarse que ningún ser humano había pasado antes por allí. Los tres chicos, sentados en uno de los sofás en la misma posición en que los habían soltado, apenas se atrevían a moverse. Luz giró un poco la cabeza para mirar a Fani. Los ojos asustados de su amiga, abiertos como frutas maduras, la aterrorizaron más que ninguna otra cosa.

El falso policía y el chico de la guitarra estaban de pie, junto a la mesa. El gordo murmuraba algo al oído del otro. El chico miraba hacia el sofá y asentía con una media sonrisa indescribable. A Luz ya no le parecía tan guapo. De hecho, no le hubiera importado romperle la nariz si hubiera tenido el valor o la fuerza suficiente para hacerlo.

Apareció alguien más: un hombre alto, delgado, entrado en años, vestido con un traje impecable y con la elegancia de un mayordomo inglés grabada en cada uno de sus gestos. Acababa de entrar por una puerta de doble batiente que había en un extremo de la sala y la estaba cerrando con un cuidado tan exquisito que consiguió no hacer el menor ruido.

Se dirigió con paso seguro hacia los chicos, tan solemne que rozaba la frontera del ridículo. Se plantó ante ellos e hizo una leve inclinación.

—El señor la recibirá ahora —dijo, y extendió un brazo en dirección a Luz, con la mano tendida. La chica miró a Fani y a Tom. No quería separarse de ellos por nada del mundo.

—Ya lo has oído. —La voz de Big Joe graznó de obscenamente en el silencio catedralicio de la habitación. Le estaba hablando a ella—: Levántate.

La mano del tipo espigado seguía extendida delante de Luz, tan tentadora como una invitación a pasar un fin de semana en el infierno. Fue entonces cuando intervino el chico de la guitarra:

—Está aterrorizada. ¿Es que no lo veis?

—No tema, señorita —dijo el hombre espigado en tono didáctico—. Ni usted ni sus amigos sufrirán el menor daño, al menos mientras estén aquí.

—Eso no suena muy tranquilizador —dijo el chico de la guitarra,

sonriendo. Luego se acercó al sofá. Lo hizo despacio, como un cazador se acercaría a su presa—. Escucha, Luz. Aunque suene extraño, queremos ayudarte. La forma de traerte aquí no ha sido muy delicada, ya lo sabemos, pero no había tiempo. Los otros estaban cerca. Era lo único que podíamos hacer para ponerte a salvo.

Luz lo miró confusa. Había algo en la actitud del chico que la invitaba a confiar en él, y no tenía nada que ver con que fuera más o menos atractivo. «No seas idiota», decía al mismo tiempo una voz dentro de su cabeza. «Está intentando embaucarte».

—Quieres respuestas, ¿verdad? —continuó el joven—. Al otro lado de esa puerta las encontrarás.

Luz siguió sin moverse del asiento, en parte porque el miedo la mantenía paralizada y en parte porque no creía, no quería creer las palabras del chico de la guitarra.

Big Joe, el gordo, se aproximó bamboleante a ellos, miró fijamente a Luz con sus ojillos entrecerrados y gruñó:

—Basta de palabrería. Mueve el culo o le retuerzo el brazo a tu amiga hasta que le crujan los huesos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Luz. Pero no era un escalofrío miedo. Era algo distinto, más cálido, más antiguo. Se puso en pie como si tuviera un resorte en las piernas, con los brazos temblando de indignación. ¿Cómo se atrevía aquel gorila a amenazar a su amiga? ¿Cómo se atrevía?

—Hazlo y te arrancaré los dedos de la mano a mordiscos —se oyó decir entre dientes. Había empezado a echar fuego por los ojos.

El chico de la guitarra sonrió.

—Ten cuidado, Big Joe. La chica es brava. Cumplirá su amenaza.

El gordo levantó el puño vendado y ensangrentado y lo agitó muy cerca de la cara de Luz, como si amenazara con golpearla. Ella no se apartó. El fuego aún ardía, aunque amenazó con apagarse de golpe al imaginar lo que aquel puño del tamaño de un melón podía hacerle a su cabeza.

Finalmente Big Joe bajó la mano y se apartó. Luz miró al tipo espigado y dijo:

—¿A dónde tengo que ir?

El hombre giró sobre sus talones con la presteza de un robot psicópata de película barata.

—Si tiene la bondad de acompañarme, le indicaré el camino.

Cruzaron la sala en silencio, el sonido de sus pasos ahogado en la moqueta impoluta, hasta llegar a la puerta de doble batiente gris, lisa, colosal en sus dimensiones aunque desprovista de cualquier tipo de adorno. El hombre espigado asió el pomo y la abrió. Antes de entrar, Luz se volvió hacia Fani y Tom, que seguían sentados en el sofá.

—Volveré enseguida y nos marcharemos de aquí —les dijo con un aplomo que a ella misma le pareció alarmante—. Os lo prometo.

Los dos la miraban con los ojos muy abiertos. Había sorpresa en aquellos ojos, pero también algo más, algo que podía ser admiración... o pánico.

## 9. Señores del mundo

Al otro lado había un despacho enorme, el más grande que Luz hubiera visto o imaginado en su vida. La misma moqueta gris cubría el suelo. Las paredes estaban revestidas de metal reluciente, como si se tratara de la sala de máquinas de una nave espacial. Una gran mesa de reuniones con el tablero de cristal, rodeada de asientos oscuros, se extendía a lo largo de una pared lateral. Más allá, un escritorio de aluminio bruñido y del tamaño de un portaaviones presidía la habitación. Dos personas vestidas de blanco, un hombre y una mujer, montaban guardia a los lados del escritorio como las torres de un juego de ajedrez. El sol poniente se derramaba sobre la estancia, tamizado por la cristalera tintada que constituía la totalidad de pared del fondo. Desde allí se divisaba Madrid a vista de pájaro. Luz adivinó el trazado del paseo de la Castellana y, a lo lejos, la silueta inconfundible de Torrespaña. Era evidente, dedujo, que se encontraban en alguno de los rascacielos de AZCA, el distrito financiero de la ciudad.

—Está sana y salva. Los chicos han hecho bien su trabajo.

Al principio, Luz no supo identificar de donde había surgido la voz ronca y apagada como un tocadiscos en mal estado. Entonces se dio cuenta de que, sepultado tras el gigantesco escritorio, medio hundido en las orejas del sillón de cuero, había un hombre muy viejo, impecablemente vestido, pero tan arrugado y delgado que, en un museo de arqueología, podría pasar por una momia egipcia ataviada con traje y corbata.

La momia se movió. Apoyó las manos casi translúcidas en la mesa y se incorporó en el sillón con lo que pareció un tremendo esfuerzo.

—Narcís, ven aquí. Ayúdame —dijo.

—Sí, señor. —El tipo espigado que había acompañado a Luz al interior

del monumental despacho acudió solícito junto al anciano y lo ayudó a ponerse en pie.

Temblaba como una hoja. Narcís le puso un bastón con empuñadura dorada en la mano y lo tomó con gentileza del brazo para acompañarlo. Solo para conseguir salir de detrás del escritorio necesitaron un buen rato. El anciano se dejaba llevar, como un niño dando sus primeros pasos dubitativos, y de ese modo, muy despacio, se acercaron a Luz.

La chica tragó saliva.

Los dos centinelas de blanco se deslizaron tras el viejo al que todos llamaban «señor». La mujer empujaba una mesita metálica con ruedas y el hombre miraba sin cesar un indicador, parecido a un cronómetro, que descansaba en su mano. Luz comprendió que no eran centinelas, sino enfermeros. Varios tubos de plástico y finos cables salían de entre las ropas elegantes del anciano y se perdían en la mesita metálica de las ruedas. Distinguió en ella, discretamente camuflados, una bombona de oxígeno e instrumental médico de propósito ignoto. El enfermero, pudo deducir, comprobaba en los indicadores las constantes vitales de aquel hombre que parecía tener un pie, o los dos, en el más allá.

Habían recorrido de esta forma tan aparatosa un par de metros cuando una alarma empezó a ulular en la mesita metálica. Todos parecieron asustarse, menos el propio anciano.

—Señor... —murmuró la enfermera.

El viejo suspiró y se detuvo, resignado. Estiró los brazos en dirección a Luz y movió apenas los dedos.

—Vamos, acérquese —dijo jadeando—. Deje que la vea.

La chica se aproximó al anciano con aprensión. A pesar del lujo, de los trajes a medida, de la limpieza impoluta del lugar, cuando estuvo cerca percibió con claridad el olor a medicinas, a sudor antiguo, a decrepitud. El olor de la muerte.

Se cuidó mucho de dejar traslucir emoción alguna. El anciano la escrutó con sus ojos llorosos, hundidos en sus órbitas. Una sonrisa arrugada de dientes demasiado grandes se formó entre los pliegues de su cara, convirtiendo su expresión en una mueca siniestra. Levantó una mano huesuda y trémula hacia el rostro de Luz. Parecía la mano de un muñeco, la de uno de esos muertos vivientes con los que intentan asustar a los visitantes de la casa del terror en las ferias. Luz no pudo evitar sentir un rechazo instintivo, pero el

anciano no se dio cuenta, o no le importó, porque la mano siguió avanzando hasta tocar el pelo de Luz, el mechón de pelo oscuro que le caía sobre la cara como una cascada y le tapaba el ojo albino.

El hombre apartó el pelo con parsimonia exasperante y por fin la miró.

—Es ella, no cabe ninguna duda —dijo por fin—. ¡Traedme mi silla!

La enfermera soltó el carrito y corrió a un rincón de la habitación con pasos silenciosos. De un hueco en la cabecera de la mesa de reuniones extrajo una silla de ruedas y la acercó al anciano. Entre los dos sanitarios lo ayudaron a sentarse. El hombre respiró hondo tres veces, como si aquella caminata de unos metros le hubiera supuesto el mismo esfuerzo que correr un maratón. Por último, sonrió a Luz con la misma expresión tétrica de antes y dijo:

—Disculpe si mis chicos la han asustado. Era necesario ponerla a salvo como fuera. Pero, ¿dónde tengo mis modales? Mi nombre es Arturo Buendía de Castro. Puede llamarme don Arturo. Bienvenida. Por favor, Narcís, trae una silla para la señorita.

Antes de que Luz pudiera darse cuenta, el tipo espigado había colocado junto a su trasero uno de los asientos negros de la mesa de reuniones. Ella no se sentó. No entendía muy bien por qué, pero consentir en esa invitación a charlar como si fueran dos viejos amigos, o una nieta con su abuelo, se le antojó algo inaceptable después de cómo los habían tratado. Significaba dejar entrar a un vampiro en casa. Significaba someterse a unas fuerzas que no conocía ni tenía intención de conocer.

—No —dijo.

—¿Disculpe? —preguntó don Arturo.

—He dicho que no.

—¿Que no, qué?

—No voy a sentarme.

El anciano no se enfadó. Antes bien, parecía divertido, o extrañado. No debía estar acostumbrado a que nadie le llevara la contraria.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Porque usted nos ha traído aquí contra nuestra voluntad. No pienso sentarme a conversar con usted como si no pasara nada.

Se hizo un silencio tenso en la habitación. A Luz no se le escaparon las miradas nerviosas que intercambiaron los dos enfermeros. En cambio, Narcís, el tipo espigado que recordaba a un mayordomo inglés, permaneció impasible como una estatua. El rostro de don Arturo se quedó inmóvil. Parecía una

máscara de piedra tras la que se escondían dos ojos afilados.

—Eso confirma que eres tú —dijo por fin. Ahora la tuteaba—. Te esperábamos desde hacía mucho. ¡Siéntate!

Ya no se trataba de un ruego. Narcís empujó la silla, que la golpeó en la corva de las rodillas y se las dobló contra su voluntad. Cayó hacia atrás y rebotó en el asiento. Con una rapidez sorprendente y sin perder su flema británica, Narcís le ató las muñecas a los brazos de la silla con dos bridas de nailon. Luz intentó soltarse y lo único que consiguió fue desgarrarse la piel del brazo derecho.

—Las cosas casi nunca son lo que parecen —dijo el anciano, con la vista perdida, como si hablase para sí mismo y no hubiese reparado en lo que acababa de suceder—. Mírame a mí, por ejemplo. Parezco un viejo tullido a punto de irse al otro barrio, completamente inofensivo, pero me bastaría chasquear los dedos para que un terremoto arrasara una ciudad en el otro extremo del mundo.

Luz dejó de forcejear y lo miró sin comprender. Sentía un dolor palpitante en el antebrazo, y el arrebato de valor que había experimentado afuera, cuando Big Joe había amenazado a Fani, y hacía un momento, al oponerse a los deseos del anciano, se estaba desvaneciendo. La impotencia y el miedo volvieron a cernirse sobre ella como una manta de hielo y supo que estaba a punto de echarse a llorar. Eso tuvo el efecto de enrabiartarla y hacerle apretar los dientes.

—¿Has contemplado las vistas que tengo desde aquí arriba? —continuó don Arturo, en apariencia ajeno a la ofuscación de la joven—. Es fácil sentarse delante de estas ventanas y creerse el rey del mundo. Te voy a confesar algo: si crees que los gobiernos tienen alguna capacidad para decidir lo que pasa o deja de pasar, estás muy equivocada.

Por fin miró a Luz, que lo oía sin apenas escucharlo. Debió de interpretar perplejidad en la expresión de confusión de la chica.

—Oh, no te mortifiques. No es culpa tuya. A casi todo el mundo le ocurre. Es lo que nos conviene que creáis: que os gobiernan esos que elegís cada cuatro años, los que se sientan en parlamentos, ayuntamientos, ministerios. Pero no es así, claro. Apuesto a que lo sospechabas. Pareces una chica lista. No importa quien gobierne, ¿verdad? Monarquías o repúblicas, dictaduras o democracias... Al final, los que están arriba permanecen arriba, y los que están abajo... bueno, ya me entiendes. Nunca hubo arena de playa



bajo los adoquines. Fue una idea conveniente que lanzamos en el momento oportuno para, como quien dice, aliviar la tensión. Lo cierto es que aquí o allí, antes y ahora, siempre ganan los mismos.

Don Arturo hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza y Narcís, dócil como un perro faldero, corrió a empujar su silla. Lo acercó a la ventana y el anciano miró al exterior en actitud pensativa. Ahora solo se le veía de espaldas contra el sol, la rala cabellera de muñeco destartalado a contraluz, el rojo del atardecer confiriéndole un aura luciferina.

—Sí, es fácil sentirse el rey del mundo aquí arriba —murmuró el anciano. Se volvió hacia Luz y, sonriendo, añadió—: Te voy a hacer otra confesión: lo soy. El rey del mundo. Al menos, uno de ellos. Nunca has oído mi nombre y, sin embargo, ahora mismo podría descolgar ese teléfono y hacer unas llamadas, y mañana por la tarde el presidente del gobierno habría dimitido y la mitad de los ministros estarían en la cárcel. No lo haré, desde luego. No conviene usar munición real para ejercicios de fogueo. Nosotros también tenemos nuestras reglas. Solo usamos nuestro poder cuando es necesario. Como el otro día, en la estación de metro, cuando tuvimos que sacarte de allí para que ellos no te encontraran.

—¿Ellos? —preguntó Luz.

—¡No me interrumpas! —gruñó el anciano—. Quizá no me quede mucho tiempo. Escúchame con atención. Ser un rey del mundo exige cierta presencia de ánimo. Hay que dedicarse a ello en cuerpo y alma, hasta el último aliento. No hay fines de semana ni vacaciones. No existe la jubilación. Nunca puedes bajar la guardia, porque siempre hay alguien dispuesto a sentarse en tu trono.

—Entonces no le veo ninguna ventaja —Luz había vuelto a hablar antes de pensar. Le estaba ocurriendo muy a menudo desde que se había desatado toda aquella locura a su alrededor. El rostro del viejo se contrajo en una mueca, como si tratase de entender lo que Luz había dicho.

—¿Ninguna ventaja?

—No —dijo Luz—. ¿De qué le sirve todo esto, si está tan ocupado defendiéndolo que no puede disfrutarlo?

Don Arturo, en lugar de enfurecerse, se rió con un graznido terrible, seguido de un ataque de tos tan violento que uno de los aparatos médicos comenzó a aullar. Los sanitarios revolotearon en torno al anciano, que empezó a sacudir las manos como si quisiera espantarse las moscas de encima mientras se asfixiaba entre toses y gemidos. Por fin, recuperó el

resuello.

—Y dicen que la risa es buena para la salud —murmuró—. ¿De qué sirve todo esto, dices? Ah, jovencita. La búsqueda de la felicidad es como el santo grial: otro cuento de hadas que nos conviene que os creáis aunque, lo reconozco, este ha resultado mucho más fructífero que la mayoría. Ven, acércate aquí.

Narcís se aproximó silencioso como un felino y cortó las bridas que la mantenían atada a la silla con un cutter afilado que sacó de un bolsillo de su chaqueta. Luz se masajeó la muñeca derecha enrojecida, preguntándose qué más artilugios impropios de un tipo tan elegante llevaría el dichoso sirviente encima. Se puso en pie y dio un paso dubitativo hacia la cristalera. Muy a su pesar, los desvaríos del viejo le habían despertado la curiosidad.

—Vamos, acércate más —la urgió don Arturo con voz autoritaria, acostumbrada a imponerse—. Me voy a hacer viejo esperando.

Luz apretó el paso y se colocó junto al anciano. No pudo evitar la sensación de vértigo en el estómago al asomarse a la cristalera: era como estar suspendido en el vacío a más de cien metros del suelo. Allá abajo, entre el dédalo de calles y edificios, la vida seguía su curso ajena a lo que sucedía en las alturas. Los vehículos parecían insectos y las personas eran apenas manchitas oscuras que se arrastraban por las aceras.

—¿Qué te parece? —preguntó don Arturo.

Luz no supo qué decir. El hombre ni siquiera la miró. Al parecer, no esperaba ninguna respuesta.

—A mí siempre me ha recordado a una máquina. Una de esas máquinas industriales complejas, llenas de engranajes, pistones, poleas... Todas las piezas haciendo su papel, encajando en su lugar, funcionando a la perfección. Si una sola pieza se estropea, la máquina deja de funcionar. Entonces hay que cambiar la pieza deprisa, para no detener toda la producción, y el sistema entero vuelve a la normalidad. ¿Me comprendes?

»Ese es mi trabajo. Encargarme de que la maquinaria funcione. De que las piezas rotas se cambien. De que siempre haya repuestos. ¿Crees que se puede encargar de eso el político de turno, más preocupado por las encuestas o porque sus compañeros de partido no le den una puñalada por la espalda que en comprender cómo funciona el mundo? ¿O el ciudadano de a pie? ¿Esas pulguitas que se mueven por la acera? ¿Crees que una hormiga puede comprender el funcionamiento del hormiguero?

—Eso no son pulgas. Ni hormigas. Son personas —dijo Luz. Volvía a notar la indignación protestar en algún lugar de su conciencia.

—Oh, sí. Personas. Homo sapiens sapiens. ¿Has leído algún tratado de historia universal últimamente? Seguro que sí. Algo de eso os deben enseñar en el instituto. Se llaman así, ahora, esas cárceles para jóvenes, ¿no? Institutos. También los inventamos nosotros, hace ya mucho. Hay que controlarlos desde el principio. Pero no es eso lo que... Te estaba hablando de los tratados de historia universal. Son muy interesantes para saber lo que ocurre cuando las pulguitas toman las decisiones. Por eso estoy aquí arriba. Por eso no tengo vacaciones, ni jubilación, ni descanso hasta mi último aliento. Para salvar a las pulguitas de sí mismas. Ese es mi trabajo. ¿Lo entiendes ahora?

Luz lo miró con el ceño fruncido. Don Arturo le parecía de pronto muy cansado, sin rastro de la actitud despótica que había empleado hacía unos minutos. Sin embargo, su discurso le provocaba escalofríos y le impedía sentir compasión por él. El anciano hizo un nuevo gesto con la mano y Narcís volvió a conducirlo al interior del despacho, a una zona sombría detrás de la gran mesa de reuniones. Esta vez Luz los siguió sin que nadie se lo pidiera. El mayordomo acomodó la silla en la penumbra, donde don Arturo apenas era una silueta contrahecha en la oscuridad.

—Todas las historias son en el fondo la misma Historia. La de un pequeño pastor capaz de enfrentarse a un gigante armado tan solo con su astucia, su coraje y una honda. Quien derriba a un gigante, salva al mundo entero. —El anciano hablaba en un susurro bronco, como para sí mismo—. No estoy solo, desde luego. Hay... otros. El mundo es demasiado grande, y los problemas son demasiado profundos. La maquinaria está, por así decirlo, a medio construir. La hemos tenido que levantar de la nada. De la miseria, el fango y la sangre. Hay mucho trabajo por hacer. Nunca subestime la capacidad de resistencia al cambio de las personas, jovencita. Ese es el verdadero motor que mueve el mundo.

»Aurora Lucem. Así nos llamamos. La luz de la mañana. Anunciamos el nuevo amanecer. Estamos, más o menos, organizados. Compartimos medios y objetivos, pero cada uno tiene autonomía de acción en su territorio. Nos ayudamos unos a otros en la lucha contra las fuerzas de la resistencia y contra los advenedizos que tratan de arrebatarnos lo que hemos construido. Y, por supuesto, nos defendemos de *ellos*.

Había pronunciado la última frase en voz muy baja, como masticándola entre los viejos dientes amarillos. Luz sintió un estremecimiento recorrerle la espalda al oír la mención a los misteriosos ellos por segunda vez.

—Nadie sabe de dónde salieron —dijo el viejo en un susurro—. Algunos dicen que siempre han estado aquí. No sabemos dónde se esconden. Aparecen en el momento más insospechado y acaban con todo. Provocan guerras y catástrofes allí donde nuestra maquinaria comenzaba a funcionar perfectamente. Acaban de un plumazo con lo que ha llevado décadas construir. El mal está en su naturaleza. Son los mensajeros de la muerte. Son los...

El anciano se detuvo, como si le resultase doloroso continuar hablando. Tragó saliva con esfuerzo. Cuando volvió a hablar, su voz provenía del interior de un túnel a mil metros bajo tierra.

—...los Oscuros, los Antiguos que quieren hacernos regresar a la edad de piedra.

Don Arturo se puso de pie como si un resorte lo hubiera impulsado. Se acercó a ella con un movimiento tan rápido que parecía imposible en alguien en su estado. Cogió las manos de Luz, que no pudo reprimir un grito. Los dedos del anciano estaban fríos y tenían el tacto escamoso de un reptil. Olió su aliento de cañería. La voz sonó tan ronca como si procediese de la carne muerta:

—No podemos detenerlos. ¡No podemos! Ahora, al final, lo he comprendido. Son más fuertes que nosotros. Su energía destructora fluye de lugares más antiguos que el mundo. Solo hay... una... cosa...

Un pitido alarmante recorrió la habitación. Don Arturo se desplomó en la silla. A pesar de la penumbra de aquel rincón, Luz pudo ver su rostro lívido de cera. Los enfermeros se acercaron a la carrera, la apartaron de un empujón y se lanzaron sobre el cuerpo maltrecho del anciano. Uno de ellos inyectó un líquido ambarino en uno de los tubos que se perdían en el interior del traje. Los pitidos se hicieron intermitentes, cada vez más espaciados. Luz se dio cuenta de que había contenido la respiración durante todo ese tiempo.

La voz del anciano surgió débil, casi inaudible, de las profundidades de la silla:

—Solo hay... una cosa...

—Señor, por favor —dijo el enfermero.

Don Arturo levantó un brazo con el dedo índice extendido como una

ramita retorcida. Todavía era capaz de amenazar, incluso al borde de la muerte. El enfermero agachó la cabeza y retrocedió un paso.

—Una cosa... —repitió el anciano, más grave, con una voz que no parecía suya—. «La luz vencerá a la oscuridad en el campo de batalla, en una sola lucha. La elegida levantará la mano y hará su elección. Entonces, el trueno retumbará, fulminando al señor de las tinieblas. La reconoceréis porque será nacida en la tercera luna del año escondido del ciclo, y tendrá un ojo de luna y otro de tierra».

Luz sintió un estremecimiento mucho más fuerte que los que había experimentado hasta entonces. El anciano, con los ojos brillantes, enfebrecidos, le agarró la muñeca con una mano apergaminada y añadió:

—¿No lo comprendes? Eres tú. Tú eres la elegida. Tú abrirás los cielos y los fulminarás para siempre. Nos librarás de ellos por los siglos de los siglos. Por eso te buscan. Porque te temen.

## 10. Otra maldita profecía

Este anciano ha perdido el juicio. Eso fue lo primero que Luz pensó después de escuchar tantos desvaríos. No entendía, no quería entender, ninguna de las últimas frases que había oído, pero tenía claro que no le gustaba cómo sonaban.

Don Arturo soltó su muñeca y se desplomó de nuevo en la silla de ruedas.

—Ahora... necesito descansar —dijo en un susurro—. Narcís. Muéstraselo tú... Muéstraselo todo. Ella... debe... saber...

Los dos enfermeros se precipitaron sobre el anciano. Uno de ellos blandía una jeringuilla. Luz apartó la mirada antes de que se ensañaran con don Arturo. Narcís la tomó del codo y la empujó por la espalda, con suavidad pero con firmeza. La condujo hacia una puerta, no por la que habían entrado, sino otra bien disimulada entre las planchas metálicas de una de las paredes.

—Vamos, señorita —dijo con su voz de mayordomo inglés—. Dejemos al señor descansar.

El despacho había quedado en silencio absoluto, salvo por el angustioso sonido borboteante de la respiración de don Arturo, y Luz no se atrevió a mirar hacia el lugar donde estaba el anciano con los dos sanitarios. En la pared, junto a la puerta disimulada, había un sencillo panel rectangular de color blanco, como un pequeño lienzo del que se hubiera evaporado la pintura. Narcís colocó la palma de la mano en el panel y la puerta se deslizó a un lado con un zumbido. Invitó a Luz a entrar y luego la siguió. La puerta se cerró a sus espaldas.

Se encontraron en una sala sin ventanas, de paredes oscuras, sumida en la penumbra. Alrededor había multitud de objetos encerrados en vitrinas sobre

las que pendían focos metálicos que apenas alcanzaban para iluminarlos. Los ojos de Luz, deslumbrados por el torrente de claridad rojiza del despacho de don Arturo, tardaron un tiempo en acomodarse. Cuando lo hicieron, la chica recorrió con la vista las vitrinas haciendo un recuento somero de lo que contenían: piezas de cerámica, ropas, armas de aspecto vetusto, algunos documentos. En el centro de la estancia había otra vitrina con un atril en su interior y, apoyado en el atril, un libro muy viejo, de páginas amarillas y carcomidas por los bordes, abierto por la mitad.

—Bienvenida al museo privado de don Arturo Buendía —dijo Narcís—. El señor es un apasionado de la Historia, y ha dedicado parte de su tiempo y su patrimonio a recuperar y poner a salvo algunas piezas únicas. Muchas de ellas las ha donado altruistamente a diferentes museos y fundaciones, pero aquí guarda unas pocas, digamos, de especial valor sentimental.

Luz miró con curiosidad a su alrededor. En efecto, parecía la sala de un museo, repleta de piezas variopintas. Solo dos extintores rojos rompían la monotonía de las vitrinas alineadas. Se aproximó a la más cercana. Había allí una vasija de barro o de piedra a la que le faltaba un fragmento, con unos trazos esquemáticos tallados en su superficie.

—Portus Magnus —dijo Narcís sin esperar ninguna pregunta—. Hace unos 2.500 años, en la costa de Almería. Observe los dibujos. ¿Ve esa pequeña figura de ahí? Está luchando contra el otro, el gigante que se le acerca con los brazos extendidos.

Luz intentó encontrar al gigante y a su intrépido oponente, aunque solo pudo distinguir unos garabatos rallados en el barro sin ninguna forma humana reconocible. El mayordomo señaló otra vitrina.

—Aquí tenemos otra representación de la misma historia, mucho mejor resuelta por el anónimo artista. Se trata de un fragmento de un fresco recuperado de una villa romana en Fréjus, muy próxima a Carcassonne, Francia. Y aquello es un tapiz medieval del castillo Roncolo, en Bolzano, Italia.

Luz solo podía ver una porción de pared pintada con colores desvaídos y un fragmento de moqueta deshilachada, pero al entrecerrar los ojos le pareció advertir algo: una figura diminuta, con el torso desnudo, que plantaba cara a una forma temible, un gigante barbudo acorazado tras un escudo redondo que sostenía en la mano una lanza del tamaño de dos hombres.

—Y estas —dijo suavemente Narcís, señalando más allá— son aún más

antiguas. Una honda, una lanza con punta de piedra, una espada de bronce. Fueron encontradas en un yacimiento cerca de Ascalón, en Israel, y tienen 3.000 años. 2.997, para ser exactos, a juicio de don Arturo. Porque esta, señorita, es la auténtica honda con la que el rey David venció al gigante Goliat, y esta es la espada con la que cortó la cabeza del filisteo.

Luz observó las armas, hipnotizada. Conocía la historia, claro, al menos por encima: la del muchacho que había vencido al gigante solo con su honda y se había convertido en un gran rey de la antigüedad. Pero, ¿era posible? ¿Existieron de verdad David y Goliat?

Miró alrededor. De pronto se dio cuenta de que todo en aquella habitación giraba en torno a esa leyenda. Vasijas, frescos, tapices, óleos, ropas. Por todas partes se veían fragmentos del mismo mito. David enfrentándose sin miedo a Goliat. David lanzando su piedra mortífera. El gigante herido, caído, vencido por su propia soberbia. David levantando la enorme cabeza cortada como una ofrenda horrible para su pueblo.

David contra Goliat.

*Todas las historias son en el fondo la misma Historia.*

*Quien derriba a un gigante, salva al mundo entero.*

Y, en el centro de la sala, aquel libro. Luz supo que lo más importante, lo que en realidad le querían enseñar, lo que la había conducido hasta allí, descansaba entre aquellas páginas desgastadas.

—¿Qué es eso? —preguntó señalándolo.

El mayordomo sonrió con suficiencia.

—Debe usted comprender, señorita —empezó a decir—, que el señor, junto con los demás señores, ha pasado toda su vida trabajando por un mundo mejor, donde todos puedan vivir y morir con dignidad. Se ha enfrentado a innumerables enemigos. Los tentáculos de los Oscuros son infinitos, y su poder también.

—¿Qué hay en ese libro? —insistió Luz.

—Es un incunable auténtico. Y lo que hay en él, señorita, es el arma definitiva que inclinará la balanza hacia nuestro lado.

Luz se acercó, temerosa. No quería saber más y, al mismo tiempo, no podía dejar de mirar. El libro parecía uno de esos códices medievales que los monjes copiaban a mano, hora tras hora, día tras día, llenos de filigranas, miniaturas y letras alambicadas. Estaba abierto por un punto concreto, más o menos a la mitad del grueso volumen. El papel, o el pergamino, oscurecido



por los siglos, era casi marrón y se veía consumido y mohoso por los bordes, si bien el texto aún se distinguía a la perfección. Luz no entendía las palabras. Supuso que estaba escrito en latín o algo parecido, aunque la propia forma de los caracteres le resultaba indescifrable. Pero había un grabado, un dibujo detallado hasta lo enfermizo, coloreado con precisión milimétrica, maniática, que ocupaba toda la página izquierda. Representaba a un hombre vestido con un sayón blanco que se acercaba en actitud retadora a un gigante acorazado con escudo y armadura. El hombre agitaba una honda sobre su cabeza y blandía una espada en la otra mano. Tanto la honda como la espada eran idénticas a las que acababa de ver en la vitrina.

—David y Goliat... —murmuró como para sí misma.

—Así es.

—¿Qué... qué dice en el texto?

—Es el único ejemplar que existe de una obra perdida de san Malaquías de Armagh. Habla de muchas cosas. Del fin del feudalismo. De la escisión de la Iglesia Católica. De las tres guerras mundiales. De la división del mundo en dos bloques.

—No lo entiendo.

—¿Qué hay que entender? San Malaquías escribió esto en el siglo XII. Él sabía lo que iba a ocurrir. Era un auténtico profeta, no uno de esos charlatanes que pululan por las revistas. ¿Comprende lo que eso significa, señorita? Predijo que el señor de las tinieblas convocaría el fin de los tiempos al final del vigésimo siglo, a menos que...

—¿A menos qué?

—A menos que alguien lo impidiera.

—¿Pero... qué tiene que ver conmigo?

El mayordomo se acercó al libro y señaló el texto a través del metacrilato transparente del expositor. Luego tradujo las palabras:

—«La luz vencerá a la oscuridad en el campo de batalla, en una sola lucha. La elegida levantará la mano y hará su elección. Entonces, el trueno retumbará, fulminando al señor de las tinieblas. La reconoceréis porque será nacida en la tercera luna del año escondido del ciclo, y tendrá un ojo de luna y otro de tierra».

Luz miró al mayordomo. Su rostro huesudo, iluminado desde abajo por la luz tenue de la vitrina, parecía cadavérico.

—Por varias razones que ahora no vienen al caso, señorita, el señor don

Arturo, y todos los demás señores con él, han llegado recientemente al convencimiento de que es usted la persona de la que habla la profecía de san Malaquías. Han estado buscándola durante años, y ahora por fin la han encontrado. Es usted nuestro David, es usted quien debe hacer una elección para derrotar al gigante, y de esa elección dependerá el curso de la historia.

—¿Elección? ¿Qué elección?

—Me temo que en eso no podemos ayudarla. Solo usted puede decidirlo. Cuando llegue el momento, confiamos en que lo sabrá.

Luz negó con la cabeza. Tenía que ser una broma.

—Es absurdo —dijo—. Yo no puedo salir en la profecía de un iluminado de la Edad Media.

—San Malaquías no era un iluminado cualquiera.

—Me da igual. Esa no puedo ser yo.

—Claro que lo es. No ha sido fácil interpretar las palabras del santo, pero don Arturo por fin lo consiguió hace muy poco en la culminación del trabajo de toda una vida. Lo demás ha sido un sencillo trabajo de pesquisas policiales fácil de llevar a cabo con los contactos necesarios. Pregúntese si no esto, señorita: ¿por qué los Oscuros han intentado capturarla dos veces? ¿Por qué se tomaron tantas molestias el otro día en la estación de metro, cuando nuestros hombres la salvaron en el último minuto? Es muy simple. Piénselo. Ellos también conocen la profecía, y también han sabido interpretarla, y han llegado a la misma conclusión, quizá por los mismos cauces: usted es la elegida, no puede ser de otra manera. Usted, cuando llegue la hora de la verdad, hará una elección que acabará con ellos.

—Eso no prueba nada —a Luz apenas le salió un hilo de voz.

—Eso lo prueba todo. En última instancia, no importa si usted lo cree o no. Basta con que ellos lo crean. Y le diré algo: si usted tiene el poder de destruirlos, o si ellos creen que lo tiene, intentarán acabar con usted antes. No estará segura en ningún lugar. En ningún lugar excepto aquí, con nosotros, por supuesto.

## 11. Huida

Luz odiaba con toda su alma las historias sobre profecías y elegidos con poderes sobrenaturales. Había leído tantas que ya le provocaban náuseas o risa, según el momento. Ser la protagonista de una, o que otros pensasen que lo era, no contribuyó a mejorar su estado de ánimo.

Dos imágenes que, en apariencia, no guardaban ninguna relación con san Malaquías cruzaron por la cabeza de Luz en ese instante: primera, sus dos amigos, que se habían quedado atados y amordazados en la sala contigua al gran despacho de don Arturo. Segunda, su madre, que a esas horas ya debería de haber activado todas las alarmas y andaría removiendo cielo y tierra para encontrarla.

Esas eran cosas reales, no chifladuras de iluminados medievales que seguramente se habían puesto morados de hongos alucinógenos cuando escribieron sus desvaríos. Cosas reales de las que merecía la pena ocuparse.

Lo tuvo muy claro: su único objetivo en aquel momento era salir de allí con sus amigos, a ser posible de una pieza. Volver a casa. Regresar a la vida normal que llevaba dos días atrás, aquella vida mediocre, deliciosamente aburrida. Regresar como fuera.

¿Qué era lo que había dicho Tom? *Fani es fuerte, yo soy listo, tú eres valiente.*

Levantó la vista del libro y miró al mayordomo con gesto ceñudo.

*Eres valiente.*

—¿Dónde están mis amigos? —preguntó.

—¿Sus amigos? Están a salvo.

—¿Dónde?

—Me temo que eso no es asunto suyo, señorita.

—¿Que no es...? —Dejó la frase incompleta. ¿Cómo se atrevían aquel espantapájaros y su amo momificado a tratar así a la gente, por mucho traje italiano y zapatos lustrosos que vistieran? Sintió aquella furia tranquila crecer otra vez dentro de ella. La percibió con claridad: nacía en algún lugar cerca de su estómago y se irradiaba por todo el cuerpo. La mantuvo a raya. Necesitaba la furia para vencer al miedo, pero también necesitaba mantener la cabeza fría para pensar. Fingió que se doblaba—. Vale. Acepto. ¿Qué hacemos a continuación?

—No está en condiciones de aceptar o rechazar el devenir de los acontecimientos —dijo Narcís con su suficiencia enervante—. Lo que ocurrirá ahora es que la custodiaremos en un lugar seguro, donde los Oscuros no podrán dañarla ni a usted le faltará de nada. Y, cuando llegue el momento de hacer la elección, usted lo sabrá y hará lo que sea necesario, lo que está predestinada a hacer desde el día en que nació.

Luz empezó a caminar despacio, en dirección a las vitrinas de la pared, como si estuviera absorta en sus pensamientos. Tenía ya muy claro cuál iba a ser su próximo movimiento. Apenas podía creer lo que había planeado ni lo que sus brazos estaban dispuestos a acometer.

—¿Y qué pasa con mis amigos?

—Estarán a salvo. No se inquiete. Nos encargaremos de ello.

—Quiero verlos.

—Me temo que eso no sería conveniente.

—¿Por qué no sería...? —Luz se interrumpió en mitad de la pregunta. No iba a discutir con el siervo que obedecía sin rechistar las órdenes de su amo. Sería una pérdida de tiempo. Le replicaría que eso no era asunto suyo, o que el señor lo había decidido así, y no sacaría nada en limpio. Siguió caminando hacia la vitrina de la pared. El extintor que colgaba sobre ella parecía invitarla a acercarse con su color rojo llameante.

—¿Y mi familia?

—Los Oscuros intentarán atacarla a usted de todas las formas posibles. Si no pueden hacerlo directamente, lo harán a través de las personas que ama.

Aquello la hizo detenerse de pronto y olvidar su propósito.

—¿Qué quiere decir con eso?

—También nos encargaremos de ponerlos a salvo a ellos, si no los han localizado antes. No voy a mentirle, señorita, ni a suavizarle la verdad. Los Oscuros son capaces de cualquier cosa.

No pudo evitar que el miedo la atenazara cuando comprendió lo que el mayordomo estaba insinuando. Cerró los ojos y respiró hondo. Las dudas que hubiera podido albergar sobre lo que se disponía a hacer se habían disipado. Tenía que volver a casa, advertir a su madre, tal vez buscar un lugar donde esconderse. Ella no la creería, desde luego, pero de eso ya se ocuparía más tarde. Ahora lo prioritario era escapar.

Agachó la cabeza. Bajo ella, protegidas por el metacrilato, descansaban la espada, la honda y la lanza. Apoyó las manos en la vitrina, con toda naturalidad, como si solo quisiera admirar aquellos objetos, y se impulsó hacia arriba. Un instante después se encontraba de pie sobre las piezas más valiosas del museo de don Arturo. Alcanzó el extintor colgado en la pared y lo levantó con las dos manos. Se permitió el placer de mirar al estupefacto mayordomo durante una fracción de segundo antes de descargar todo el peso del extintor contra la vitrina.

El plástico era resistente aunque no lo suficiente como para soportar aquel golpe. Se quebró con un ruido bronco. Luz cogió la espada de bronce. Era más ligera y corta de lo que parecía a simple vista, y podía sostenerla, si bien con esfuerzo, con su mano derecha. La empuñadura de madera, bruñida por los siglos, se adaptaba al contorno de su palma con asombrosa precisión. Quizá aquel rey David sí que era un hombre muy pequeño, después de todo, pensó.

Saltó al suelo. Cuando el mayordomo reaccionó, la espada estaba a unos centímetros de su pecho.

—¿Qué... qué está haciendo?

—Una elección, supongo.

—Deje eso. Es... valiosísimo.

—Apártese.

—No tiene usted ni idea de...

—¡Apártese!

Luz no se creía capaz de hacer daño al mayordomo a sangre fría, pero tampoco se hubiera creído capaz de andar por los túneles del metro o de zafarse a mordiscos de un matón del tamaño de un paquidermo y lo cierto era que lo había hecho. Y ahora estos tipos tenían a sus amigos, y tal vez a sus padres. El mayordomo debió de percibir la determinación en su mirada, porque en esta ocasión sí se apartó.

La chica caminó hacia la vitrina central, donde estaba el libro. Sabía que

la espada no le serviría para mucho más que amedrentar a un alfeñique como el tal Narcís, pero el libro de las profecías debía de poseer un valor incalculable para don Arturo. De un puntapié, derribó la vitrina y el atril. El mayordomo reprimió un grito de horror. La vitrina, sin embargo, no se abrió. Luz introdujo el filo de la espada por uno de los huecos de la caja transparente e hizo palanca hasta que un lateral cedió con un crujido que sonó como el lamento de un animal. Cogió el libro, lo cerró y se lo colocó bajo el brazo izquierdo. Olía a moho y pesaba más que la espada.

—Ahora, dígame, ¿dónde están mis amigos?

—No... no lo sé. —El mayordomo parecía al borde de las lágrimas.

—¿Cómo no va a saberlo?

—Eso es cosa de ese bruto de Big Joe. De verdad.

—Vale. Le creo. ¿Cómo puedo salir de aquí? Y no me diga que no lo sabe.

Narcís retrocedió con paso inseguro hacia el despacho de don Arturo.

—¡Quieto! —gritó Luz. Apuntó la espada hacia el lomo del libro y amenazó con atravesarlo.

—¡No, no! ¡Por favor, señorita, no haga eso! —El tono de voz del mayordomo era el de un hombre aterrado—. ¡El señor me matará si le pasa algo al libro! ¡Haré lo que me pida! ¡Lo que sea!

Luz habló muy despacio.

—¿Cómo puedo salir de aquí sin pasar por el despacho?

—Hay... otro camino. Lleva hasta la sala de espera.

—Eso suena mejor. Dígame por dónde. Y, Narcís, sin hacer ninguna tontería, por favor, o le aseguro que convertiré su libro en un montón de confeti.

El mayordomo cruzó la sala del museo como un muerto viviente que estuviera a punto de desplomarse. Al otro lado había una puerta de la que apenas se distinguía la línea oscura de su perímetro. Narcís puso su mano sobre el sensor dactilar y el mecanismo automático abrió la cerradura. Entraron en otra estancia con grandes ventanales. Luz se estremeció al comprobar que afuera, en el mundo real y no en aquel edificio lleno de chiflados, era casi de noche. El lugar era un rectángulo espacioso y ultramoderno con varias mesas de trabajo dispuestas con geometría obsesiva. Había ordenadores, impresoras y otros equipos electrónicos de aspecto carísimo que la chica no supo identificar en la penumbra del atardecer. No

parecía quedar nadie allí o, más bien, el orden y la limpieza resultaban tan exagerados que daba la impresión de que nadie hubiera puesto un pie en esa oficina jamás.

—¿Hay cámaras? —preguntó en un susurro.

—¿Cámaras? —repitió el mayordomo, tan asustado que daba la impresión de no ser capaz de comprender ni siquiera una frase sencilla.

—Sí, cámaras de vigilancia. ¿Hay o no hay?

—N... no, no. En esta parte del edificio, no. Son los despachos privados de don Arturo. Aquí solo accede el personal de su máxima confianza.

A Luz le pareció que decía la verdad. Tampoco tenía muchas otras alternativas.

—Vale. Sigamos —dijo.

Cruzaron la oficina desierta y llegaron a otra puerta. Esta se abría con un picaporte normal. Al otro lado había un pasillo enmoquetado circundado de más puertas oscuras, todas cerradas y amenazadoras como agujeros al país de las pesadillas. Narcís avanzaba dubitativo y Luz caminaba detrás. El libro le pesaba cada vez más bajo el brazo y notaba la mano con la que lo sujetaba entumecida. La espada, en la otra mano, aunque era más ligera de lo que aparentaba, se empeñaba en agarrotarle los músculos. No sabía cuánto tiempo más iba a poder resistir.

Narcís abrió una de las puertas laterales y ambos aparecieron de pronto en la sala a la que los habían conducido a su llegada. Allí estaban los sofás de piel, las reproducciones de cuadros de Picasso y de Duchamp, la pulcritud rectilínea de plástico y metal, pero no había ni rastro de Fani ni Tom.

—¿Dónde están? —preguntó Luz.

—No lo sé.

El mayordomo hablaba con un gemido agudo, casi un sollozo. Parecía sincero. Luz miró a un lado y a otro, sintiendo que su determinación desfallecía. Entonces vio algo con el rabillo del ojo. Había unas cuantas cáscaras de pipas tiradas en el suelo, cerca del sofá, y algunas más en dirección al ascensor.

—Está bien —dijo por fin, sin dejar de amenazar al libro con la espada—. Siéntese ahí.

Le señaló uno de los sillones y Narcís obedeció. Luz cogió las cuerdas que habían usado para mantener sus propias manos atadas a su espalda y que aún descansaban sobre uno de los sofás. Dejó el libro y la espada en el suelo,

cerca de ella, y ató al mayordomo de pies y manos. También le pasó la mordaza por la boca para evitar que gritase o diese la voz de alarma cuando ella ya no estuviera. Procuró no apretar demasiado. Se acordaba muy bien de la sensación de asfixia. Confiaba en que fuera suficiente para mantener en silencio a aquel tipo durante un rato.

—Lo siento, Narcís —le dijo al terminar—. No es nada personal. Ni siquiera le guardo rencor por no haber tenido reparos en atarme a mí antes, en el despacho. Pero no pienso quedarme aquí haciendo de mono de feria para ustedes. —El mayordomo intentó balbucear algo incomprensible bajo la mordaza. A Luz le daba un poco de lástima—. No se esfuerce. No voy a escucharle. Buscaré a mis amigos y luego nos marcharemos. Y, ¿sabe qué? Que si ustedes son los buenos de esta historia, no quiero participar en ella. Se lo puede decir a su jefe de mi parte.



## 12. Orthanc

Luz recogió el libro y la espada y salió, dejando a Narcís inmovilizado en el sofá. Los nudos apresurados con los que lo había atado tendrían que ser lo suficientemente firmes como para concederle unos minutos de margen para localizar a Fani y Tom. No tenía ni idea de dónde estaban, aunque las cáscaras de pipa junto al ascensor no podían ser una casualidad. Tampoco sabía qué iba a hacer si los encontraba acompañados del policía gordo o del chico de la guitarra, pero ya se le ocurriría algo. Además, el mayordomo podía soltarse en cualquier momento y dar la voz de alarma. En ese caso los atraparían como a roedores en una ratonera. No le quedaba más remedio que moverse primero y pensar después.

Empezó a seguir el rastro de pipas. Estaba a punto de pulsar el botón del ascensor cuando vio algunas más en un pasillo lateral, cerca de una puerta que conducía a la escalera de servicio. Subió los peldaños de tres en tres hasta la siguiente planta, y no le sorprendió comprobar que la escalera terminaba allí: era el último piso del rascacielos. Comprendió instintivamente que se trataba de un lugar perfecto para mantener a alguien retenido contra su voluntad: una mazmorra moderna, con un único camino de salida —la escalera— y lo más lejos posible de la calle y, por tanto, de la libertad.

«Prisioneros en la azotea», pensó. «Como Gandalf en Orthanc, la torre de Saruman. Solo que a Gandalf lo rescató un águila gigante y a nosotros no nos va a rescatar nadie».

Llegó a un descansillo rodeado de cristaleras con espectaculares vistas de la ciudad y de las montañas de la sierra de Guadarrama, que ahora eran manchas desvaídas en el cielo gris de la noche inminente. Una puerta metálica pintada de verde con un ojo de buey en el centro dividía en dos las

cristaleras. Luz se asomó con cautela por la ventanilla redonda. Le dio un vuelco el corazón al ver al otro lado a Fani y a Tom. Les habían quitado las ataduras y estaban sentados en el suelo, con la espalda contra la pared. Los custodiaba Big Joe, el falso policía gordo, y otro tipo alto y moreno al que Luz no conocía. No había ni rastro del chico de la guitarra, pero vio dos puertas en el otro extremo de la habitación. El lugar era una especie de almacén en desuso, desangelado y sin más mobiliario que un par de sillas plegables que parecían haber llevado allí provisionalmente y una lámpara vieja y herrumbrosa en un rincón. Resultaba evidente que los gustos sibaritas de don Arturo no llegaban hasta aquella celda.

Observó con consternación que la puerta estaba cerrada con llave y sopesó sus posibilidades. Todavía tenía en su poder la espada y el libro, aunque sospechaba que Big Joe no iba a ser tan sensible al valor de la cultura como Narcís, lo que los descartaba como moneda de cambio. Miró alrededor, sin percatarse de que sus mandíbulas se habían apretado tanto que los dientes le rechinaban. No disponía de mucho tiempo. El mayordomo se soltaría en cualquier momento y avisaría a su jefe. Por más que se estrujaba el cerebro, allí no encontraba nada que la pudiera ayudar a rescatar a sus amigos y a escapar de una pieza. No había, en realidad, nada en absoluto, excepto el descansillo desnudo, la escalera y un montón de ventanas.

La palabra regresó a ella y la sacudió como un tren de mercancías en mitad de la noche: ventanas. *Un montón de ventanas.*

Sin pensarlo dos veces, dejó la espada en el suelo y lanzó el libro con todas sus fuerzas contra uno de los cristales que se quebró con un crujido infernal. Cerró los ojos mientras una lluvia de esquirlas afiladas caía por doquier. Cuando volvió a abrirlos, el incunable había desaparecido por el boquete abierto. No sintió remordimientos: era un libro valioso y único, sí, pero solo un objeto inanimado. En el otro lado de la balanza estaban sus dos amigos.

De un salto, se colocó tras la puerta. Un segundo después esta se abrió y apareció el tipo alto y moreno. Sin duda, Big Joe lo había enviado a ver a qué se debía ese ruido de cristales rotos. Luz aguardó a que el tipo se alejara unos pasos y luego, rápida y silenciosa, se coló en la habitación y cerró la puerta por dentro. El individuo, con las prisas, había dejado la llave en la cerradura. Luz la volteó dos veces. El otro se dio cuenta de la jugarreta y arremetió contra la puerta, pero era demasiado tarde. La golpeó con el hombro sin

éxito. Luz la notó estremecerse a su espalda, sólida y tranquilizadora.

Se había deshecho de uno de los sicarios. Su siguiente problema estaba dentro de la habitación y respondía al nombre de Big Joe. El hombretón se volvió lentamente, con los ojos porcinos muy abiertos, o todo lo abiertos que un tipo tan rollizo como él podía tenerlos. Se había cambiado el vendaje de la mano por otro limpio. Frunció el ceño con expresión amenazadora antes de decir:

—¿Qué narices haces tú aquí?

—Tu jefe... —farfulló Luz—. Dice que los sueltes. Que nos podemos ir.

—Ya. Y te envía a ti a avisarme, ¿eh?

Luz levantó la espada. *Fani es fuerte, Tom es listo, yo soy valiente.*

—Vale, me has pillado. Era una trola, pero suéltalos de todos modos.

—¿O si no, qué?

—O si no tendré que obligarte.

—¿No me digas? —La risa de Big Joe era profunda, gutural, como si estuviera a punto de vomitar. Caminó unos pasos hacia Luz. La chica habría retrocedido si no hubiera estado ya pegada a la puerta. El otro tipo se había cansado de aporrearla y se había marchado, tal vez en busca de refuerzos. Muy pronto se les echarían todos encima

—Anda, niña, suelta eso, no vayas a cortarte.

—No puedes hacerme nada. Don Arturo te lo haría pagar.

—A don Arturo le basta con que te mantengas de una pieza. Puedo hacerte muchas cosas sin necesidad de despedazarte.

Dio un paso más hacia ella. Era un tipo enorme. Hasta ahora Luz no se había percatado de lo imponente que resultaba. Se preguntó si tendría el valor suficiente para usar la espada cuando se le echara encima, el coraje de atacarlo con intención de herirlo o algo peor. Cortar la piel, la carne, las vísceras. Aquello no era como en las películas. También se preguntó si serviría de algo, o si aquel mastodonte le arrebataría la espada al primer envite y la trituraría entre sus manos como si estuviera hecha de barro mal cocido.

Lo tenía a menos de dos metros. Luz apretó los dientes. Sintió el corazón bombeando en su pecho con la fuerza de su juventud, sangre cálida que recorría su cuerpo en un torrente impetuoso. Estaba viva, se sentía viva, y era el momento de demostrarlo. Levantó la espada, dispuesta a lo que fuera. Big Joe alargó los brazos. Era una montaña de carne cerniéndose sobre ella.

Se oyó el ruido de una nuez al cascarse. La cabeza de Big Joe se sacudió un instante y compuso una expresión extraña, como si hubiese descubierto en el infinito algo de un interés inusitado. Después, la montaña se desplomó en el suelo haciendo retumbar la habitación.

Detrás de él estaba Fani. Tenía la lámpara herrumbrosa entre las manos, doblada por el punto donde había golpeado la cabeza de Big Joe, y temblaba ligeramente. Tragó saliva y se acercó a Luz.

—¿Estás bien?

Luz aún sostenía la espada en alto y agarraba la empuñadura con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Ajá —dijo.

Fani se agachó junto a la mole caída y le tomó el pulso.

—¿Está...? —empezó a preguntar Luz.

—No. Creo que se pondrá bien, aunque despertará con un estupendo dolor de cabeza.

—Vale. Ahora hay que largarse de aquí.

En ese momento se oyó un estruendo al otro lado de la puerta. Varias cabezas asomaron por el ojo de buey. Luz volvió a tensar todas las fibras de su cuerpo. Le pareció distinguir, a través del ventanuco, al tipo moreno que estaba antes con Big Joe, y también al chico de la guitarra, pero había muchos más secuaces de don Arturo y estaban dispuestos a echar la puerta abajo.

—Me parece que por ahí no vamos a poder salir —dijo, y corrió hacia el extremo opuesto de la habitación. Allí había dos puertas más—. ¿Sabéis a dónde conduce esto?

No esperó a la respuesta. Abrió una de las puertas y se encontró con un pequeño cuarto de aseo sin ventanas, lleno de productos de limpieza. Tras la segunda había algo más prometedor: un descansillo que conducía a una terraza.

—¡Vamos! —dijo—. ¡Por aquí!

Fani tuvo que empujar a Tom para que se moviera. El chico se había quedado paralizado desde que había visto a Luz entrar en la habitación, aunque ahora reaccionó y galopó a toda prisa tras ellas. Un último golpe en la puerta de entrada hizo que esta saltara del marco y que varias personas se precipitaran dentro de la habitación como animales hambrientos.

Los tres amigos corrieron. La terraza resultó ser una azotea. Al parecer,

la planta treinta no ocupaba toda la superficie del edificio, porque gran parte de ella era un mirador imponente sobre la ciudad. Entre las sombras de la noche sin luna, buscaron desesperados una vía de escape que no existía. La azotea era plana y despejada. Alrededor, solo estaban los tejados de la ciudad doblegada a los pies del rascacielos.

—¡Por aquí! —gritó de repente Fani.

Los primeros perseguidores aparecieron cuando ellos ya se encaramaban a un pequeño cubículo con forma de prisma sobre el que se erizaban los repetidores de radio, las antenas de televisión y un enorme pararrayos que apuntaba al cielo con su aguja metálica. Una precaria escalerilla conducía hasta allí arriba, un acceso estrecho e incómodo, pensado tal vez para que los técnicos pudieran hacer el mantenimiento de las antenas. Por ella subieron, haciendo un ruido de mil truenos con cada zapatazo. En la cumbre el espacio era exiguuo y apenas podían moverse entre los mástiles. Los perseguidores, al menos media docena, enseguida los localizaron y se lanzaron hacia ellos en tromba. Fani derribó de una patada una antena de televisión y la hizo caer sobre la escalerilla. La antena se quedó trabada, metal contra metal, como los barrotes de una celda, frenando por un instante el avance de sus enemigos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Fani—. Eso no los detendrá mucho tiempo.

Luz sujetó a Tom por los hombros y lo miró a los ojos.

—Orthanc —dijo.

El chico sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—¡Orthanc!

Tom asintió, como si esa palabra fuera un código secreto que hubiera despertado un recuerdo escondido.

—Gandalf escapó de Orthanc montado en el Señor de las Águilas —dijo. Estaba pálido y temblaba como si tuviera fiebre.

Fani los examinó con gesto airado y Luz temió que se avecinara otra bronca a cuenta de Tolkien. Pero su amiga hizo algo completamente inesperado: se acercó a Tom y lo abrazó. El muchacho se sorprendió tanto que pareció haber sufrido una descarga eléctrica. Se lo veía muy pequeño y perdido entre los brazos fuertes de la chica. Se relajó durante un segundo y sonrió beatíficamente. Luego abrió mucho los ojos.

—¿Cuánto diríais que mide este pararrayos? —preguntó.

Fani lo soltó y miró hacia arriba. Se oían ruidos metálicos en la escalera. Los hombres estaban tratando de quitar de en medio la antena de televisión y no tardarían en llegar hasta ellos.

—No sé —dijo Fani—. Tal vez seis o siete metros.

—Yo diría que diez —opinó Luz.

—Pues yo diría que la azotea no está a más de tres.

Fani y Luz se miraron. Luego, comprendiendo lo que el chico estaba proponiendo, empezaron a empujar el mástil entre los tres. No se movió. Luz dio un paso atrás, blandió la espada y gritó:

—¡Apartaos!

Golpeó con furia la base del pararrayos. Sintió la vibración subirle por los brazos y sacudirle la espalda, pero, a pesar de la violencia del golpe, apenas logró hacer una muesca en el cilindro metálico del mástil. Volvió a bajar la espada con idéntico resultado. Los ruidos en la escalera sonaban más cercanos.

—¡Déjame a mí! —dijo Fani, y le arrebató la espada de las manos. La descargó varias veces seguidas e hizo más profunda la muesca, pero necesitarían mucho tiempo para poder cortarlo.

—Debe de estar hecho de un metal ligero y que conduzca bien la electricidad—dijo Tom, como si estuviera razonando en voz alta—, alguna aleación inoxidable de hierro, o tal vez aluminio. Tenemos que doblarlo. ¡Tenemos que doblarlo!

—¿De qué demonios estás hablando? —gritó Fani.

—¡Tenemos que doblarlo! Si consigues que esa muesca sea solo un poco más profunda, la estructura a nivel molecular cederá y podremos doblarlo. El aluminio es muy poco flexible. ¡Se partirá!

—¡Están ahí! —gritó una voz.

—¡Tenemos que doblarlo! —chilló Tom.

—¡Poneos detrás de mí! —ordenó Fani con autoridad. Comenzó a subir y bajar la espada a toda velocidad, como un leñador atacando el tronco de un árbol mientras un incendio lo devora todo alrededor. Saltaban chispas y esquirlas de metal a cada golpe, y la chica tenía la frente perlada de sudor.

Los primeros rostros aparecieron en lo alto de la escalera. A la cabeza iba el chico de la guitarra, seguido del tipo grande y moreno. No había ni rastro de Big Joe, que tal vez seguiría contando ovejas orondas en el suelo de la mazmorra. Luz pensó que no le apetecía estar allí cuando el falso policía se

despertara.

Fani dejó caer la espada al suelo y cogió el mástil con las dos manos. Empezó a tirar de él hacia atrás y, para sorpresa de Luz, el pararrayos cedió unos milímetros.

—¡Ayudadme! —gritó Fani.

Los tipos se acercaban con prudencia, cortándoles cualquier posible retirada. Debieron pensar que no tenían escapatoria. Y así era, al menos en ese momento. El chico de la guitarra miraba lo que los tres amigos hacían con curiosidad, sin acabar de comprenderlo del todo. Luz y Tom tiraron también del mástil, que cedió un poco más. Ahora estaba visiblemente inclinado.

—¡Otra vez! ¡Una vez más! —dijo Fani.

Hicieron un tercer intento. Los hombres estaban muy cerca. El mástil cruzó el punto de inflexión y se curvó por el lugar donde Fani había hecho la muesca más profunda. Cayó hacia atrás y, a mitad del viaje, se partió, esparciendo fragmentos metálicos por todas partes. Golpeó en el parapeto de la minúscula terraza y siguió cayendo a cámara lenta en dirección a la azotea. El extremo puntiagudo golpeó el suelo unos metros más abajo y detuvo su caída. Se oyó un ruido de fricción, y el pararrayos brincó como un caballo desbocado. Los hombres retrocedieron ante el baile de aquella pértiga y los tres amigos tuvieron que agacharse para que no los arrastrara en su movimiento enloquecido. Por fin, el pararrayos se detuvo en equilibrio: un tubo de metal que conducía, en pendiente, desde el altillo en el que se encontraban hasta la superficie de la azotea.

Hubo un momento de silencio. Los hombres seguían, en apariencia, sin comprender la idea de los tres muchachos. Un brillo súbito de discernimiento apareció en el rostro del chico de la guitarra. Frunció el ceño, como si no pudiera creerlo.

Fani cogió la espada del suelo y la levantó. Encaró a los hombres de don Arturo.

—Saltad —dijo con calma a sus amigos.

—No —susurró Luz.

—¡Ahora! —gritó Fani, y arremetió con furia contra el grupo de matones. Fani era una chica muy corpulenta, y lo imprevisto del ataque les hizo retroceder, al menos durante un instante. Tom y Luz se encaramaron al parapeto. Uno de los tipos se abalanzó sobre Fani. La joven se agachó y le propinó un golpe en el estómago con la empuñadura de la espada mientras

gritaba:

—¡Saltad de una puñetera vez!

Luz y Tom se miraron. Asintieron al mismo tiempo. Luz se agarró al mástil y se dejó caer.

Sintió un latigazo en los brazos cuando todo el peso de su cuerpo quedó suspendido en el aire, sujeto solo por las manos. La inclinación del mástil hizo que empezara a deslizarse hacia abajo. Aunque el tubo era liso y bruñido, pronto notó cómo la fricción le calentaba las palmas y las pequeñas protuberancias de metal y pintura cuarteada por la intemperie le laceraban la piel. La azotea se acercaba a toda velocidad. Cuando estuvo a poca distancia de ella, se soltó y rodó por el suelo.

Un fardo de ropa y cabello cayó a su espalda. Luz ayudó a Tom a levantarse. Luego oyeron un grito. Levantaron la vista. Fani se deslizaba hacia ellos por el mástil, colgando de una sola mano, con la espada aún sujeta en la otra.

—¡Corred! ¡Corred! ¡A la puerta! —gritaba mientras caía.

Le hicieron caso. La perseguían varios hombres que también se habían animado a descolgarse por el mástil. Otros prefirieron regresar por las escaleras, aunque supusiera un pequeño rodeo. Luz y Tom alcanzaron la puerta unos segundos antes que Fani. A ella la perseguían tres tipos, entre los que estaba el chico de la guitarra. Sin embargo, Fani era rápida además de corpulenta —defensa central en el equipo juvenil del distrito, recordó Luz con orgullo. Se coló por la puerta con un movimiento ágil y la cerró a sus espaldas. Luego la trabó pasando la espada entre los tiradores. Se oyó un golpe cuando los perseguidores llegaron en tromba e intentaron pasar. Rostros crispados aparecieron en el ojo de buey. El metal gimió y las hojas se desplazaron unos centímetros, pero la espada aguantó. Había aguantado miles de años. Bien podía hacerlo una noche más.

—Me alegro de veros —dijo Fani a Luz y a Tom y, sin esperar respuesta, corrió hacia las escaleras. Bajaron los escalones de tres en tres. En el piso inferior se metieron en el ascensor, que esperaba sin prisa, ajeno a toda aquella barahúnda. Las puertas se cerraron con lentitud exasperante. El motor se puso en marcha y notaron la familiar sensación de vacío en el estómago que indicaba que estaban descendiendo.

Fani, casi sin resuello, miró a Tom y dijo:

—Buena idea lo del pararrayos. Un poco loca, pero buena.



—Gracias. —El chico se contemplaba las palmas de las manos con aprensión. Las tenía ensangrentadas, con la piel hecha jirones en algunas zonas. Solo entonces Luz se dio cuenta de que las suyas no estaban mucho mejor.

—También fue una buena idea dejar el rastro de pipas —dijo ella. Fani y Tom la miraron sin comprender—. Para que os encontrara —aclaró, aunque sus amigos seguían mirándola con el ceño fruncido.

—Eso no lo hizo aposta —dijo Fani—. Es que es un guarro y esa costumbre que tiene de comer pipas a todas horas es asquerosa.

Pero lo dijo sonriendo. Y Tom también sonreía.

El ascensor llegó a la planta baja. El chico de la guitarra y sus compinches debían de seguir encerrados en la azotea y, al parecer, todos los matones disponibles en el edificio habían acudido a atrapar a los tres jóvenes díscolos porque no quedaba nadie allí abajo para detenerlos. Luz se alegró de no tener que estar presente cuando le dieran la noticia a don Arturo.

Recorrieron los últimos metros del vestíbulo desierto y salieron a la calle. La ciudad estaba oscura y el distrito financiero, desolado, como sucede en todos los distritos financieros del mundo cuando termina el horario de oficina. Solo parecía haber cierta actividad alrededor de algunos restaurantes caros y clubs nocturnos de postín. Tenían que marcharse de aquel barrio donde eran poco menos que extranjeros y regresar a casa, pero no cogerían el metro, desde luego. Les esperaba una larga caminata, y a Luz empezaban a escocerle mucho las heridas de las manos. A pesar de ello, no pudo evitar sonreír.

—David vence a Goliat —murmuró.

—¿Qué dices?

—¡David vence a Goliat! Vámonos. Os lo contaré por el camino.

## 13. La noche más oscura

Las luces anaranjadas y la bruma conferían a Madrid el aspecto húmedo y sucio del Los Ángeles de *Blade Runner*. Aunque ya estaban en primavera, el frío era penetrante cuando llegaron frente al número 13 de Marqués de Lema, donde vivía Luz. Sus dos amigos habían decidido que la acompañarían hasta allí y se asegurarían de que entraba en su casa sin contratiempos ni percances de última hora. Fani había insistido en que se quedara con ella a dormir, incluso le había arrancado una sonrisa al mencionar que todavía no era demasiado tarde para *Esta casa es una ruina*, pero Luz quería ver a su madre y tal vez contarle... ¿contarle, qué?

Había resumido a Fani y Tom todo lo que había sucedido desde que se separaron: el despacho de don Arturo, autoproclamado rey del mundo, su obsesión con la historia de David y Goliat, su creencia de que él era una especie de moderno y achacoso rey de Israel destinado a luchar contra gigantes. También les habló de la absurda profecía de un santo medieval, de la existencia de otra misteriosa organización rival que pretendía evitar que la profecía se cumpliera... Durante el relato, había sentido algo de vergüenza al escuchar semejantes disparates de sus propios labios. ¿Qué pensarían, entonces, sus padres? ¿Tendría que inventar alguna excusa para justificar por qué llegaba a esas horas y traía las manos desolladas? ¿Los pondría en peligro si no se sinceraba con ellos y se quedaban en casa como si fuera una tranquila noche cualquiera?

Al acercarse a su edificio Luz sintió que algo no iba bien. Fue una intuición antes que un pensamiento racional. Se parapetó por instinto detrás de un coche y sus amigos la imitaron. Miró hacia las ventanas del segundo piso. Las luces estaban apagadas y las persianas bajadas, como si todo el

mundo estuviera ya durmiendo.

— Mi madre nunca se acuesta antes de las once —murmuró Luz.

—Además, estarán preocupados por ti —razonó Fani, que también miraba hacia la casa de Luz—. No se iban a meter en la cama como si tal cosa. A lo mejor han salido. No sé, a la comisaría o algo así.

Aquello era improbable. Tan improbable que Luz sabía que no era cierto.

—¿Tienes las llaves? —preguntó Fani. Luz asintió—. Entonces vamos.

—¡Esperad! —gritó Tom. Las dos chicas se sobresaltaron. Habían estado hablando en voz baja, como si temieran que alguien pudiera estar escuchándolos.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? —dijo Fani, exasperada.

—Creo que ya lo entiendo.

—¿Y vas a compartir con nosotras el fruto de tus deducciones, o tenemos que adivinarlo? ¿Qué es lo que entiendes?

—Lo de la profecía. La luz vencerá a la oscuridad y todo eso.

—¿Quieres explicarte de una vez?

—«La reconoceréis porque será nacida en la tercera luna del año escondido del ciclo, y tendrá un ojo de luna y otro de tierra». Eso te dijo el viejo, ¿no?

—Sí, algo así.

—Creen que eres tú, Luz, por lo de tu ojo. Tu ojo blanco. «Un ojo de luna». Tu otro ojo es castaño, «de tierra». ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El 29 de marzo.

—¿Y naciste en 1972?

—Sí.

—El 29 de marzo de 1972 debió de haber luna llena. La tercera de 1972. Estoy convencido. «Será nacida en la tercera luna del año escondido del ciclo». Necesitaríamos un calendario perpetuo para asegurarnos. ¿Tienes algún calendario perpetuo en casa?

Luz y Fani lo miraron boquiabiertas.

—Tú necesitas un médico —gruñó Fani.

—Un momento, un momento... —dijo Luz—. ¿Y qué significa «el año escondido del ciclo»?

—Eso aún no lo sé —reconoció Tom—. Pero te apuesto lo que quieras a que, cuando lo averigüemos, ese año resultará ser 1972.

Luz estaba pálida. La posibilidad de que la profecía fuera cierta la

aterraba.

—¿Eso significa... que soy realmente la elegida para... para...?

—Esos tipos —la interrumpió el chico— piensan de sí mismos que son los salvadores del mundo. El mismo viejo lo ha confesado, ¿no? Creen que son los rebeldes contra el Imperio en *La guerra de las galaxias*. Han encontrado esa profecía en su libro centenario que les dice que pueden ganar gracias a ti, que tú eres su Luke Skywalker. La han interpretado de manera que pudieran encontrar la respuesta que necesitaban, ¿entiendes? Por eso está tan obsesionado con la historia de David y Goliat, del pequeño que vence al gigante. No importa si tiene sentido o no. Quiero decir: no importa si eres la elegida o no. Ellos están convencidos de que lo eres. Eres Luke atacando la Estrella de la Muerte, eres David derribando a Goliat de una pedrada en el cráneo.

Luz asintió despacio. Lo que Tom decía no sonaba tan descabellado como debería. Sin embargo, algo le chirriaba en el razonamiento.

—¿Cómo es posible que unos tíos tan poderosos, tan listos y con tanta cultura que hasta saben quien es san Malaquías, o como diablos se llame, puedan creer que yo tengo alguna especie de superpoder para salvarles? —preguntó.

—Para salvar el mundo.

—Deja de decir eso.

—Solo son personas, Luz. —Tom hablaba muy en serio, con la gravedad que solo reservaba para los juegos de rol y la mitología de la Tierra Media—. Solo personas, como tú o yo. Carbono, hidrógeno, oxígeno. Pequeñas cantidades de otros elementos. Dispuestas a creer cualquier cosa que mantenga en su lugar la estructura de su mundo. Eso hemos hecho las personas desde siempre, ¿no? La gente creía en los dioses del Olimpo, en Mahoma y su montaña o en Jesús caminando sobre las aguas. Daba igual que fueran campesinos o marqueses. David vence a Goliat, Luke le da su merecido a Darth Vader y Frodo Bolsón se la juega al mismísimo Sauron. En los años sesenta, la gente escribía *Frodo lives* en las paredes y los baños de San Francisco, ¿lo sabías? Todos necesitamos creer que mantenemos el control. El mundo es, no sé... demasiado grande para nuestra escala.

—Las implicaciones frikis de todo este asunto son muy interesantes —terció Fani—, pero ahora tratábamos de decidir qué hacer a continuación. ¿Os parece seguro subir a casa de Luz, o pensáis que nuestros amigos los

chalados de las profecías pueden estar esperándonos allí para darnos la bienvenida?

A Luz se le erizó el vello de la espalda. La idea de que ella pudiera ser realmente la persona de la que hablaba un santo medieval muerto hacía más de mil años le producía un vértigo negro. Y que todo fuera una interpretación sesgada de un grupo de chiflados con poder suficiente como para manipular los resortes de la realidad, resultaba aún peor. Si los Aurora Lucem se habían comportado así, ¿qué harían los otros, los Oscuros, como los había llamado don Arturo? ¿Y si estaban ahora, en ese mismo momento, en su casa?

Esa sospecha había estado rondándole por la cabeza desde que habían logrado escapar del rascacielos, aunque no se había ocupado de atenderla hasta que Fani la verbalizó. Era algo que la turbaba más allá de cualquier razonamiento. ¿Estarían apostados en el recibidor, o tal vez en su habitación, esperando pacientemente en la oscuridad a que los tres cayesen en la trampa como ratoncitos? ¿Estarían curioseando entre sus cosas, manoseando su colección de películas, sus libros y cómics, su ropa interior? Y, si era así, ¿qué habrían hecho con sus padres? Miró otra vez las ventanas a oscuras, las persianas bajadas, y sintió como el nudo de la boca del estómago se le apretaba.

—¿Y tú que opinas, Sherlock? —dijo Fani mirando a Tom con los brazos en jarras—. ¿No eres tú el cerebro del grupo?

—Están aquí. Sin duda. Los unos o los otros, o tal vez ambos. Tenemos que largarnos.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Luz, pálida como un espectro. Bajo las farolas de vapor de sodio, su ojo albino relucía frenético tras la cortina de pelo.

—Era lógico pensar que volverías aquí tarde o temprano.

—¿Y dónde están mis padres?

—Eso no lo sé. Sin embargo, no creo que les hayan hecho daño. Ellos quieren forzarte a actuar, a hacer... no sé... algo relacionado con la profecía. Ya sabes, la elegida levantará su dedo mágico y todo eso. Si te niegas, y ya que no pueden hacerte daño a ti en persona, lo lógico es que intenten obligarte usando a tus padres o a algún otro ser querido para presionarte.

Las rodillas de Luz se habían convertido en barro reblandecido por la lluvia.

—Esto ha ido demasiado lejos —dijo esforzándose porque no se le

quebrase la voz—. Tenemos que denunciarlo a la policía.

—Ya os lo dije —repuso Tom—. Tendrán contactos dentro de la poli. Esta gente debe de ser muy importante. Recuerda que vaciaron una estación de metro en hora punta. Ir a una comisaría sería como meternos en la boca del lobo.

—¡Pero se han llevado a mis padres! —gritó Luz sin poder contenerse.

Una luz se encendió en la ventana del segundo piso. Alguien descorrió las cortinas y apareció una silueta recortada contra la claridad del fondo. Luz comprendió con horror que esa era la ventana de su dormitorio, y que la persona que se asomaba no era ni su madre ni su padre.

Fani tiró de ella hacia atrás y la obligó a esconderse tras los coches aparcados.

—Vayamos a mi casa —susurró—. Podéis pasar allí la noche y por la mañana pensaremos qué hacer. Seguro que con la luz del día...

—Es posible que también estén allí —la interrumpió Tom, prosiguiendo con su razonamiento—. Habrán investigado a Luz. Saben dónde vive, quiénes son sus amigos. Incluso es posible que hayan ido a mi... —Se detuvo, con los ojos muy abiertos. Se había puesto pálido y no respiraba. Fue un cambio tan brusco que Luz se asustó, pensando que estaba sufriendo una especie de ataque.

De pronto, sin mediar palabra, Tom echó a correr.

Luz miró a los lados. Quizá alguien se les estaba acercando y había hecho huir al chico. Sin embargo, la calle seguía desierta. Entonces lo comprendió. Se lanzó tras Tom sin pensar. Enseguida oyó los pasos de Fani a su espalda.

—¿A dónde vamos con tanta prisa? —preguntó su amiga.

—A casa de Tom.

—¿Y eso por qué?

—Tom vive con su abuela.

Fani pareció entender lo que eso significaba, porque no preguntó nada más. Cuando llegaron a la calle Esquilache, donde vivía el muchacho, lo encontraron escondido detrás de un contenedor de basura, lanzando miradas furtivas hacia un balcón cercano. A pesar de las sombras, Luz pudo ver sus mejillas húmedas, aunque no supo si se debía al sudor o a las lágrimas.

—La tienen —dijo cuando se acercaron a él—. Esos malnacidos la tienen también a ella.

—¿No vive nadie más en tu casa? —preguntó Fani.

—No. Mi hermano mayor está estudiando en Zaragoza.

—¿Y tus padres?

El chico la miró con el gesto desafiante del que está acostumbrado a recibir burlas pero no se ha dado por vencido.

—Yo no tengo padres —dijo.

Fani le sostuvo la mirada, muy seria. Le puso una mano en el hombro y se lo apretó.

—Escucha. Los encontraremos. A los padres de luz y a tu abuela. Te lo garantizo.

—Y si alguien le ha puesto una mano encima le arrancaré el corazón con mis propias manos —murmuró Tom con los dientes apretados. Ninguna de las dos quiso mencionar que era altamente improbable que consiguiera hacer eso sin algo de instrumental quirúrgico avanzado. Tampoco sonrieron por la ocurrencia. La situación no tenía ni pizca de gracia.

—Y yo lo sujetaré para que trabajes a gusto —dijo Fani, comprensiva—. Pero ahora tenemos que marcharnos de aquí antes de que nos vean.

Volviéron a mirarse a los ojos. Por fin, Tom pareció relajarse un tanto. Fani también lo hizo. En seguida el rostro del chico volvió a teñirse de preocupación.

—Tus padres, Fani —dijo.

Ella asintió. Luz no pudo dejar de admirar la tranquilidad con la que repuso:

—Lo sé. Vamos.

En la casa de Fani la historia se repitió: luces apagadas, persianas bajadas, sombras en la oscuridad. Los tentáculos de los poderosos parecían innumerables.

Se refugiaron en el parque de la esquina de Bravo Murillo con Cea Bermúdez. Estaba cerca de allí y en plena noche parecía lo bastante solitario e inhóspito como para dar la sensación de ser un lugar propicio para ocultarse. Evitaron las zonas más frecuentadas por los yonquis y se detuvieron en una glorieta bordeada de plátanos que aún conservaban las ramas desnudas propias del invierno. Luz se sentía culpable por haber arrastrado a sus amigos a aquella aventura descabellada que estaba tomando tintes tan siniestros. Le ardían las palmas de las manos desolladas. Se las había limpiado con agua en una fuente pública y se había arrancado los

jirones de piel muerta con las uñas en la medida de lo posible. Una buena dosis de desinfectante y quizá una aspirina que le calmara el escozor le sentarían estupendamente, pero conseguir las estaba tan fuera de su alcance como viajar a los años cincuenta en un DeLorean. Fani y Tom no se encontraban mucho mejor. Aunque ninguno se quejaba, Luz los veía contener gestos mudos de dolor cada vez que sus manos rozaban con algo. Le hubiera gustado decirles cuánto significaba para ella que estuvieran allí, acompañándola y, al mismo tiempo, cuánto lo lamentaba, pero no sabía por dónde empezar y, además, intuía que Fani se burlaría de ella o la mandaría a hacer puñetas, y Tom razonaría que la culpa no era suya, sino de los tipos que iban por el mundo amenazando y secuestrando a los demás como si todo les perteneciera y nada pudiera negárseles.

Suspiró y miró alrededor. Había estado miles de veces en ese parque. Siendo más pequeña, jugaba en los columpios y se lanzaba de cabeza por el tobogán. Y, más mayor, había pasado muchas horas charlando con Fani de cine o de chicos o simplemente resolviendo los problemas de la humanidad. Pero ahora, de noche, con el miedo y el desamparo acechando en las sombras, le pareció un lugar lúgubre y desolado que olía a orines.

—Tenemos que encontrar a alguien que nos ayude —dijo Fani cuando se cobijaron en un banco, hombro contra hombro—. A lo mejor mañana, en el instituto, podemos contárselo todo al director.

—¿Al director? —dijo Tom—. Ese no reconocería una verdad ni aunque se la implantaras en el cerebro mediante una lobotomía. Nos castigaría a trabajos forzados por el resto del curso, por lo menos. Además... —el chico se interrumpió.

—¿Además?

—No creo que debamos volver al instituto.

—¡Hombre! Algo bueno tendría que tener todo esto. ¿Y eso por qué?

—También nos buscarán allí. Y no me extrañaría que hubieran hecho desaparecer nuestros nombres de las listas de matriculados, o incluso nuestras partidas de nacimiento. ¿Os dais cuenta? Si tienen los contactos necesarios, podrían hacerlo. Sería como si no existiéramos. Como si nunca hubiéramos existido.

Luz pensó un momento en lo que implicaba esa posibilidad. No podía volver a su casa, no sabía dónde estaban sus padres, y tal vez ya ni siquiera existía. Quizá incluso el suelo se desvanecería bajo sus pies y acabaría



precipitándose en un agujero muy oscuro, como el Coyote en uno de los cortos de Looney Tunes.

—O sea, que ahora mismo no estoy aquí —dijo Fani.

—Oficialmente, podrías no estarlo —contestó Tom.

Fani cerró la mano y la agitó en el aire.

—Entonces, como no existo, no cometería ningún delito si le hundo esto en la cara al poli gordo, ¿no?

Lo dijo tan ceñuda que los otros dos se quedaron mirándola. Pero luego Fani sonrió, y de pronto los tres estaban desternillándose en la soledad nocturna del parque, sin poder parar, con vaharadas de vapor saliendo de sus ropas. Fue una risa liberadora. Luz rió hasta que le dolió el estómago y le faltó la respiración. Lo necesitaba, pensó más tarde. Los tres lo necesitaban. Todo el mundo, en realidad, todos los habitantes de la ciudad gris, el viejo de la silla de ruedas, Narcís el mayordomo estirado, el chico de la guitarra, Big Joe, todo el maldito planeta necesitaría reírse más antes de morir de un ataque de seriedad extrema.

Cuando se hubieron calmado, el silencio cayó sobre ellos más ominoso que antes. La niebla se cebaba sobre el parque convirtiéndolo en el escenario de un relato de Lovecraft. La voz de Luz rasgó el silencio sobrenatural:

—¿Y si ellos no son los rebeldes?

—¿Qué rebeldes? —Fani parecía adormilada.

—Los rebeldes de *La guerra de las galaxias*.

—Ya empezamos.

—No, en serio. Los rebeldes no secuestrarían a nadie, ni lo amordazarían, ni lo tratarían como a mercancía. Quiero decir... ¿y si ellos son el Imperio?

Tom se incorporó, súbitamente interesado.

—Quieren que creas que son los rebeldes para que te unas a ellos. Pero en realidad son el MIG.

—¿El MIG? —gruñó Fani—. ¿De qué demonios estáis hablando?

—El MIG. El Malvado Imperio Galáctico. —Luz había hablado en voz baja para no interrumpir a Tom, cuyo cerebro daba la impresión de estar funcionando otra vez al ritmo de una lavadora durante el centrifugado.

—No me jo...

—Ellos también lo creen —afirmó Tom, como si hubiera llegado a una conclusión irrefutable—. También creen que eres la elegida. Tanto los unos como los otros. Y los dos bandos piensan que, de algún modo, tienes el poder

de destruirlos. Claro. Por eso se toman tantas molestias en atraparte viva. Si no, podrían haberte quitado de en medio hacía tiempo, ¿no lo ves?

—Puede ser —asintió Luz—. Entonces, ellos me temen.

—¿Que si te temen? ¡Están cagados de miedo! Han llegado a creerse su profecía hasta tal punto que sospechan que puedes fulminarlos con solo chasquear los dedos o algo así. Y no tienen ni idea de cuál de los dos caerá. ¡Es genial!

Fani cruzó los brazos sobre el pecho.

—Disculpa, yo no le veo nada de genial a estar helándonos el culo en un banco del parque con el estómago rugiendo de hambre.

—Es genial porque eso nos da algo de poder sobre ellos —aclaró Tom—. Solo tenemos que averiguar en qué consiste esa elección que tiene que hacer Luz y que a ellos tanto les preocupa.

—Don Arturo me dijo que lo sabría en el momento adecuado —recordó Luz.

—Eso es como no decir nada.

Por un instante nadie habló, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—Una vez jugamos un partido contra el equipo del distrito Centro —dijo por fin Fani—. Fue la final del año pasado. En ese distrito no solo viven todas las niñas pijas de la ciudad. Es el mejor equipo de la liga local, con diferencia. Las jugadoras son grandes como armarios y se mueven a una velocidad endiablada. Están compenetradas como si tuvieran sus cabezas sintonizadas en la misma emisora. Y tienen a una chica en el centro del campo, en la posición de volante de salida, que es una mala bestia. Juega de capitana y parece capaz de estar en todas partes a la vez. Aquel día nos estaban vapuleando y esta chica, la capitana, nos había colado ya tres goles y había dado otras tantas asistencias.

»Era algo digno de verse, allí plantada en mitad del campo, dirigiendo el juego con tanta seguridad que parecía haber nacido con un balón pegado al pie y un maldito tablero táctico implantado en el cerebro. Entonces sonó un trueno. El cielo se había encapotado sin que nos diéramos cuenta. No llovía, así que no había motivo para suspender el encuentro, pero se desató una tormenta eléctrica. Recuerdo que pensé que era muy apropiada como banda sonora de la defunción de nuestro equipo. Y, de buenas a primeras, la capitana empezó a no dar pie con bola. Se la veía pálida y preocupada. Al

principio creí que se encontraba mal, no sé, que le había dado un retortijón en la tripa o algo así, pero luego sonó otro trueno, más fuerte que los anteriores, y la vi estremecerse. Resulta que aquella superchica, que debía medir un metro noventa y pesar casi cien kilos, la misma que nos estaba zurrando a base de bien y que podría derribar una puerta acorazada de un manotazo, tenía miedo de unos miserables truenos.

»Remontamos. Sin ella a los mandos el equipo se desmadejó y el partido acabó en empate. Nos la jugamos a los penaltis y la capitana no tiró ninguno. Ni siquiera salió del vestuario. Supongo que se quedó allí escondida, temblando como un niño pequeño cuando le dicen que el hombre del saco vendrá a llevárselo si no se acaba la verdura. Y así fue como ganamos la liga. No fue una victoria gloriosa, lo reconozco, pero ya sabéis lo que suele decirse: el fútbol es así.

Los otros habían escuchado la historia con atención, apretujados en el banco del parque, con las manos y los pies ateridos. No era habitual que Fani hablase durante tanto tiempo, a menos que quisiera meterse con Tom, y Luz no comprendía a dónde quería ir a parar.

—Quiero decir —aclaró la chica, como si le hubiera leído el pensamiento — que todo el mundo teme a algo. Don Arturo, los Aurora Lucem, los Oscuros o como narices se hagan llamar, el presidente de los Estados Unidos en su despacho de la Casa Blanca con el dedo apoyado en el botón rojo, el secretario general de la ONU o el dueño de Coca-Cola: todo el mundo tiene su talón de... de... ¿Cómo se llamaba ese griego que era como Superman pero con un tobillo de cristal?

Tom y Luz miraban a Fani con franco interés.

—¿Aquiles? —preguntó Luz.

—Ese. Vamos, que cualquier persona, por poderosa e intocable que parezca, tiene al menos un punto débil. ¿No es así? ¿Es que Sauron no tenía ninguno?

Tom lo pensó un momento y dijo con tono de entendido:

—Era demasiado confiado, supongo, y por eso no prestó atención a esos dos medianos que se colaron hasta su cocina por la puerta trasera y destruyeron el Anillo.

—¿Me estáis diciendo, entonces, que lo que tengo que hacer es buscar el talón de Aquiles de nuestros amigos adictos a las profecías y atacarlos por ahí? —dijo Luz.

—Ajá. Averiguar a qué o a quién temen —añadió Fani—. Pero te equivocas en una cosa. Has dicho «lo que tengo que hacer» y lo correcto es «lo que *tenemos* que hacer». Estamos juntos en esto, ¿recuerdas? No te vas a librar de nosotros con tanta facilidad.

Luz le sonrió y volvió a sentir ganas de abrazarla, de abrazarlos a los dos. Nerviosamente se tocó el pelo que le caía sobre la cara y le tapaba el ojo albino. Antes de sucumbir a un ataque de sensiblería, se levantó de un salto, temblando de frío o de miedo o de emoción o de todo a la vez.

—Escuchad —dijo—. Creo que alguno debería quedarse despierto, haciendo guardia. ¿Por qué no dormís un rato? Yo haré el primer turno. No tengo sueño.

Fani tocó con los nudillos la maltrecha madera del banco donde estaban sentados.

—Este banco parece muy cómodo. Tom, eres un canijo, pero aun así no pienso compartirlo contigo. Anda, búscate otro.

El chico se levantó, mortificado, y se acomodó en otro banco cercano. Se arrebujó bajo su fina chaqueta de chándal y se hizo un ovillo. El frío arreciaba. Luz recordó una frase que solía decir su padre en noches así: a qué lumbrera de la antigüedad se le ocurriría fundar una ciudad en un páramo como este, donde solo hay dos estaciones, la abrasadora y la gélida.

Pronto sus amigos cayeron en un sueño intranquilo. Luz comenzó a pasear arriba y abajo, haciendo crujir la grava con sus zapatillas deportivas. Las ideas se arremolinaban en su cabeza. Al parecer, tenía que encontrar algo o alguien a quien los Aurora Lucem y los Oscuros temieran, como la flecha que atravesó el tendón de Aquiles, o como la honda que derribó al gigante Goliat. Necesitaba un poco de kryptonita para Superman. Sin embargo, ella apenas sabía nada de esas organizaciones, más allá de que la formaban hombres poderosos y sin demasiados escrúpulos. Había conocido a uno de los señores de los Aurora Lucem, suponiendo que realmente fueran quiénes decían ser. De los Oscuros no sabía nada en absoluto, excepto que también la buscaban y que la cara de uno de sus sicarios era un campo de cicatrices. Y unos y otros parecían estar convencidos de que, cuando llegara el momento, elegiría a uno de los dos grupos como vencedor de su guerra fratricida. ¿Era la profecía una patraña y ella no tenía nada de especial más allá de la singularidad congénita de su ojo albino? ¿Cómo averiguaría cuál era el punto débil de unos y otros, entonces? ¿Cómo lograría que se abrieran los cielos y

fulminasen al señor de las tinieblas? ¿Cómo sabría, si quiera, quién era el señor de las tinieblas?

La sobresaltó un coche que pasó por una calle cercana con la música demasiado alta. Suspiró y trató de relajarse. Solo se trataba de alguien que intentaba celebrar el final de otro día laborable. La gente hacía lo que fuera necesario para adaptarse y sobrevivir.

Caminaba tan absorta que casi tropezó con dos figuras oscuras que cruzaban el parque entre risas contenidas. La chica murmuró una disculpa y se apartó sobresaltada.

Una de las figuras llevaba una litrona de cerveza en la mano. La otra fumaba un cigarrillo que no olía como el tabaco. Se detuvieron envueltos en sombras y se quedaron paralizados, mirándola.

Luz iba a escurrir el bulto cuando una de las figuras dijo:

—Mira a quién tenemos aquí.

La voz le resultó familiar. Y desagradable. No consiguió ubicarla con exactitud en su memoria y, sin embargo, un temblor que no tenía nada que ver con el frío le recorrió la espalda.

La figura que había hablado dio un paso hacia ella y la señaló con el dedo.

—¡Eh, tío! ¿Es que no la reconoces? Es la alelada del instituto.

Estaba borracho. Luz lo supo con certeza. Estaba borracho y era capaz de cualquier cosa. Porque lo había reconocido. Al adelantarse, su rostro había quedado expuesto a la luz de una farola. Era Vicente, el amigo de Ernesto Velasco.

—¡Eh, tío! —repitió—. Es esa friki del instituto, la del ojo chungo.

El alcohol y la marihuana de una noche de parranda parecían haber soltado la lengua de Vicente, casi siempre tan taciturno, y se diría que tenían el efecto contrario sobre Ernesto y su verborrea habitual. Porque el otro individuo tenía que ser Ernesto. Ahora Luz estaba segura.

Ernesto no se movió. Permaneció en la oscuridad como una estatua sombría, agazapado, esperando algo. Luz estaba a punto de retroceder y gritar pidiendo ayuda a sus amigos cuando Ernesto habló por fin.

—Vámonos.

Fue apenas un susurro y, si no hubiera sido una idea ridícula, Luz habría jurado que parecía asustado.

—¿Qué? —preguntó Vicente, incrédulo.

—Vámonos, tío.

—¿Pero qué te pasa? ¡Solo es esa friki de...!

—¡He dicho que nos vamos!

En la voz de Ernesto había un matiz de histeria que Luz no le conocía, que ni siquiera hubiera creído posible en él. Por alguna razón, Ernesto tenía mucha prisa por alejarse de ella. Demasiada. Tenía miedo, o quizá otra cosa, por habérsela encontrado de improviso en mitad de la noche, tal vez mientras volvían a casa después de una fiesta en alguno de los garitos que frecuentaran. Y eso no suponía ningún alivio: solo podía significar que la situación en la que se encontraba era más enrevesada de lo que había imaginado.

Vicente pareció darse cuenta por fin de la urgencia en la voz de su amigo y retrocedió a trompicones, con una sonrisa estúpida en el rostro que, por lo demás, nunca denotaba demasiada inteligencia. Acarició con la mano uno de los amuletos de la buena suerte que siempre llevaba colgados del cuello. Ernesto tiró de él hacia atrás y desaparecieron por donde habían venido. Luz escuchó sus pasos perderse en las profundidades del parque. Los dos corrían como si alguien o algo los persiguiese.

## 14. Rendición

Al cabo de un rato, el cansancio de la jornada la venció. Se sentó en uno de los bancos y se quedó dormida antes de poder evitarlo. Tuvo sueños inquietos en los que un monstruo invisible de mil cabezas la perseguía por túneles que conducían a una azotea desde la que el cielo era tan oscuro como en el espacio exterior. El monstruo la acorralaba y ella buscaba ayuda desesperadamente, pero no había nadie alrededor, ni sus amigos, ni su familia. En el último momento, conseguía distinguir la cara de la criatura, y era la de don Arturo, aunque tenía los ojos de fuego como Sauron y la miraba a su ojo albino como si tratara de derretirlo. Cayó entonces por el borde de la azotea y se despertó.

Los listones de madera marcados en la mejilla y el cuerpo entumecido fueron la dolorosa prueba de que ya no estaba soñando. No sabía cuánto tiempo había dormido. Podían haber sido minutos u horas. El amanecer se adivinaba por el este. Estiró las piernas y los brazos y miró en torno suyo. Fani dormía abrazada a sus propias rodillas y Tom parecía un montón de ropa vieja que alguien hubiera olvidado sobre un banco.

Se aproximó en silencio, estirando los músculos de la espalda por el camino, a los columpios cercanos sin que ninguno de sus amigos lo advirtiese. Se subió en uno de ellos. El asiento estaba húmedo y tuvo que encoger las piernas para que sus pies no arrastraran por el suelo, pero no le importó. Se meció adelante y atrás. El columpio gemía al balancearse, justo como lo recordaba. Por un instante, volvió a tener cinco años y su padre la impulsaba cada vez más rápido, hasta que ella tenía que aferrarse a las cadenas con mucha fuerza porque pensaba que iba a salir volando o a dar la vuelta completa, y el miedo y la alegría se mezclaban formando una sustancia

luminosa que, ahora lo comprendía, era la materia de la que estaba hecha la memoria.

Detuvo el balanceo. Su padre no estaba allí. Hacía mucho que no estaba. En aquel lugar del espacio y del tiempo, justo después de que aquella mañana fría y hostil de principios de primavera se le viniera encima de nuevo, lo echó de menos con tanta intensidad que casi le escoció en el pecho. Por alguna razón, aquella canción de Antonio Vega regresó a su cabeza. A veces una melodía se le quedaba adherida en el recuerdo durante días sin que pudiera hacer nada por separarse de ella, pero no era el caso. Hacía muchas horas que no se acordaba de *Lucha de gigantes*, y si había decidido volver en ese preciso momento no podía ser casualidad. Estaba ahí para recordarle que ella era como el tipo frágil de la canción, una adolescente tímida e insegura que vagaba por un mundo demasiado grande, demasiado incomprensible, con la sensación de correr todo el rato no sabía bien hacia dónde con una bestia hambrienta persiguiéndola.

¿Cuánto tiempo podía una persona correr sin rumbo antes de rendirse? ¿Cuánto? ¿Unos años, unos meses, unas horas? ¿Toda una vida?

Fue entonces cuando lo vio: un vagabundo detenido en la acera, junto a unos contenedores, dándole la espalda. Luz hubiera jurado que, una fracción de segundo antes de que ella mirase en su dirección, el hombre había apartado la vista, como si la estuviera observando. El vagabundo levantó la botella de vino y se la llevó a la boca. Luz entornó los ojos. Era difícil estar segura a esa distancia, pero le pareció que la botella no estaba si quiera descorchada.

Retrocedió con sigilo, sin dejar de mirar al hombre, intentando que sus pasos no sonaran en la grava, con la araña del miedo haciendo bombear la sangre en sus sienes. Llegó hasta donde estaba Tom.

—¡Pst! ¡Tom!

El chico se despertó de un salto, como si un perro le hubiera mordido en un pie.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Despierta a Fani —susurró Luz—. Hay que largarse.

No dejó de vigilar al mendigo ni un solo instante. Ya no le cabía duda: aquel hombre fingía. Los miraba de reojo con frecuencia, tal vez para comprobar que seguían allí. Y, al mismo tiempo, no apartaba la vista de la calle. Daba la impresión de que esperaba a alguien.



*Alguien...* Tal vez trabajase para don Arturo. Tal vez esperaba la llegada de Big Joe y el chico de la guitarra. O quizá era del otro bando.

Fani llegó a su lado.

—¿Qué ocurre?

—¿Estás despierta?

—Qué va. Acostumbro a caminar y a hablar cuando duermo.

—¿Y estás preparada para correr?

Entonces Fani también vio al vagabundo. Lo observó durante un momento antes de decir:

—¿Más falso que una moneda de madera?

—Ajá.

—Entiendo. Tom, ¿estás listo?

El chico encogió los hombros, pálido como un condenado a muerte.

—Está bien —dijo Fani—. A la de tres, salimos disparados hacia aquella calle de allí. Con un poco de suerte, para cuando se dé cuenta de lo que ha pasado ya estaremos fuera de su vista. ¿Preparados? Uno, dos... ¡tres!

Nada más empezar a correr Luz advirtió con angustia que le fallaban las fuerzas. ¿Cuánto tiempo llevaban sin comer? Intentaba mover las piernas más rápido pero no le respondían. Era como en esos sueños en los que uno no logra avanzar por más empeño que ponga. Tom se alejaba de ella, y a su vez el chico había perdido varios metros con respecto a Fani, que ya había desaparecido en el callejón. Luz creyó percibir los ojos del falso vagabundo clavados en su espalda. Miró hacia atrás, aún a medio camino...

...y se detuvo en seco en mitad de la calle. Apoyó las manos en las rodillas, resoplando como un saxofonista con asma. Notaba los latidos del corazón en la garganta, en los oídos, dentro de la cabeza. Fani la vio desde su escondrijo y, en dos zancadas, regresó a su lado.

—¡Luz! ¿Estás bien?

—S... sí. El mendigo. ¡El mendigo no está!

—¿Cómo que no...? —Fani levantó la mirada en dirección al parque. En efecto, junto a los contenedores solo quedaba el charco de luz desvaída producido por una farola cercana.

Tom se acercó a ellas, con la frente de cera perlada de sudor.

—Vámonos —dijo—. Si el tipo ha desaparecido solo puede significar que sus compinches están al caer. ¡Venga!

Entre los dos ayudaron a Luz a ponerse en marcha. A la chica le

temblaban visiblemente las manos. Pronto fueron tres sombras escabulléndose por la calle Ramiro II.

\* \* \*

Unas manzanas más allá, encontraron abierta una cafetería de mala muerte atendida por un camarero taciturno. Rebuscaron en las profundidades abisales del interior de sus bolsillos y lograron reunir una pequeña fortuna consistente en dos chicles de fresa, un destornillador de punta plana, una goma para el pelo deshilachada y ciento ochenta y siete pesetas. Con estas últimas pidieron café con leche —Tom prefirió un colacao— y tostadas con mantequilla. Les sobraron dos pesetas que Luz guardó con la solemnidad propia de un entierro, consciente de la precariedad de su situación.

Usaron por turnos el hediondo cuarto de baño e intentaron comer las tostadas con parsimonia, ya que no sabían cuándo podrían disfrutar de otro manjar semejante. Para Luz fue solo un intento: las fuerzas regresaron a ella después de engullir los primeros bocados y el resto del desayuno se deslizó por su garganta con la rapidez de un vagón de la montaña rusa. Cuando terminaron, se arrellanaron en las incómodas sillas de formica como si aquello fuera la sala de estar del palacio de Buckingham, disfrutando del fugaz momento de sosiego, sabiéndose cómplices de una aventura digna de un libro o una película.

Aquella calma solo era un espejismo, desde luego. La gravedad de la situación cayó sobre ellos con la incontinencia de un aluvión.

—Propongo que nos acerquemos al instituto —soltó Fani a bocajarro.

Tom negó con la cabeza.

—Ya os dije que...

—¡Ya sé lo dijiste! —Fani habló tan fuerte que el camarero los miró con recelo. Continuó en voz más queda—. Ya sé lo que dijiste, pero al menos podemos intentarlo. Tal vez consigamos que el director nos escuche. O el Boni. El Boni es un hueso, pero parece un tío razonable.

Tom y Luz se miraron. La duda se leía en sus ojos. Fani insistió:

—Seamos realistas, chicos. Necesitamos ayuda. Ayuda de algún adulto. Solo digo que asomemos la cabeza por allí a ver qué pasa. ¿O queréis que nos quedemos tirados en la calle, convertidos en tres indigentes paranoicos que huyen hasta del camión de la basura?

—Fani tiene razón —dijo Luz—. Deberíamos intentarlo.

Tom se encogió de hombros. Aquel gesto quería decir: sigo pensando

que es un error, pero os acompañaré.

De este modo salieron de la cafetería y se encaminaron hacia el instituto dando un rodeo por Donoso Cortés antes de subir por Guzmán el Bueno. Estaba amaneciendo y faltaba bastante para el comienzo de las clases, pero les pareció buena idea husmear por los alrededores antes de que se agolpase todo el gentío propio del momento de entrada.

Se detuvieron en una esquina cercana al instituto, desde la que se divisaba la puerta principal del edificio de ladrillo rojo. Asomados como los protagonistas de una película de espías, vieron la reja metálica manchada de óxido bajada hasta el suelo, lo que indicaba que el instituto todavía estaba cerrado. Y también había algo más: unos cartelones de color amarillo pegados en la fachada.

—Despejado —susurró Fani.

—No me gusta —dijo Tom.

—¿Qué es lo que no te gusta? —Fani empleó su tono de voz más exasperado.

—Algo me huele mal.

—Será que no nos duchamos desde hace dos días.

Tom no hizo caso de la broma.

—Esos carteles... Se parecen a los que pone el Ayuntamiento cuando hay alguna obra, ¿no os parece?

—No sé —dijo Luz—. Desde aquí no se distinguen bien.

Fani tiró de ellos hacia atrás y los hizo apoyarse en la pared.

—Iré yo a echar un vistazo. Si Tom está en lo cierto y hay alguien vigilando el instituto, no tiene ningún sentido que Luz se arriesgue.

—Pero... —intentó decir Tom.

—Corro el doble de rápido que tú y durante el triple de tiempo.

—Pero...

—Así que no discutiré sobre esto. Me esperáis aquí y ya está.

Y, sin dar opción a réplica, abandonó muy resuelta el parapeto de la esquina. Los otros dos la vieron alejarse, impotentes. Aunque la calle Guzmán el Bueno parecía solitaria, había un millón de sitios desde donde alguien podía estar observando la zona sin ser visto. Fani debía saberlo y por eso no disimuló sus intenciones: corrió en línea recta hacia la puerta del instituto como si aquello fuera la portería enemiga y faltasen unos segundos para el final del partido.

Conteniendo la respiración, Tom y Luz vieron como Fani se detenía delante de uno de los carteles, le echaba un vistazo apresurado y regresaba luego sobre sus pasos. En ese instante, un coche acuchilló con sus luces amarillas la penumbra plateada del amanecer. Se apagaron las farolas al mismo tiempo. Luz agarró a Tom del brazo tan fuerte que el chico gimió de dolor. Fani apretó el paso. El coche pasó de largo: solo era un vecino madrugador. Luz aflojó su presa. Fani llegó hasta la esquina en la que se ocultaban sin que nada más alterase la tranquilidad de la calle.

—Larguémonos —fue todo lo que dijo. Si no fuera imposible asustar a Fani, Luz hubiera dicho que estaba asustada.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Os lo cuento luego. Vamos.

—¿A dónde?

—A dónde sea.

Caminaron sin rumbo y a buen ritmo. No pararon hasta Santa Engracia. Fani había recuperado un poco su color habitual cuando se detuvo por fin. Miró a un lado y a otro, como si temiese sufrir el ataque de una horda de zombis de George A. Romero en cualquier momento. Luz, a su pesar, hizo lo mismo.

Todo a su alrededor parecía insensatamente ordinario: el propietario de una verdulería disponía su género en un expositor, una señora paseaba a un perro de aspecto famélico, el tráfico empezaba a espesarse como la sangre con exceso de colesterol: la ciudad despertaba, ajena a la odisea de los tres jóvenes algo sucios y magullados que habían hecho un corrillo de conspiradores cerca de un kiosko de prensa de cuyo interior salía una luz amarilla.

—Cerrado por reforma —dijo Fani—. ¿Os lo podéis creer?

—¿Cerrado por reforma?

—Eso pone. Es un cartel del Ayuntamiento. ¿Vosotros sabíais que iban a cerrar el instituto por reforma?

—Claro que no. Nos hubiéramos enterado de algo. Estuvimos ayer mismo en clase.

—Pues ahora está cerrado.

Luz negaba con la cabeza.

—¿Y qué han hecho con los estudiantes? ¿A dónde los han llevado? ¡No pueden cerrar un instituto de la noche a la mañana!

Tom no había abierto la boca. Se acercó al kiosko y echó un vistazo a los titulares de los periódicos recién expuestos. Las chicas fueron tras él y se asomaron a las primeras planas lentamente, con temor de lo que allí pudieran encontrar. Entre noticias de folklóricas con problemas fiscales y el penúltimo escándalo de especulación urbanística, Tom leyó en voz alta en un diario local:

—«El Instituto de Bachillerato Joaquín Turina, cerrado por amenaza de derrumbe. Un informe de los técnicos municipales advierte de daños en la cimentación. La aparición de grietas en varios muros maestros alertó a las autoridades. El Ayuntamiento de Madrid, a instancias de la Consejería de Educación, ha decidido precintarlo de forma preventiva y trasladar a todo el alumnado a otros centros de la zona mientras se realizan los pertinentes estudios de emergencia con el fin de reforzar la estructura».

—¿Grietas? ¿De qué grietas habla? —Fani parecía al mismo tiempo asustada y escandalizada—. Vale, el edificio está hecho un asco, pero no tiene ninguna maldita grieta.

Tom seguía con la vista fija en el diario, como si aún leyera la noticia.

—Os lo dije. Esta gente es muy poderosa. Poderosa de verdad.

—¿Y por qué querrían cerrar el instituto?

—Quizá para evitar que hagamos justo lo que habíamos planeado hacer. Para evitar que pidamos ayuda.

—Eso es absurdo —dijo Fani—. Hubieran estado esperándonos en la puerta del instituto para atraparnos.

—¿Quién te dice que no lo estaban? —La pregunta de Tom quedó suspendida en el aire. El chico miró a Fani a los ojos—. Recuerda que no somos nosotros a quienes buscan.

—Entonces... ¿nos han seguido hasta aquí?

—Es posible. —Tom pensó un instante y añadió—: Sí, estoy casi seguro. Están aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

Los tres se alejaron lentamente del kiosko, mirando a su alrededor. No había nada que resultase sospechoso, lo que significaba que, al mismo tiempo, todo podía serlo. Luz tenía un nudo del tamaño de un balón de fútbol en el estómago. ¿No los había mirado el kioskero de forma insistente mientras curioseaban el expositor? ¿Y el tipo de la verdulería no había entrado a la trastienda, quizá a llamar por teléfono, cuando los había visto?

¿No se había detenido la señora del perrito junto a aquella cabina sin motivo aparente, mientras los miraba con disimulo?

Entonces lo vio. Al fondo de la calle, demasiado lejos para distinguir sus facciones a la luz indecisa del amanecer. Era el falso mendigo. Lo supo por su ropa, por su actitud, por la postura del cuerpo, del mismo modo que reconocemos a un familiar o un amigo por la calle aunque esté de espaldas. Y no venía solo.

A su lado apareció una figura corpulenta y algo desgarrada. El cabello rubio, peinado hacia atrás, resultaba inconfundible: Ernesto Velasco.

¿Qué demonios hacía Ernesto con el falso mendigo? ¿Qué pintaba él en todo esto? ¿Habría dado la voz de alarma después de encontrarla en el parque? ¿Tendría alguna relación con don Arturo o con los Oscuros?

Fani y Tom no se habían percatado de nada. Seguían debatiendo sobre lo que era posible y lo que no. Luz giró la cabeza hacia el otro extremo de la calle, buscando una vía de escape. Por allí estaba apareciendo un coche negro y elegante, un Audi o un BMW, tan parecido al que los había conducido hasta el rascacielos de don Arturo que tenía que ser el mismo.

Aún podían huir. Había una calle transversal que los llevaría a la Avenida de América, y allí empezaba el Paseo del Parque, donde existían mil sitios para esconderse. También estaba cerca la galería comercial, que conducía hacia... ¿Hacia dónde? Luz no podía pensar con claridad porque una idea temeraria estaba germinando en su cabeza.

*Entrégate.* Esa era la idea. Te buscan a ti. Solo a ti. Quieren a la elegida. Dásela y dejarán en paz a los demás.

Miró una vez más a sus dos amigos. Discutían, como un viejo matrimonio que pelea amigablemente por nimiedades como la temperatura del café con leche o el canal de televisión que verán esta noche. No se habían fijado en la extraña pareja que se les venía encima ni en el coche que se acercaba por la calzada. En ese instante, Luz tuvo la certeza de que entregarse era lo único que podía hacer, la manera más sensata de acabar con aquello. Lo había sabido, se daba cuenta ahora, desde que habían naufragado en aquel parque la noche anterior. Habían secuestrado y maniatado a sus amigos por su causa. Habían puesto sus vidas en peligro al encaramarse en aquella azotea y al escapar colgados del mástil de un pararrayos. Se habían llevado a sus padres quién sabía a dónde. Habían pasado la noche durmiendo en la calle.

Se miró las manos desolladas. Ya era suficiente. La lucha de gigantes era

demasiado para ella. No podía seguir huyendo sin rumbo. Tenía que entregarse.

Solo había un problema: estaba aterrada.

Se repitió el mantra una vez más: *Fani es fuerte, Tom es listo, yo soy valiente.*

Apretó los puños y respiró tres veces. Decidió, en una fracción de segundo, que se encaminaría hacia el coche y no hacia Ernesto y el mendigo. Volvería al rascacielos de don Arturo y enfrentaría su cólera por haber tirado por la ventana su valioso incunable. Con gesto tenso, sin volver la vista atrás, echó a andar por la acera. El vehículo circulaba despacio, como un bromista que se aproxima a su víctima de puntillas para no ser descubierto antes de tiempo. El conductor frenó en seco cuando ella se acercó. Luz levantó las manos para dar a entender su intención de cooperar. La ventanilla delantera descendió con un zumbido. Pensaba que vería aparecer el rostro del chico de la guitarra —a su pesar, casi lo deseaba. O quizá se encontrase con la mueca abotargada de Big Joe. Pero no fue ninguno de ellos. Una cara surcada de cicatrices, algunas de ellas tan recientes que refulgían encarnadas a la luz del amanecer, le sonrió torvamente desde el interior.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo? —La voz de Fani sonó como un disparo detrás de ella. En ese preciso instante, otro vehículo apareció por la esquina. Luz lo reconoció. Este sí que era el mismo en el que se los habían llevado al rascacielos la tarde anterior. Distinguió con claridad la voluminosa silueta de Big Joe al volante.

No hubo tiempo para más. Al tipo de la cara cortada debió sorprenderlo tanto como a ella la aparición del otro automóvil. Se apeó a toda prisa y empujó a Luz por la portezuela trasera. Dentro del coche olía a naftalina y a tabaco. Los gritos de Fani resonaron en la calle, llamándola a voces. El kioskero salió de su garita, el verdulero se asomó a la puerta de su tienda, la mujer del perro levantó hacia ellos un rostro somnoliento. Cuando miraron en dirección a los gritos, el vehículo ya había arrancado con una sacudida y Luz había desaparecido.

## 15. La boca del lobo

Esta vez no le taparon los ojos ni Luz preguntó a dónde la llevaban. El tipo de la cara cortada le inspiraba pavor y prefería no tener que dirigirse a él. Desde su posición solo alcanzaba a verle la nuca y la parte posterior de la cabeza. Otro individuo manejaba el volante y tenía abundantes cortes y magulladuras en las manos, por lo que Luz supuso que los dos conformaban la elegante pareja de baile que había intentado retenerla en la estación de Cuatro Caminos y con los que Big Joe, disfrazado de policía, se había enzarzado en una pelea.

El vehículo circuló durante un rato a toda velocidad, sin respetar cruces, semáforos ni pasos de peatones. Cuando, entre bandazo y bandazo, Luz conseguía atisbar algo por la luna trasera, se encontraba con que el coche que conducía el chico de la guitarra los perseguía sin tregua entre frenazos y acelerones por la ciudad medio dormida. Era muy temprano y no había mucha gente en las calles pero, aun así, estuvieron a punto de llevarse por delante a un anciano que caminaba en zapatillas y a un repartidor que se apartó justo a tiempo y que dejó tras de sí un rastro de periódicos flotando en el aire como guirnaldas en blanco y negro.

Luz apenas lograba mantenerse sentada debido a las continuas sacudidas del coche. Se asió a las agarraderas que había sobre las ventanillas y llegó un momento en el que el estómago se le revolvió tanto que pensó que iba a vomitar allí mismo el café y la tostada. «Menuda heroína estás hecha», pensó, «echando la pota en el coche de los malos». Luego se le ocurrió que a lo mejor no era tan mala idea.

Por fin aminoraron la marcha y Luz supuso que habían dado esquinazo a sus perseguidores. En todo ese tiempo, los dos tipos que la acompañaban no



había intercambiado ni una sola palabra. Eran unos profesionales de lo más silencioso.

Las náuseas se aplacaron y enseguida las ideas obsesivas con las que llevaba jugueteando las últimas horas regresaron a su cabeza. «Tú eres la elegida», le había dicho don Arturo. «Tú harás la elección, y abrirás los cielos, y los fulminarás para siempre. Por eso te buscan. Porque te temen». Bien, al parecer la habían encontrado, y ahora iba a conocer el misterioso paradero de los Oscuros, los Antiguos que pretendían devolver el mundo a la edad de piedra y que, según don Arturo, querían acabar con ella para que no se cumpliera la profecía que anunciaba su destrucción. ¿O todo había sido el delirio de un viejo enfermo? Tom había insinuado que a lo mejor don Arturo no era el rey David, sino el malvado Goliat, el villano de la función. Además, si estos dos tipos trajeados de verdad hubieran planeado acabar con ella, habrían podido hacerlo hacía rato sin necesidad de ponerle el estómago en la garganta con aquella carrera por las calles de la ciudad.

Su intención no había sido caer en manos de estos misteriosos enemigos de don Arturo. Ella había querido volver, esta vez sola, al rascacielos. Aunque el plan no había salido como había previsto, al menos sus amigos estaban ahora al margen del peligro y eso ya era algo. El resto de su idea no tenía por qué cambiar sustancialmente. Todo el mundo tenía su talón de Aquiles, ¿no era cierto? El viejo Homero ya lo había dicho hacía tres mil años. Debía encontrarlo, y si no lo lograba... Bueno, en ese caso la dejarían marchar, ¿no? ¿De qué les serviría retener a una adolescente del montón contra su voluntad? O, por lo menos, dejarían en paz a sus amigos y a su familia.

Iba tan absorta en estos pensamientos que no se dio cuenta de que el paisaje urbano había cambiado. Las avenidas de cemento y hormigón habían dado paso a calles sinuosas bordeadas de tapias y jardines espléndidos, tras los cuales se adivinaban casas antiguas con aspecto de mansiones de las que solo pueden existir en los relatos de Edgar Allan Poe.

Enfilaron la puerta de una de ellas. Un hombre que parecía el Frank Nitti de la banda de Robert DeNiro en *Los Intocables de Eliot Ness* montaba guardia. Accionó un botón y la verja, de hierro colado encrespado de florituras, se abrió con un gemido eléctrico. El vehículo entró, haciendo crujir la grava del camino, y la puerta se cerró tras ellos. Recorrieron una vereda bordeada de álamos centenarios y fuentes decoradas con querubines alados y

por fin aparcaron frente a la entrada de una mansión decimonónica, coronada de pináculos y torreones, directamente salida de un cuento de hadas o, mejor, de una película de terror. Es la maldita casa de *Al final de la escalera*, pensó Luz, y estuvo a punto de romper a reír como una histérica por la ocurrencia.

El tipo de la cara cortada se apeó y abrió la portezuela trasera del coche. Luz salió y evitó mirarlo. Había otro hombre en lo alto de la escalinata de la entrada, vestido con librea y guantes blancos, como si se hubiera escapado de otro siglo. Luz se dirigió a él. El hombre inclinó la cabeza en un gesto teatral y dijo:

—Bienvenida a la Mansión Von Weichs. El señor me ha pedido que me encargue en persona de que su estancia aquí sea lo más agradable posible. Considérese usted en su casa.

Luego le tendió la mano enguantada y la tomó con delicadeza del codo para conducirla al interior de aquel lugar. Luz no se lo pensó dos veces: la idea de perder de vista al tipo de la cara cortada era demasiado tentadora. Pasó, acompañada por aquel mayordomo tan remilgado, bajo unas columnas estriadas que le daban al edificio un vago aspecto de templo pagano, y se vio engullida por la luz y el olor de otro tiempo.

Dentro reinaba la penumbra. El recibidor, con los techos perdiéndose en un punto de fuga casi fuera del alcance de la vista, estaba tan sobrecargado de adornos, alfombras, tapices y muebles brillantes de madera oscura que Luz tuvo la impresión de encontrarse en un mercadillo de lujo. Incluso había una armadura medieval en actitud de firmes en un rincón. Y estaba el olor: una mezcla a naftalina, polvo, desinfectante y algo tan fuera de lugar que Luz tardó unos segundos en identificarlo, pero cuando lo hizo no le quedó ninguna duda acerca de qué se trataba: aquella mansión olía a vómito.

Era, sin duda, un recibidor agobiante, y las siguientes estancias no resultaron mejores. El mayordomo la condujo por varios pasillos, cámaras y galerías, todas ellas emperifolladas con montañas de objetos anacrónicos, como relojes de cuco con mil florituras o enormes aparadores repletos de diminutos cajones, que a Luz le recordaron a los reyes de la época de la Ilustración que aparecían en los libros de historia del instituto, esos que usaban pelucas blancas y se empolvaban la cara. Y el olor a vómito, tan inapropiado en aquel ambiente presuntamente refinado, se hacía más intenso a cada paso.

Por fin, el mayordomo le pidió que tomara asiento en una silla que pudo

haber pertenecido a Carlos III.

—El señor la recibirá enseguida —murmuró antes de desaparecer al otro lado de unas enormes puertas de madera labrada.

Luz miró a su alrededor, inquieta. La escena le recordaba demasiado a la que había vivido el día anterior en el rascacielos de don Arturo, con el manifiesto cambio de escenario y la diferencia de que, ahora, estaba sola. Sus tripas rugieron. La tostada y el café hacía tiempo que habían pasado a la historia. A lo mejor pensaban matarla de hambre.

Del otro lado de la puerta llegó un borboteo gutural, un rugido tan grave que Luz fue incapaz de imaginar qué clase de criatura podía haberlo producido. Sintió un escalofrío. El silencio que siguió fue aún más ominoso. Luego el ruido se repitió, un poco más débil, como si la bestia, o lo que fuera, hubiera saciado su apetito después del primer envite.

Estaba mirando hacia las puertas labradas sin darse cuenta de que había empezado a temblar cuando estas se abrieron y apareció el mayordomo. Una vaharada de ese olor que había identificado como comida a medio digerir le llegó con tanta fuerza que tuvo que girar el rostro. El mayordomo, muy pálido, se acercó a ella conservando a duras penas la compostura y dijo:

—El señor está indispuesto y lamenta mucho no poder recibirla en estos instantes. Tal vez, mientras espera, le apetecería comer alguna cosa.

Luz asintió, aunque aquel olor le había revuelto tanto el estómago que prefería no oír hablar de la ingesta de alimentos.

—Mejor lejos de esta habitación, por favor.

—Desde luego —convino el mayordomo.

El servicio de aquella casa no debía de ser inmune al olor, porque la condujeron a un patio exterior sombreado por plantas trepadoras, donde la fetidez no alcanzaba o, al menos, quedaba disimulada por la fragancia de los macizos de jazmines y buganvillas. Allí había una mesa y varias sillas de jardín que habían conocido tiempos mejores. Un pequeño ejército de camareras con cofia almidonada revoloteó alrededor durante unos segundos con la coordinación de un grupo de bailarinas expertas. Como por ensalmo, en la mesa apareció una jarra de leche caliente con miel, pan tostado con mantequilla y una fuente de algo que parecía plata y que tal vez lo fuera repleta de fruta. Las náuseas que había sentido en el interior pronto desaparecieron y dio buena cuenta de aquella comida, que le pareció la más deliciosa que había tomado en su vida.

El mayordomo regresó un rato después. Se plantó, tieso como un pelícano, al lado de luz y dijo con voz suntuosa:

—Le sugiero a la señorita que no coma en exceso, si es posible. El señor la recibirá en breve y no es conveniente acudir en su presencia en el tránsito de una digestión pesada.

Luz comprendió la naturaleza de aquella advertencia y dejó una tostada rebosante de mantequilla a medio comer. Un escalofrío le recorrió la espalda, como cuando uno está incubando una enfermedad y siente las primeras oleadas de fiebre abatirse sobre el cuerpo. El cielo se había cubierto de nubes oscuras con aspecto de presagios y un viento helado, más propio del invierno que de aquella primavera apenas estrenada, mecía las hojas recientes de la parra. Luz se limpió con la servilleta, intentado aparentar que era una señorita refinada.

—¿Sabe usted qué desea su señor de mí? —preguntó.

Suponía que el mayordomo no iba a contarle nada; por eso se sorprendió cuando el hombre contestó:

—Desde luego. Quiere que asimile usted cual es su destino y, mientras tanto, ponerla a salvo de los Oscuros.

Luz frunció el ceño.

—Un momento —dijo—. ¿No son ustedes los Oscuros?

El mayordomo sonrió como lo haría un robot antropomórfico. Resultaba imposible imaginar una sonrisa de verdad en ese rostro tan estirado. En ese instante, sonó una campanilla en algún lugar del interior.

—Ah, eso significa que el señor ya está dispuesto —dijo el hombre—. Tenga la amabilidad de acompañarme.

Regresaron a la antecámara del sillón rococó de Carlos III y las puertas labradas. Para tratar de disimular el hedor, alguien había rociado la estancia con algún producto de limpieza, pero la mezcla de olores resultaba repulsiva. Luz sintió que se le encogía el estómago y supo que había desayunado demasiado.

El mayordomo traspasó las puertas y las entrecerró a su espalda. Hubo un intercambio de murmullos al otro lado antes de que el hombre volviera a salir.

—Puede pasar, señorita —murmuró, y dejó entreabierta una rendija mínima, el espacio justo para que Luz entrase.

Una bocanada de aire caliente y fétido le revolvió el pelo y supo que se le

iba a quedar adherido al cuerpo durante días, por mucho que se duchara o lavase la ropa. Eso, si sobrevivía lo suficiente. Se concentró para no gritar. Adentro estaba muy oscuro pero, aun así, con piernas temblorosas, avanzó unos pasos hacia la boca del lobo.

Al principio no pudo ver nada. Solo se oía una respiración regurgitante. La habitación exhalaba aquel olor acre que saturaba el olfato y hacía llorar los ojos. Luego empezó a vislumbrar algo, una figura aberrante, una montaña de carne que se estremecía entre espasmos con cada respiración.

—Señor —la voz de mayordomo a su espalda la sobresaltó—, aquí está la señorita.

La montaña borboteó como un volcán. El sonido de succión de su aliento se hizo más rápido, hasta que una voz ronca, apenas audible, surgió de sus entrañas:

—Acérquese. Vamos, no tenga miedo. Solo soy un viejo enfermo. Le aseguro que no es contagioso.

Luz no podía dar un paso. El mayordomo la empujó con suavidad hacia su señor. Ella se dejó hacer: le pareció que aquello le estaba sucediendo a otra persona. Sus ojos se habían acostumbrado lo bastante a la oscuridad como para ver a un hombre deformado por una obesidad más allá de lo concebible, medio recostado en un diván sin duda hecho a medida. Era difícil precisar dónde se hallaban sus extremidades, qué era delante y qué era detrás. La cabeza ciclópea, calva por completo, tan pálida que casi refulgía en las tinieblas, se giró hacia ella entre los pliegues de las papadas con un ruido de chapoteo. El olor se hizo tan intenso que Luz pensó que iba a perder el juicio.

—Justo como me la había imaginado. Así debía ser la Elegida. Y pensar que hemos pasado tanto tiempo buscándola y la teníamos... hum... al alcance de la mano. —Los ojillos parpadearon. Eran pequeños, llorosos, expresivos: lo único que conservaba un vestigio de humanidad en aquel cuerpo tan horriblemente deformado. La voz sonaba con un acento extraño, extranjero, tal vez alemán o flamenco, y a veces dudaba al hablar, como si necesitase una pausa para encontrar la palabra exacta en castellano—. Disculpe este recibimiento. Me encuentro un poco... hum... indispuerto. Cosas de la edad y de esta enfermedad que se ceba conmigo. Sea la voluntad de Dios. Mi nombre es Maximilian Maria Joseph Karl Gabriel Reichsfreiherr von Weichs.

Pronunciar aquellas frases pareció costarle un enorme esfuerzo y necesitó un tiempo de borboteos y gñidos para recuperar el resuello.

—Me han dicho que ellos la encontraron primero, señorita. No debí haber enviado a Cicatrices a buscarla. Es un joven eficaz, pero su aspecto no es demasiado... hum... tranquilizador. Me contaron que ellos la atraparon. — Más jadeos y resoplidos. Cuando volvió a hablar, su voz era lúgubre y estaba tan impregnada de odio que parecía un salivazo—. Imagino las mentiras que ese viejo amargado le habrá contado. Ese maldito anticristo. Se crió en una familia de traperos, ¿no lo sabía usted? ¡Traperos! Apuesto a que eso no se lo contó. Con sus artimañas infames consiguió labrarse una fortuna y ahora se cree la reencarnación del rey David. ¡Ese traperero sacrílego! Porque le habrá hablado de David y Goliat, por supuesto. Está obsesionado con esa historia. Le habrá dicho que ellos representan al oprimido que vence al poderoso, ¿no es así? Que su misión es procurar progreso y bienestar a la humanidad y liberarla del yugo de los filisteos. Que su historia es la única Historia, ¿verdad?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Luz tardó un rato en darse cuenta de que aquel hombre estaba esperando una respuesta. Asintió con la cabeza, con la certeza de que, si intentaba decir algo, sería incapaz de emitir sonido alguno.

—¡*Mentirrrras!* —La palabra, con la erre arrastrada, tronó de tal manera, amplificadas en las oquedades cavernosas de aquel cuerpo desproporcionado, que Luz percibió la vibración con claridad en la base del estómago. Luego regresó al susurro ronco de antes—. Todo *mentirrrra*. Aurora Lucem, se hacen llamar. La luz del amanecer. ¡*Mentirrrra!* ¡Nosotros somos las auténticas luces del amanecer! ¡Nosotros, no ellos! Ellos son unos farsantes, unos impostores nacidos del vientre de la bestia. Hablan de igualdad y fraternidad aunque saben que algunos somos distintos por designio divino, que unos nacemos con la obligación de gobernar y otros de ser gobernados, pero no quieren aceptarlo y pervierten el orden natural de las cosas con sus maquinaciones. Son esclavos convertidos en amos, el peor tipo de amo que existe bajo el sol. Porque yo le pregunto, señorita: ¿acaso puede el buey dirigir el carro? Sin embargo, es su forma de conseguir poder: colocar a los bueyes dirigiendo todos los carros del mundo para controlarlos. Los bueyes son dóciles, ¿sabe usted? Los... hum... manipulan con esos chismes y aparatitos, la televisión, el cine, los ordenadores. Y encontrarán formas aún más elaboradas para controlarlos. Formas que ni usted ni yo podemos todavía imaginar, artilugios que penetrarán hasta en el último resquicio de la vida de la gente y que los

convertirán en autómatas a su servicio. La humanidad adocenada a sus pies, eso es lo que ellos pretenden; la humanidad esclavizada por la tecnología, sumida en los abismos del materialismo más infame, náufraga en el lodazal de sus más bajos instintos, condenada por toda la eternidad a las llamas del Infierno. ¿Es usted creyente, señorita? No importa, no importa. —Una nueva pausa—. Ya imagino que no. Apenas quedan verdaderos creyentes en la palabra de Cristo. Muchos dicen serlo, pero en cuanto se dan la vuelta se... hum... se refocilan en los brazos del pecado. No importa si usted no cree. Seguro que echa de menos el mundo que nunca conoció, cuando uno podía salir a la calle sin temor a que lo atropellara un automóvil, ¿verdad? Cuando los bosques eran verdes, el vecino cuidaba al vecino, la madres criaban a sus hijos y los hombres hacían la guerra de manera honorable.

Una parte del cerebro de Luz, como ya le había ocurrido otras veces en aquellos últimos y enloquecidos días, había empezado a funcionar de forma autónoma una vez superada la impresión inicial. Esa parte era la que aún no había entrado en pánico y la que tuvo la suficiente sangre fría como para permanecer en silencio.

—Nosotros cuidamos de todo ello, señorita. Procuramos conducir a la humanidad de regreso al paraíso de donde nunca debió de haber salido. Es un camino largo y tortuoso, y tendremos que pagar la penitencia por todos nuestros pecados, desde el que cometieron Adán y Eva hasta la perversidad infinita de la depravación y la pornografía. Pero lo haremos, porque es voluntad de Dios, y lucharemos contra ellos, que nos quieren empujar al abismo; lucharemos sin descanso, hasta nuestro último aliento. Cambiaremos el mundo, sí, y lo cambiaremos nosotros, como nosotros sabemos que debe ser, como siempre se ha hecho. Yo no soy el único, como habrá podido imaginarse, aunque sí el más antiguo, y probablemente el más poderoso. Ahora estoy aquí, en su ciudad, porque las circunstancias lo requieren, y mañana estaré quizá en otro lugar. Y así me veo: solo, viejo, enfermo y, a pesar de ello, sin ceder ni un ápice en la batalla.

El hombre-montaña profirió un sonido gutural espeluznante al intentar aspirar una bocanada de aire. Incluso el mayordomo, que hasta entonces había permanecido en un segundo plano, pareció alarmarse y se acercó a él.

—¿Desea el señor descansar?

—¡No! —rugió la montaña—. Solo necesito un momento.

Siguió el borboteo de una cañería al explotar. La mole de carne se

tambaleó hacia un lado y Luz vio, con una mezcla de repulsión y fascinación, un torrente de líquido surgir de la boca y las fosas nasales y caer con un tintineo en un recipiente metálico del tamaño de una bañera dispuesto junto al sillón. Sin embargo, la anatomía deforme de aquel hombre le impedía apuntar con éxito a un objetivo tan lejano, y gran parte de aquellos fluidos acabaron en el suelo, en sus ropas, entre los pliegues de sus papadas.

Maximilian Maria Joseph Karl Gabriel chasqueó una lengua enorme y amoratada dentro de la boca, y aquello fue lo más asqueroso, con diferencia, que Luz había visto en su vida. Trató de imaginar que en realidad estaba en la guarida de Jabba el Hutt en Tatooine para conservar el dominio de sí misma. No era una comparación demasiado insensata.

—Ya ve, señorita —dijo Jabba el Hutt a continuación— que no exagero cuando digo que estoy enfermo. Aunque eso no importa. Lo que importa ahora es... hum... usted ya sabe. La profecía. Yo no creo en esas tonterías. Es impropio de un buen cristiano. Pero esta es diferente. Estamos hablando de san Malaquías. Es una profecía auténtica, un... hum... bueno, un milagro. Y usted es la elegida. Nació el día señalado, y sus ojos... hum... sus ojos no engañan. Sin duda es usted la persona de la que hablaba el santo. Así que, dígame, hija mía, ¿ha hecho usted ya su elección?

El silencio, solo roto por la respiración trabajosa del hombre-montaña, volvió a adueñarse de la estancia. Luz tragó saliva.

—No —dijo con un hilo de voz—. No sé qué tengo que elegir.

—Es muy sencillo, señorita. Tiene que elegir entre ellos o nosotros. Entre la oscuridad y la luz. Entre el infierno y el paraíso.

Luz negó con la cabeza.

—Claro. Lo entiendo. Está confusa. Intentaron embaucarla para que los eligiera a ellos, ¿no es así? Ocultarle parte de la verdad para que, llegado el momento, les dejara el camino libre hasta la perdición. Siempre con sus mentiras y sus ardides. Siempre hablando con la lengua de la serpiente. Pero esta será la última vez que traten de conducirnos a la anarquía y al caos. Usted se encargará, ¿verdad, querida?

La chica parpadeó y tragó saliva. ¿Qué se responde a una pregunta como esa? El hombre-montaña pareció percibir su turbación y sonrió de un modo siniestro, con la boca hundida, aún manchada de vómito y restos de comida entre los pliegues de carne.

—No importa, señorita. Yo sé que lo hará. Lo hará porque es la voluntad



de Dios, aunque usted tal vez prefiera llamarlo destino. Nadie puede eludir su destino. Hará su elección y, si se niega, nosotros... hum... nosotros la obligaremos.

## 16. El carcelero

El señor Maximilian Maria Joseph Karl Gabriel, al parecer, empezó a sentirse indispuerto de nuevo. Giró la cabeza colosal hacia el mayordomo y dijo:

—Fermín, ¿has encontrado a ese enojoso vástago mío?

—Sí, señor —se apresuró a contestar el tal Fermín—. Está esperando sus instrucciones.

—Hazlo pasar, vamos. Necesito descansar, *perrro* antes debemos dejar este asunto encauzado.

El mayordomo inclinó la cabeza y salió por otra puerta situada en la penumbra del fondo de la habitación. Luz se quedó a solas con Jabba el Hutt.

—Los hijos pueden ser una bendición del cielo —dijo la mole—, pero también una maldición cuando las fuerzas oscuras se confabulan contra un padre que solo quiere que el único hijo que la providencia le ha permitido engendrar siga sus... hum... pasos al frente de una tarea tan *glorrriosa* como ingrata. ¿No le parece, señorita?

Luz no tenía ni la más remota idea de a qué se refería. Por suerte, no necesitó improvisar ninguna mentira, porque la puerta del fondo volvió a abrirse y Fermín, el mayordomo, entró en la habitación. Venía acompañado de otra persona a quien Luz no pudo ver bien en la oscuridad.

—Ah, estás aquí —dijo don Maximilian, dirigiéndose al recién llegado—. Mira qué aspecto tienes. Te lo he dicho mil veces. ¡*Prrresencia!* ¡*Prrrestancia!* Recuerda quién eres y cuál es tu apellido.

—Sí, padre —dijo la sombra agachando la cabeza.

—¿Dónde está tu madre?

—No lo sé, padre. Creo que aún duerme.

—Ah, esa perezosa indolente... Siempre sospeché que ibas a heredar todas sus debilidades y ninguna de mis fortalezas. Aún no comprendo por qué fue voluntad de Dios que quedase encinta precisamente ella de entre todas las afortunadas... Hum... ¡Sin embargo es tu madre! Debes venerarla y respetarla porque es un designio divino, pero también ocuparte de ella si no sale de la cama antes de las once.

—Sí, padre.

Hubo un silencio incómodo. Luz no veía el momento de largarse de allí.

—Hueles a alcohol. —Don Maximilian miró a su hijo como si fuera una mofeta que se hubiera colado en el garaje—. ¿Has estado bebiendo?

—Yo, padre...

—Dime, ¿has estado bebiendo o no?

—Claro que no, padre.

Don Maximilian estalló y su voz cavernosa atronó la estancia.

—¿Entonces qué hacías en la calle de madrugada? ¡Vamos, habla!

—Yo... la buscaba a ella... —El muchacho estaba acogotado. Apenas le salía la voz—. Sabía que la estabais buscando, padre, y quise ayudar a...

—¡Mentirrra! ¡Basta de mentirrras! Estabas otra vez de farra con esos que llamas amigos. ¿Verdad?

—Yo...

—¡Quiero la verdad!

El chico agachó la cabeza.

—Sí, padre, he estado bebiendo. —Don Maximilian lo miró con infinito desprecio. —Pero la encontré, padre —se atrevió a añadir el chico—, la encontré para ti. ¿No es cierto? Tal vez fuera voluntad de Dios que yo estuviera...

—¡No te atrevas a interpretar la voluntad de Dios, blasfemo! —rugió don Maximilian—. ¡No justifiques tu comportamiento imperdonable utilizando el nombre de Dios en vano!

Se hizo otro tenso silencio. Luz había empezado a sentir lástima por aquel muchacho, el hijo del monstruo, aunque una horrible sospecha empezaba a abrirse paso en su mente: había creído reconocer aquella voz a pesar de que hablaba estragada por el miedo.

—Está bien. —Don Maximilian fingía hacer un esfuerzo por calmarse. Sus arranques de ira recordaban, cuando llevabas un rato escuchándolo, a la interpretación de un actor sobreactuado—. Te voy a dar otra oportunidad de

demostrar si eres digno de llevar mi apellido. Pero será la última.

—Lo haré lo mejor que pueda, padre.

—Llevarás a esta joven a sus aposentos. —Don Maximilian señaló a Luz con la cabeza—. Sabes lo importante que es para nosotros. Y velarás porque no le falte de nada y porque tome las decisiones correctas. ¿Me has comprendido?

—Sí, padre.

—Ahora podéis retiraros. Todos.

El chico se separó del mayordomo y se acercó a Luz. Cuando estuvo a pocos metros, ella pudo por fin distinguir sus facciones en la penumbra. Estaba pálido y ojeroso, como alguien que ha pasado la noche en vela, primero de juerga con sus amigos a escondidas de su padre y luego como delator. Se lo imaginó cruzando la ciudad de madrugada para llegar hasta aquella mansión aislada del tiempo y del mundo. Se lo imaginó dando la voz de alarma, tratando de que lo tomaran en serio. «La he encontrado, la he encontrado», habría dicho. «He encontrado a la chica que buscáis, la elegida de la profecía. Esa que hasta ayer mismo solo era una pringada del instituto a la que me gustaba humillar y que ahora entre todos habéis decidido encumbrar a la primera división mitológica. Estaba en el parque de Cea Bermúdez, y vengo corriendo para ganar puntos contigo, padre, ya que tanto me desprecias».

Sí, a Luz no le costó ningún esfuerzo imaginar la escena, porque reconoció al instante al hijo de don Maximilian: el pelo rubio y engominado, los ojos azules, el mohín de desprecio en la boca. Se trataba, por supuesto, de Ernesto Velasco.

\* \* \*

Ernesto la condujo por los pasillos de la mansión con la seguridad del que se encuentra en su propia casa. Nada más abandonar la habitación de su padre había recuperado el porte chulesco que lo caracterizaba y, sin mediar palabra, se había puesto en camino.

Luz iba tras él con un torbellino de pensamientos zumbándole en el cerebro. Fermín, el mayordomo, los seguía a una distancia prudente, quizá para evitar a Luz la tentación de intentar escapar o quizá para vigilar a Ernesto.

El silencio se hizo abrumador. Luz no podía olvidar la lástima que Ernesto le había inspirado en presencia de su desmedido padre. El día

anterior no hubiera podido construir una frase donde aparecieran juntas las palabras «Ernesto» y «lástima», pero ahora, poco a poco, fue haciéndose una idea de la situación, imaginando cómo podría ser la vida en aquella mansión, cómo se sentiría alguien subyugado por aquel padre.

—Tu apellido es Velasco —dijo Luz, como si acabara de ocurrírsele.

Ernesto se detuvo de pronto y Luz hizo lo mismo detrás de él. El muchacho giró sobre sus pies. Tenía los labios apretados. Levantó un dedo amenazador que tal vez quería decir «eso no es asunto tuyo».

—Es el apellido de mi madre —dijo, en cambio, como si eso lo explicase todo. Luego dio media vuelta y continuó andando.

Fermín los seguía a pocos pasos, observando y escuchando sin mostrar demasiado interés en disimularlo. Tal vez fue por eso, o por las innumerables veces que Ernesto le había hecho la vida imposible en el instituto, que Luz preguntó con cierta malicia:

—¿Y cómo es que va a recogerte ella? ¿No tienes un chófer o algo parecido?

Ernesto tardó un instante en responder, como si necesitara sopesar la respuesta o no quisiera hacerlo. Esta vez habló sin detenerse ni dignarse a volver la cabeza hacia Luz:

—A ella le gusta hacerlo en persona.

—No me extraña —dijo Luz—. Si yo tuviera que vivir aquí también buscaría cualquier excusa para largarme a la menor oportunidad.

Ahora Ernesto sí se dio la vuelta y la miró con la expresión desorientada de un niño que trata de resolver un rompecabezas demasiado complejo para sus habilidades. Luz se dio cuenta de que lo que había dicho podía sonar condescendiente, o incluso compasivo, aunque esa no había sido su intención. ¿O sí lo había sido?

Enseguida el rostro de Ernesto volvió a componer la habitual mueca de desprecio con la que se paseaba por el mundo.

—Y tú qué sabrás —dijo antes de continuar.

Llegaron ante una puerta modesta (o todo lo modesta que podía ser una puerta en aquel lugar, lo que significaba que tenía al menos doscientos años, tres metros de altura e incontables adornos dorados por toda la superficie). Ernesto sacó un manajo de vetustas llaves del bolsillo y probó varias en la cerradura hasta que acertó con la correcta. Abrió la puerta e indicó a Luz que pasara con un gesto de la cabeza. Por algún motivo que a la chica se le

escapó, Ernesto esquivó su mirada.

Fermín se acercó silencioso como un felino, pero Ernesto lo enfrentó en el umbral y le dijo:

—Me ocuparé de esto yo solo. Puedes correr a decírselo a mi padre.

Y le cerró la puerta en las narices.

El lugar olía a polvo y a naftalina, como el resto de la casa, y estaba en penumbra. Era una habitación grande como un campo de tenis, presidida por una cama con dosel y decorada con cortinas de terciopelo, chimenea y lavamanos. A pesar del lujo decrépito, era evidente que se trataba de una jaula de oro: la ventana de postigos cerrados parecía trabada y daba la impresión de no haberse abierto en años y la única puerta resultaba tan maciza como para resistir el envite de un ejército bien pertrechado.

Pensó con una punzada de pánico que estaba encerrada con Ernesto Velasco en una habitación de un lugar desconocido y que no había nadie que pudiera ayudarla o, llegado el caso, oír sus gritos en varios kilómetros a la redonda. El chico dio dos vueltas a la cerradura y se guardó la llave en el bolsillo de los tejanos. Luego levantó la vista, y esta vez sí la miró a los ojos. Luz se cubrió el rostro con el pelo instintivamente.

—Escucha, bicho raro —gruñó Ernesto—. Me importa una mierda qué basura le has metido en la cabeza al viejo. No tengo ni idea de lo que le has contado ni de lo que él cree que eres. Yo sé lo que eres. Nada más que un pedazo de mierda de perro en la suela del zapato. Nada más que eso.

Luz no dijo nada, aunque había retrocedido hasta el otro extremo de la habitación. El antiguo temor había regresado o nunca se había ido. Le temblaban las manos y se había puesto muy pálida.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —se envalentonó Ernesto dando un paso hacia ella, con su mejor sonrisa de macarra sádico—. No veo por aquí a tu amiga la marimacho, ni al otro pringado maloliente. Aquí solo estamos los dos. ¿Eh? ¿Qué vas a hacer?

—No puedes tocarme. —La voz de Luz sonó menos convincente de lo que le hubiera gustado—. Tu padre dijo que cuidarás de que...

Ernesto la interrumpió:

—Hago muchas cosas sin que el viejo se entere.

La espalda de Luz había llegado hasta la pared. No podía seguir retrocediendo. Y entonces algo volvió a chasquear en su cerebro. Pudo ver a través de Ernesto como si fuera de cristal, con la lucidez de las epifanías. Casi

pudo leer capítulo a capítulo la historia de su vida, el padre tiránico que lo rechazaba, la madre de conveniencia que lo ignoraba, los esbirros que lo despreciaban. Comprendió que Ernesto era una persona que paseaba a diario al borde del precipicio y que eso lo volvía vulnerable. Vulnerable y peligroso.

Y ella también estaba al borde de un precipicio. También era vulnerable. También era peligrosa.

Y estaba muy, muy cabreada.

—¿Por qué coño vas a un instituto público? —le espetó.

Fue más eficaz que un bofetón. Ernesto sacudió la cabeza como si, en efecto, hubiera recibido un golpe en la cara.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Por qué vas a un instituto público? —repitió Luz—. ¿Por qué ir a un vulgar instituto de Chamberí si tu padre puede pagarte la mejor escuela privada de la ciudad? ¿Es otra de sus formas de castigarte porque no estás a la altura de lo que él espera?

Luz sabía que el estado de perplejidad del muchacho no duraría mucho y que, cuando se repusiera, su nivel de bravuconería subiría varios puntos hasta volverse quizá alarmante. Dio un paso hacia él, consciente de que estaba tensando la cuerda en exceso, pero sentía en las tripas que eso era lo que debía hacer.

—Escúchame tú ahora, *bicho raro* —le dijo sin compasión—. A mí sí que me importa una mierda la basura que tu padre tenga en la cabeza. No tengo ni idea de lo que le has contado ni de lo que él cree que eres. Yo sé lo que eres. Nada más que un tipo que va de gallito por la vida pero que en realidad mendiga un poco de afecto del cabrón de su padre que siempre lo ha despreciado. Nada más que eso.

Ernesto levantó el puño derecho, grande como un mazo, tan apretado que los nudillos se le habían puesto blancos.

—No creo que vayas a pegarme —dijo Luz, intentando no arredrarse e implorando en silencio para no estar equivocada. Miró el puño levantado a la altura de su cara—. En realidad no creo que quieras hacerlo, aunque la rabia te corroe por dentro. Sé lo que te ocurre. Tu padre es un capullo y a la vez no deja de ser tu padre. Lo entiendo. A mí también me pasa. Mi padre es un capullo casi tan grande como el tuyo. No importa lo que hagas, por lo visto para él nunca es suficiente. Nunca eres lo bastante bueno como para merecer su atención, a parte de llevarte una bronca cuando a él le apetece. Es a él a

quien te gustaría pegar. Te gustaría golpearlo hasta romperte los huesos de la mano, y al mismo tiempo no quieres hacerlo.

El puño seguía levantado. El rostro de Ernesto se crispó en una mueca indescifrable. Luz estaba lanzada:

—Te despiertas a veces en mitad de la noche y comprendes que has soñado con partirle la cara o con que te marchabas de casa dando un portazo y lo dejabas plantado suplicándote que volvieras y lo perdonaras. Te despiertas con las sábanas empapadas en sudor y un nudo en la garganta porque el sueño ha sido tan vívido que parecía real, y aunque el sueño se desvanece todavía tienes la sensación de que lo has hecho, de que has dicho lo que tenías que decir y te has largado, de que le has hecho daño a propósito y eso te ha hecho sentir bien y al mismo tiempo miserable, y el nudo de tu garganta se aprieta más todavía. Lo sé. Sé lo que es eso. Te comprendo mejor de lo que crees. Tú y yo no somos tan distintos.

Ernesto continuó con el puño en alto pero Luz percibió claramente como sus músculos se relajaban, sus ojos se humedecían y su mentón temblaba. Por un momento hasta pareció que iba a echarse a llorar allí mismo, y para manejar eso sí que no estaba preparada. No fue así. Demasiados años interpretando el papel de tipo duro.

El chico bajó el brazo y dio media vuelta con torpeza, dando la impresión de ser un gigante que ha crecido demasiado rápido como para coordinar sus extremidades con precisión. Sacó las llaves con movimientos atolondrados y tardó un rato en atinar en la cerradura. Consiguió abrir y salió de la habitación sin volver la vista atrás. La cerradura chirrió al cerrarse desde fuera.

Luz se permitió un prolongado suspiro de alivio y se dejó caer en un sillón de terciopelo rojo que levantó una nube de polvo alrededor. Con un gesto instintivo, se llevó la mano al pelo para apartárselo de la cara y se dio cuenta de que ya lo tenía echado hacia atrás, de que todo este tiempo se había enfrentado a Ernesto con el ojo albino descubierto.



## 17. Geolocalización

Después de confirmar que tanto la ventana como la puerta estaban cerradas a cal y canto y que aquella habitación era una jaula polvorienta, Luz hizo lo único que podía hacer: detenerse a pensar en la profecía y en lo que, al parecer, esperaban que hiciera. «La elegida levantará la mano y hará su elección. Entonces el trueno retumbará, fulminando al señor de las tinieblas». Esas eran las palabras. Quizá fuera la forma de terminar con aquella pesadilla: levantar la mano y confiar en que los cielos se abrieran y los fulminasen a todos.

Suspiró una vez más y se trasladó del sillón a la cama. Allí se recostó sobre la colcha sin quitarse la ropa, preguntándose si lograría dormir un rato. Para su sorpresa, sus ojos se cerraron casi al instante. La despertó, cinco minutos o cinco horas más tarde, un repiqueteo de pájaro carpintero en la ventana. Sacudió la cabeza, aún inmersa en el confuso oleaje del duermevela, y volvió a oír que algo chasqueaba contra los cristales.

Se asomó y casi le dio un vuelco el corazón. Allí abajo estaban Fani y Tom, en el jardín donde antes le habían servido el desayuno, lanzando piedrecitas hacia su ventana para llamar su atención. Por un momento Luz pensó que seguía en la cama, soñando que sus amigos acudían a rescatarla como el Séptimo de Caballería. Sin embargo estaba despierta, de eso no había duda porque las manos desolladas le escocían como si acabara de meterlas en un horno encendido, y Fani y Tom estaban en el jardín, parapetados tras un seto, el chico revolviendo en su mochila y sacando una pequeña caja de plástico con algunos cables colgando que recordaba a una araña muerta, levantándola para que Luz pudiera verla.

Entonces lo recordó: el geolocalizador. La habían encontrado gracias al

geolocalizador casero que Tom le había regalado. Se palpó la cazadora y notó el bulto apenas perceptible de la cajita en el bolsillo interior.

Dejando atrás el estupor, trató de hacerles entender por señas que se había entregado voluntariamente y que debían marcharse, pero ellos no dieron muestras de comprender sus manotazos al aire ni sus gesticulaciones. Parecía evidente, además, que no habían llegado hasta allí para dar media vuelta. Luz intentó abrir la ventana. Aunque accionó la manilla herrumbrosa y la zarandeó con todas sus fuerzas, la hoja de la ventana no cedió ni un milímetro.

Hizo gestos de nuevo a sus amigos, señalando la ventana. Fani no debió entenderla, porque movía los brazos hacia sí misma como invitándola a bajar de una vez al mismo tiempo que lanzaba miradas nerviosas a todos lados, sin duda preocupada por si los descubrían. Tom le dijo algo al oído y Fani dejó de sacudir los brazos. Los dos intercambiaron algunas palabras. La chica meneó la cabeza y se llevó el dedo índice a la sien, como diciéndole al otro que estaba loco. Él asintió y comenzó a pasear la mirada por un parterre cercano, hasta que pareció encontrar lo que buscaba. Se agachó y recogió algo del suelo. Su cuerpo se interponía e impedía a Luz ver de qué se trataba. El chico se acercó a Fani, señaló a la ventana y le traspasó el misterioso objeto.

Luz pudo por fin distinguir lo que Fani sostenía en la mano: un canto rodado del tamaño de una naranja. Comprendió al punto lo que sus amigos se proponían. Tom seguía asintiendo. Señaló a la ventana. Fani miró a Luz y se encogió de hombros. Luz negó con la cabeza. El ruido iba a ser ensordecedor.

Fani echó el cuerpo hacia atrás, como un lanzador de peso en una competición olímpica. Luz se apartó de la ventana. Un instante después, el proyectil, con demoledora puntería, atravesó el cristal y lo hizo añicos con un estruendo de mil demonios.

Luz miró hacia la puerta. ¿Habría ordenado don Maximilian que alguien se quedase de guardia en el pasillo para vigilar la habitación? En cualquier caso, el ruido debía de haberse oído en todo el edificio. Cicatrices entraría de un momento a otro y descubriría lo que estaba sucediendo, y entonces atraparían a sus amigos y a ella le darían una lección, quizá en forma de charla edificante en los aromáticos aposentos privados del hombre-montaña.

El pomo de la puerta se movió como en una pesadilla. Alguien estaba a punto de entrar.

No había tiempo para pensar. Tenía que sacara a Fani y Tom de allí antes de que los atraparan a ellos también. Luz se lanzó hacia la ventana y se coló por el boquete. Una esquirla de cristal le hizo un corte en el hombro, seccionando la ropa y la piel con la misma facilidad. Compuso un gesto de dolor pero no se detuvo. Escuchó la puerta abrirse de golpe. Solo disponía de un instante. Se acuclilló en el alféizar. Calculó en una fracción de segundo las posibilidades que tenía de saltar sin romperse una pierna. Había una caída de tres o cuatro metros. El césped estaba alto. Tal vez amortiguaría el impacto, o tal vez no.

Ya está, se dijo. Este es el momento en el que te golpeas en la cabeza al caer y todo se acaba. Fin de la función. Fundido a negro.

Miró de reojo detrás de ella. Algo se movió en la habitación, un fugaz vuelo de ropa oscura que no logró identificar. Alguien se acercaba. Sin más contemplaciones, se impulsó hacia delante y saltó.

Sintió un vértigo gélido en el estómago, pero solo duró un instante. Impactó contra el suelo y se encogió sobre sí misma. Un crujido le taladró el tobillo derecho y se extendió como un latigazo por toda la pierna hasta la cintura. Rodó hacia un lado, sin percatarse de que tenía los dientes apretados. Entrevió un rostro pálido, surcado de marcas, asomarse a la ventana rota. Enseguida desapareció, porque una lluvia de piedras voló hasta allí procedente de un arbusto cercano.

Se puso en pie y se dirigió al arbusto cojeando. El tobillo le dolía tanto que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar. Fani y Tom dejaron de tirar piedras a la ventana y aparecieron por entre los setos.

—No hay tiempo para saludos —dijo su amiga—. ¡Larguémonos!

—Creo que me he roto el tobillo —gimió Luz.

Fani dudó un instante. Luego se pasó el brazo derecho de Luz sobre los hombros.

—Yo seré tu pierna. ¡Vamos!

Corrieron por el jardín todo lo rápido que el maltrecho tobillo de Luz les permitía. Empezaron a oír voces de alguien que impartía órdenes en un idioma gutural y sobrecogedor, y luego ladridos nerviosos de perros. Los estaban persiguiendo y ellos huían despacio, demasiado despacio.

Con el dolor recorriéndole la pierna como un clavo candente, Luz hizo de tripas corazón y apoyó ligeramente el pie derecho, lo suficiente como para no tener que avanzar a saltos. Renqueando de ese modo llegaron hasta un

desportillado muro de ladrillos que recorría el perímetro de la propiedad. El muro estaba coronado por tres hileras de alambre de espino como el que uno esperaba encontrar en el patio de una prisión, pero en aquel punto alguien había cortado el alambre y había despejado una zona para poder saltar la tapia. Tom recogió unos alicates rojos del suelo y se los guardó en un bolsillo trasero de los pantalones.

—Si se los pierdo, mi hermano me arranca las orejas —dijo.

—¡Arriba! —gritó Fani—. ¡Vamos, arriba!

Soltó a Luz y entrelazó los dedos de las manos, componiendo un escalón improvisado. Tom colocó un pie en él y se encaramó a lo alto del muro. Las voces sonaban más próximas.

—Ahora tú —dijo Fani.

—No puedo.

—Claro que puedes. ¡Sube!

Luz encajó el pie sano entre las manos de Fani. Luego sintió el impulso que ella le confería y alcanzó la parte superior del muro. Se sentó a horcajadas y tendió una mano a su amiga. Tom hizo lo mismo. Figuras achaparradas aparecieron entre los arbustos. Luz las intuyó, más que verlas: perros de guarda que se acercaban zigzagueando a una velocidad endiablada. Fani asió las manos tendidas y apoyó un pie en una junta entre los ladrillos del muro. Trató de subir pero resbaló. Los perros se les echaban encima, manchas oscuras y doradas, tal vez dobermans o pastores alemanes, que surcaban el jardín como misiles atraídos por un imán.

Fani volvió a asirse de las manos de sus amigos, desesperada. Tiraron de ella mientras se impulsaba con los pies. Luz pensó que iban a caerse al césped, irremediablemente arrastrados por el peso de Fani. Sin embargo, de algún modo consiguieron mantener el equilibrio. Fani llegó arriba justo cuando tres perros se abalanzaban sobre ella. Los dejó ladrando enloquecidos, mirando hacia los fugitivos con sus colmillos amarillentos al aire.

Tom y Fani se dejaron caer del otro lado antes de que llegaran los hombres de don Maximilian. Luz tuvo que hacerlo con más cuidado: no podía aterrizar sobre su tobillo maltrecho. Se descolgó pegada a la pared, manteniéndose agarrada a la parte superior del muro, hasta que sus amigos pudieron sostenerla y bajarla a la acera con suavidad.

Entonces escucharon con toda claridad las voces al otro lado, gritos

airados que hablaban en aquel idioma extraño y que sin duda se referían a ellos. La caza no había terminado.

Se alejaron unos pasos. En aquel barrio de jardines particulares y calles sinuosas no había ningún lugar donde esconderse, ninguna cafetería donde guarecerse, ningún centro comercial donde pasar desapercibidos. Ni siquiera había gente en las aceras entre la que intentar confundirse. Al parecer, allí todos vivían de puertas adentro, recelosos del mundo exterior.

Luz supo que estaban perdidos e iba a decirlo en voz alta cuando Tom montó sobre una oxidada Orbea de paseo que descansaba apoyada en una farola. Un poco más allá, Fani hizo lo mismo con una bicicleta de carreras de manillar curvo y formas estilizadas. Luz abrió mucho los ojos.

—¿De dónde las habéis sacado?

—Las hemos cogido prestadas —explicó Tom—. No se puede venir a un rescate sin un vehículo apropiado. ¡Pero pensamos devolverlas!

Fani señaló el tubo central del cuadro de su bicicleta.

—Menos cháchara y súbete aquí —dijo.

—¿Ahí? ¿Ese trasto aguantará?

—¿Trasto? Guapa, esta preciosidad es una auténtica Raleigh del 78 con cuadro de aleación de cromo y acero. Por supuesto que aguantará. Sube de una vez.

Luz se encaramó como pudo al tubo central, descolgando las piernas por un lado como una amazona anacrónica, y en esa incómoda postura se alejaron de allí. Por suerte, las calles del barrio tenían una leve pendiente hacia abajo que les hizo ganar velocidad muy deprisa. En unos minutos habían desembocado en la Avenida de Burgos y se dirigían a toda pastilla hacia Chamartín. La carretera estaba atestada por automóviles con sus ruidos humeantes. Algunos conductores tocaban el claxon y adelantaban a las bicicletas con urgencia, como si llegasen tarde a algún lugar. A Luz le pareció reconfortante volver a sentir aquella sucia y ruidosa humanidad alrededor.

Se detuvieron en una calle secundaria, junto a una nave industrial que tenía la puerta abierta. Dejaron las bicicletas cerca de la entrada. Había otras en el interior, y también ciclomotores desvencijados y restos irreconocibles de maquinaria, como si aquello fuera un depósito de cadáveres de artilugios de dos ruedas. Tras devolver los vehículos, se alejaron caminando antes de que algún empleado del taller los viera, sin dejar de lanzar miradas furtivas a

todas partes. Aún no se sentían seguros.

Cuando pusieron un centenar de metros entre el taller y ellos, Fani le explicó a Luz:

—Mangamos las bicis cuando vimos en el GPS que estabas en La Moraleja. Ese chisme de Tom funciona de maravilla.

Tom extrajo lo que parecía una caja de zapatos de la mochila. El aparato tenía una antena extensible y un display digital donde se iluminaban unos números compuestos con segmentos de color rojo.

—Aquí aparecen las coordenadas de tu localizador —dijo—. Solo hemos necesitado este receptor y un mapa. El receptor me lo han prestado unos colegas, porque el mío está en casa y, claro, no podía volver a por él.

—Unos auténticos frikis, sus colegas —dijo Fani, divertida—. No volveré a llamarte friki nunca más, Luz, después de conocer a los amigos de Tom. Visitarlos ha sido como entrar en la habitación del tipo aquel de *Juegos de guerra*. Pero déjame ver ese tobillo.

Luz se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Una punzada en el hombro le recordó que se había hecho un corte con el cristal de la ventana al saltar. Miró la mancha oscura en la cazadora y suspiró, resignada. Era su cazadora preferida. Fani le examinó el tobillo derecho con gesto experto. Lo giró hacia arriba, hacia abajo y hacia los lados, preguntando a su amiga si le dolía al hacer esos movimientos.

—No está roto, tranquila —dictaminó—. Solo es un esguince. En una semana estarás como nueva. Mientras tanto, hielo y reposo.

—¿Reposo?

—Ajá. Y hielo.

Luz sonrió, a su pesar. Allí estaban otra vez los tres, tirados en mitad de la calle, sucios, heridos, sin dinero, sin comida, sin ningún sitio a dónde ir, y su amiga le aconsejaba que se pusiera hielo en el tobillo y que guardara reposo.

—Escuchad —dijo—. No es que no os lo agradezca, pero no deberíais haber ido a buscarme. Esos tipos están locos. No van a parar hasta...

—Ah, ¿no te lo habíamos dicho? —la interrumpió Fani—. Tenemos un plan. Incluso Tom está de acuerdo. A veces es capaz de reconocer que es un cabezota. Resulta que la madre de uno de sus colegas pirados es policía. Inspectora. Una de las primeras del país.

—Mi amigo Miyazaki dice que siempre lo ha tenido un poco chungo por

lo de ser mujer y eso —explicó el muchacho—, pero que ha sabido hacerse valer dentro de la policía y que es una tía íntegra. Así que he pensado que podemos acudir a ella con ciertas garantías de que no nos delatará a los malos. Trabaja en la comisaría de San Blas.

Luz los miró incrédula. Estuvo a punto de preguntar: «¿Miyazaki? ¿En serio? ¿Quién demonios es ese colega tuyo?». Pero Fani y Tom le estaban devolviendo la mirada jadeantes y sonrientes. Se les veía agotados y felices. La chica meneó la cabeza y también sonrió. La habían localizado en una ciudad de cuatro millones de habitantes. Habían allanado una propiedad privada y burlado la vigilancia de un puñado de matones profesionales para sacarla de su cautiverio. Habían vuelto a exponerse a peligros desconocidos sin otro propósito que echarle una mano. En ese momento, tuvo una intuición repentina: acababa de encontrar algo que sin duda los viejos temían. Esa clase de lealtad, de solidaridad de grupo, de fraternidad tribal, era algo que aquellos carcamales no podían comprender, ni controlar, ni comprar con todo su dinero y su poder. Y, por eso mismo, era algo a lo que temían, algo más fuerte que ellos, más resistente, más antiguo.

Era su talón de Aquiles.

¿Había dado con la respuesta? Sonaba demasiado bien para ser cierto.

De pronto, su ojo albino registró un todoterreno gris aparcado en el extremo de la calle. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero distinguió a alguien al volante. Luz alcanzó a ver como la silueta alargaba la mano hacia el salpicadero y se acercaba algo a la boca.

—Es uno de ellos —dijo incorporándose y señalando al coche.

—¿Quién?

—Allí —señaló—. Está llamando por radio a los otros. ¡Vamos!

Se lanzaron a correr en dirección contraria. El tobillo le dolía algo menos, pero apenas podía apoyarlo en el suelo, de modo que avanzaron muy despacio. Giraron una esquina para perder de vista al todoterreno. Otro vehículo, un deportivo rojo, apareció de improviso por una bocacalle, cerrándoles el paso. Frenó con un chirrido y Fani estuvo a punto de estrellarse contra la portezuela trasera. Del asiento del conductor se apeó un joven fornido, con la engominada cabellera rubia algo despeinada.

—¿Qué hace este tipo aquí? —gruñó Fani.

Ernesto Velasco daba la impresión de estar nervioso. Tal vez no esperaba encontrarse tan cerca de los fugitivos cuando decidió participar en la

búsqueda, o cuando lo obligaron. Tal vez no imaginó que Luz no estaría sola. En cualquier caso, tampoco parecía muy contento de volver a ver a Fani.

—Es inútil que intentéis escapar —dijo mirando a Luz—. Os encontrarán tarde o temprano. El viejo está muy alterado.

Fani se abalanzó sobre él con los puños en alto.

—¡Pues a ti te encontrarán con un ojo morado, hijo de...!

—¡Espera! —gritó Luz. Fani se detuvo en pleno ataque. Tom jadeaba a su espalda, mirando a Ernesto con una expresión a medio camino entre el odio y el pavor—. Espera. Ernesto, tu coche. Llévanos al centro, lejos de aquí.

Para sorpresa de Fani y Tom, el muchacho no se negó al principio, ni se burló de la idea con grandes risotadas. Al contrario, pareció sopesarlo en serio.

—Imposible —dijo al fin—. El coche es del viejo. Lo localizarían enseguida. Seguro que tiene instalado uno de esos chismes. No sabes cómo es.

Fani y Tom apenas podían creer lo que Luz hizo a continuación. Se acercó a Ernesto, le tomó la mano derecha y se la apretó.

—Entonces haz como que no nos has visto.

El chico miró la mano de Luz que apretaba la suya. Parecía muy pequeña en comparación, pero también muy firme. Si aquel contacto lo incomodaba, lo disimuló bien.

—Nadie te lo agradecerá si nos entregas —insistió Luz—. Nunca serás lo bastante bueno para él. Lo sabes. En cambio, si nos dejas ir, le darás donde más le duele.

El chico levantó la vista. Tenía los ojos enrojecidos, tal vez por la falta de sueño o tal vez no. Daba la impresión de ser incapaz de tomar una decisión, como si dos ejércitos demasiado equilibrados estuvieran en pleno combate dentro de su cabeza.

Luz soltó su mano y retrocedió lentamente.

—Vámonos —dijo a los otros.

Volvieron a correr, o a renquear, alejándose de Ernesto, que los miraba sin hacer ningún movimiento. Luz casi no podía apoyar el pie y Fani tiraba de ella. Apenas se habían alejado veinte metros cuando tropezaron con una baldosa rota y cayeron rodando por el suelo. El todoterreno oscuro que habían visto antes apareció por detrás del coche de Ernesto mientras se



incorporaban. El chico continuaba paralizado junto a su deportivo. Intentaron no mirar hacia allá y concentrarse en seguir adelante. Se encontraban en una calle estrecha y solitaria, rodeada de naves industriales destartadas y descampados de vallas oxidadas, en algún punto cerca de la M-30. Tal vez alguna nave tuviera la puerta abierta y pudieran esconderse dentro antes de que...

Otros dos vehículos aparecieron delante de ellos, derrapando hasta detenerse a poca distancia. Los tres amigos miraron alrededor. No había ningún lugar a dónde huir. Varios hombres vestidos con traje oscuro, corbata y sombrero se apearon de los coches. Los chicos se detuvieron, sabiéndose atrapados.

Uno de los hombres, el que parecía el cabecilla, pasó junto a Ernesto, que continuaba impávido en el mismo lugar, y le dedicó una mirada de desdén antes de seguir su camino. Se acercó a los tres amigos y se detuvo a pocos metros. Ladeó el cuello, primero hacia un lado, luego hacia el otro, como si desentumeciera los músculos después de una larga siesta. Metió la mano bajo su americana y extrajo muy despacio, recreándose, una pistola. Luego, con la otra mano, se quitó el sombrero que le oscurecía la cara. Su rostro era una máscara blanca surcada de cicatrices.

—El señor espera —dijo—. Quiere explicaros cómo tratamos nosotros a los niños traviesos.

## 18. Amistades improbables

Don Maximilian en persona había abandonado sus aposentos privados, algo que Luz suponía que no hacía a menudo, y los aguardaba en el recibidor de la mansión. Estaba recostado en un enorme diván que alguien había trasladado hasta allí, rodeado de varios hombres vestidos con trajes de corte antiguo que los hacían parecer los secuaces de John Dillinger.

Cicatrices, a punta de pistola, obligó a los tres amigos a salir del automóvil y a subir la escalinata que daba acceso al edificio. Fani y Tom se quedaron petrificados al ver, recortada entre las columnas de la entrada, aquella figura grotesca que apestaba a comida a medio digerir.

—Me alegro de que haya decidido regresar, señorita —dijo don Maximilian mirando a Luz con tono de burla—. Las calles ahí afuera no son seguras para usted, ya lo sabe. Le ruego una vez más que acepte mi... hum... hospitalidad.

Cicatrices se acercó a don Maximilian y susurró algo en su oído que nadie más pudo escuchar. El hombretón, al recibir la información, contrajo el rostro en una mueca que podía ser desagrado o algo peor, y tronó:

—¡Ernesto, ven aquí!

Todas las cabezas se volvieron hacia el camino de grava. Detrás de los todoterrenos, a una distancia prudente, Ernesto había aparcado el deportivo rojo y estaba tratando de escabullirse con discreción hacia una puerta lateral. Se detuvo en seco y, con el semblante crispado, regresó hacia la escalinata principal bajo el escrutinio de todas las miradas. Su intento de parecer digno y hasta amenazador fue tan evidente que Luz sintió una mezcla de lástima y vergüenza ajena. Aún no había subido la mitad de los peldaños cuando la voz de su padre lo detuvo en seco.

—¡Humíllate!

Ernesto palideció, pero trató de no temblar de miedo ni de rabia.

—¿Por qué, padre?

—¡Humíllate! —fue todo lo que repitió don Maximilian desde las alturas. Luego dejó que un silencio espeso se extendiera por el jardín, mientras todos aguardaban expectantes por ver cómo reaccionaba Ernesto.

—¿Por qué, padre? —volvió a preguntar al cabo de un rato, y esta vez su voz destilaba un resentimiento y un odio peligrosos.

—Lo sabes muy bien —respondió su padre con desprecio—. Te di otra oportunidad y volviste a fallar. Siempre me fallas. Eres una vergüenza para tu apellido.

Ernesto apretó los puños. Luz se percató de que estaba a punto de cruzar un punto de no retorno, aunque no sabía cuál: podía desmoronarse como un castillo de arena o bien correr escaleras arriba para triturar a puñetazos a la enorme mole. O quizá las dos cosas a la vez. Sin embargo, muy despacio, como venciendo una formidable resistencia, se arrodilló en el escalón donde se había detenido y agachó la cabeza en gesto de sumisión. Luz intuyó que no era la primera ocasión en que se veía sometido a ese ritual de vejación pública. Y fue ella la que no pudo contenerse más.

—Es usted un monstruo. —Su propia voz la sorprendió, no tanto por las palabras, sino por el tono frío, implacable, afilado como un machete de carnicero. Don Maximilian se volvió hacia ella, no furioso (todavía no), sino más bien desconcertado. Cicatrices se tensó visiblemente. Seguía sosteniendo la pistola en la mano—. Es usted la peor clase de monstruo que existe, de los que hacen daño por el placer de hacerlo.

—¿Eso cree, señorita? —dijo don Maximilian—. Su ignorancia es atrevida, como todas las ignorancias. Me parece que sabe usted muy poco sobre los verdaderos monstruos. Yo solo soy... hum... un proveedor de servicios. Usted tiene una obligación que cumplir, y yo le proporcionaré los medios para que así sea. Acéptelo: es conmovedora la devoción de sus amigos para con usted, y la de usted para con mi hijo, pero le daré un consejo: ocúpese de sus propios asuntos. —Escupió estas últimas palabras. Su voz se convirtió en un susurro gutural y peligroso—. No toleraré más estupideces propias de críos.

Miró a Cicatrices e hizo un gesto imperceptible con la cabeza. En ese instante, y sin mediar palabra, el esbirro se giró como una exhalación y

golpeó con el puño el estómago de Fani. La chica, tomada por sorpresa, dejó escapar todo el aire de los pulmones y se dobló sobre sí misma. Tom saltó hacia ella e impidió que rodase por la escalera hasta el camino de grava. Luz también se acercó corriendo. Incluso Ernesto hizo ademán de aproximarse, aunque se contuvo enseguida y permaneció en su posición reverente.

—¿Estás bien? ¡Fani, Fani! ¿Estás bien? —preguntó Luz a su amiga, que se había quedado sin respiración pero que ahora la recuperaba poco a poco. Fani asintió con la cabeza, aún sin poder hablar. Luz le puso un brazo por encima del hombro.

—Cumpliré con su tarea o sus amigos sufrirán las consecuencias. —La voz ominosa de don Maximilian resonó por todo el jardín—. Esto solo ha sido un aviso. Ya se lo advertí: nadie puede luchar contra su propio destino.

Luz se irguió y lo miró con infinito desprecio.

—Eso ya lo veremos —murmuró.

\* \* \*

La separaron de Fani y Tom y la condujeron de regreso a la misma habitación donde había estado encerrada antes. Alguien se había ocupado de tapar el cristal roto con unos tablones claveteados de cualquier modo. Ahora solo podía ver el exterior a través de la hoja de la ventana que había quedado intacta. Las sombras se extendían por los jardines. Resultaba difícil saber qué hora era porque el cielo estaba cubierto de nubes oscuras.

La lluvia comenzó a repiquetear en la ventana. Esta vez no podían ser sus amigos lanzando piedrecitas, por la sencilla razón de que también eran prisioneros de aquel viejo demente. Paseó a grandes zancadas por la alfombra polvorienta, incapaz de serenarse. El dolor del tobillo hinchado se había convertido en una palpitación continua que la hacía cojear pero no le impedía caminar. La herida del hombro apenas era un picotazo lejano, y de las manos desolladas ni se acordaba. Todos sus pensamientos estaban puestos en sus amigos y en sus padres, confinados quién sabía dónde y en qué condiciones. Durante un momento, en el callejón con Fani y Tom, había albergado la esperanza de que tal vez todo se solucionara, de que aquella inspectora de policía a la que Tom conocía los escuchara y pusiera fin a los desmanes de los dos ancianos, de que el mundo de los adultos, tan cercano y tan extraño a la vez, les hiciera por fin un guiño amistoso. La esperanza había resultado tan efímera como el truco de un ilusionista.

«Ojalá tuviera realmente el poder para abrir los cielos», pensó. «Ojalá

podiera fulminar a más de un amo del mundo». Porque ¿era o no era cierta la profecía? ¿Era ella la Elegida? En cualquier caso, ni siquiera sabía quién era el señor de las tinieblas. En su mente había una dura pugna entre don Arturo y don Maximilian por hacerse con el puesto.

Tal vez estaba enfocándolo mal desde el principio. Quizá no había que interpretar la profecía de forma literal. Al fin y al cabo, los profetas siempre utilizaban frases confusas que podían malinterpretarse. «Abrir los cielos» podría significar que los dioses, o el Dios, se cobraría su justicia en el famoso señor de las tinieblas. «Levantará la mano» podría referirse a que ella señalaría a uno de los dos como el que debía salvarse, o el que debía condenarse.

¿Tendría ella ese poder? ¿Podría convocar a los dos, a don Arturo y a don Maximilian, y simplemente señalar a uno y decirle: tú eres quien debe salvarse? ¿Respetarían ellos ese designio? ¿Qué sería entonces del otro? ¿Y a quién elegiría ella para la salvación?

¿Quién era ella para decidir algo semejante?

Sin darse cuenta se estaba retorciendo las manos hasta hacerse daño. Solo era una chica normal y corriente, del montón, de gustos un poco extravagantes, con un ojo de un color más claro que el otro. Su padre era un aparejador que trabajaba demasiado y, por añadidura, un desconocido malhumorado al que apenas veía, y su madre prefería estar entre libros escritos por gente que había muerto hacía doscientos años antes que con ella. Casi no tenía amigos, odiaba el instituto y no sabía qué quería hacer con su vida. Esa era ella. De pronto, sintió todo su infortunio en la garganta y le pareció que no podía respirar.

Se tambaleó por la habitación, buscando una vía de escape de aquel lugar, de aquella vida, hasta que tropezó con un taburete y estuvo a punto de caer. Se apoyó en una estantería, jadeando. Levantó la vista. Un espejo ajado, lleno de manchas, le devolvió su imagen. Vio a una mujer joven, ya nunca más una niña, a la que apenas le quedaban cosas que hacer por vez primera. Se apartó el mechón de pelo que le caía sobre la cara y le tapaba el ojo albino y siguió mirándose por un rato, en silencio. Ese ojo era el símbolo definitivo de la tristeza, era un trozo de hielo derritiéndose en un pozo de lava.

Solo se oía la lluvia tras los cristales.

Entonces lo supo. La idea aterrizó en su mente con la rotundidad de un estallido termonuclear. Descabellada, como todo aquel maldito asunto. ¿Qué

pasaría si ella, la elegida, desapareciese? No estaba pensando en huir, en esconderse. Ellos la buscarían. No habría ningún agujero lo bastante profundo para ocultarse. No. Lo que planeaba era más definitivo.

¿Y si ella dejaba de existir? ¿Y si el elegido de la profecía, simplemente, ya no estuviera vivo?

Casi sonrió al imaginar la cara que pondrían don Arturo y don Maximilian, y sus mayordomos, y sus perros de presa: tantos esfuerzos para que el elegido hiciera la elección, y de pronto, ¡puf!, el elegido ya no está. ¿Queríais un pelele para vuestro estúpido juego? Pues aquí lo tenéis. Y, tras del estupor inicial, tendrían que soltar a Fani, a Tom, a sus padres, porque, ¿de qué les serviría retenerlos?

Solo necesitaba el valor suficiente para hacerlo, y para hacerlo en el momento preciso, cuando los dos señores estuvieran mirando, para que ninguno de los dos tuviera ninguna duda de lo que había sucedido, de lo que habían provocado.

Llamaron a la puerta. Luz se parapetó por instinto detrás de un sillón. Temía ver entrar a Cicatrices, quién sabía con qué intenciones. Temía que la llevaran de nuevo ante don Maximilian, cuando no había tenido tiempo de madurar su idea. Temía que su padre se marchara de casa. Temía que su madre no la quisiera como se supone que las madres deben querer a sus hijas. Temía haber decepcionado a ambos y seguir decepcionándolos cada día. Temía que sus pocos amigos la dieran de lado. Temía a la vida y temía a la muerte. Se dio cuenta, en esa fracción de segundo que pasó atrincherada tras el sillón, de que había pasado toda su vida teniendo miedo.

Toda su vida excepto los dos últimos días.

¿Qué le había ocurrido los dos últimos días? ¿Qué misteriosa fuerza la había empujado por los túneles del metro, por el mástil de un pararrayos, por las calles de la ciudad? Lo comprendió con la certeza de las epifanías. No había ningún ente misterioso que le hubiera conferido valor en los momentos de necesidad. No había ninguna magia. Era ella. Todo el tiempo había sido ella, o una parte de ella que dormitaba en la falsa sensación de seguridad de una madriguera, atrincherada tras un sillón vetusto.

*Fani es fuerte, Tom es listo, yo soy valiente.*

La puerta se abrió.

Luz salió de detrás del sillón, reencontrado el valor, dispuesta a enfrentarse a Cicatrices, a don Maximilian, a quien hiciera falta... pero se

detuvo al instante sin poder disimular su sorpresa. Enfrente, cerrando la puerta a su espalda, estaba Ernesto Velasco. Traía una bandeja con un bocadillo envuelto en papel de celofán y una lata de refresco.

—Me han pedido que te traiga esto —dijo con aspereza. Y luego, algo más suave—: Ahora soy el chico de los recados.

El muchacho entró y dejó la bandeja sobre un aparador. Se rascó la nuca mirando al suelo. Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo junto a la puerta.

—Escucha... —dijo. Hubo un silencio mientras Ernesto buscaba las palabras adecuadas. Luz aguardó: intuía que algo importante estaba a punto de suceder—. Quería... Bueno, no hay mucha gente capaz de replicarle al viejo. Tiene muy mal carácter. Y tú has conseguido cabrearlo un montón. —Aquella idea pareció animarlo—. Sí, lo has cabreado a base de bien. En el fondo no es... Quiero decir que tiene mucho dinero, y cosas más poderosas que el dinero, pero al final solo es un viejo dispuesto a creer en cualquier cosa que le permita perdonarse sus propios pecados.

—¿Como una profecía escrita por un santo medieval?

—Sí, por ejemplo. Además... —Ernesto hizo otra pausa—. Creo que estás aquí por mi culpa.

—¿Por tu culpa?

—Yo lo conduje a ti. Él casi nunca me cuenta sus asuntos, pero el otro día me dijo lo de la profecía. Quise quedar bien con él, no parecer un imbécil, como siempre. Por eso, cuando escuché lo de un ojo de tierra y otro de luna, pensé... Le dije que en el instituto había una chica con unos ojos así. Al principio no me creyó, pero luego se encerró con sus libros y empezó a darle vueltas a la cabeza y envió a Cicatrices a buscarte. Y sus enemigos se enteraron, claro. Siempre se enteran. Empezaron a ir también a por ti. Así que, bueno, es culpa mía que te estén persiguiendo. Quería que lo supieras.

Luz lo miró con los ojos entrecerrados, tratando de averiguar si su aspecto de matón arrepentido se correspondía con la realidad o si el viejo Ernesto había regresado y estaba a punto de jactarse de su hazaña.

—El viejo pensó entonces en concederme una última oportunidad de demostrar que soy digno de él y todo eso, y yo he vuelto a cagarla al dejaros escapar —concluyó Ernesto, cabizbajo.

—Supongo que es imposible no cagarla con alguien como tu padre.

Ernesto bufó y un esbozo de sonrisa apareció en su cara.

—Y más si eres su único hijo.

—¿Por qué no ha tenido más?

—¿Más hijos? Yo qué sé. Imagino que lo ha intentado. No hay muchas mujeres dispuestas a... ya sabes... con un tipo como él. Y supongo que los testículos no deben funcionarle lo que se dice muy bien.

Luz levantó las cejas mientras digería esta revelación. Ernesto le dirigió una mirada circunspecta. De pronto, los dos sonrieron. No duró demasiado, pero tuvo esa rara cualidad de la risa franca para disolver la tensión y sellar sutiles pactos de camaradería.

Antes de que el momento se desvaneciera, Luz dijo:

—¿Para qué has venido, Ernesto?

—Está claro. Para traerte un bocadillo.

—¿Y además? ¿También tú buscas algo que te redima de tus pecados?

El chico guardó silencio, como si hubiera recibido un bofetón. A su rostro asomó el gesto del que ha aprendido a jugar a las cartas llevando siempre las peores manos y ha sobrevivido para contarlos.

—Os dejé marchar antes, en la calle. ¿Estamos en paz?

—A lo mejor no eres tan idiota como pensaba —dijo Luz.

—Vaya, muchas gracias.

Luz, a pesar de todo, no conseguía decidir si podía confiar en él. Quizá la estaba sometiendo a una especie de prueba. Quizá don Maximilian lo había enviado para que la tentara, como la serpiente hizo con Eva en el Paraíso. Al fin y al cabo, era su hijo, y debía tener un largo historial de últimas oportunidades desaprovechadas.

Ernesto miró alrededor, inquieto. Si fingía, era un actor de primera clase.

—Escucha —dijo—, no tenemos mucho tiempo. Mi padre y ese carcamal de don Arturo tampoco. Ya los has visto. Van a obligarte a actuar, y van a hacerlo pronto. Es muy sencillo. Solo tienes que elegir a uno de los dos y...

—¿Y?

—Y liquidarlo.

Luz emitió una risa bronca, sin asomo de humor.

—No pienso hacer eso.

—Es lo que ellos quieren.

—No voy a liquidar a nadie, y menos a un viejo que no puede ni ponerse en pie. ¿Por quién me has tomado?

—Ellos te obligarán. Oh, vamos, cualquiera de los dos tiene ya un pie en



la tumba, y no es como matar a un inocente a sangre fría. Podría contarte cosas que ellos dos han hecho que te pondrían los pelos de punta. Además, te lo están pidiendo. Te lo están exigiendo.

—Da igual. No pienso hacerlo.

Luz se cruzó de brazos, componiendo su mejor gesto de joven obstinada, aunque no logró impresionar a Ernesto.

—Tienen a tus padres —dijo él—. Tienen a tus amigos. ¿Qué crees que harás cuando los amenacen a ellos?

—¿Dónde están Fani y Tom?

—Lejos de aquí, en el sótano. Acabo de llevarles algo para comer y están bien. De momento. El viejo solo quiere asegurarse de que cumples tu parte del trato, por decirlo así. En serio, no sabes con qué clase de gente has topado.

Ernesto sonrió sin alegría y hubo un silencio. Luz consideró seriamente el dilema: elegir a uno de los dos ancianos achacosos y psicópatas para enviarlo a la muerte a cambio de la vida de sus padres y sus amigos. Parecía un buen trato pero, aun así, estaban hablando de una vida humana.

La lluvia arreciaba afuera. Ernesto interrumpió sus pensamientos. Habló con el tono de voz que se emplea para las confidencias más graves:

—Debes saber algo más. Tus amigos no son los únicos cautivos que hay en esta casa.

—¿Qué quieres decir?

—Que aquí mismo, tras esa pared, hay otro prisionero a quien conoces bien.

## 19. El prisionero

Ernesto se acercó a una de las paredes de la habitación. Allí, en un hueco entre el alambicado aparador y un armario destartado, había una fina línea que dibujaba el rectángulo de una puerta y una mancha negra a media altura que, solo vista de cerca, tenía la forma de un ojo de cerradura. El chico sacó un manojito de llaves del bolsillo, eligió una de latón y la encajó en el agujero con un chasquido. Miró de nuevo alrededor, quizá intranquilo por si el sonido había traspasado los muros de la habitación-celda, y empujó con el hombro. La puerta se abrió lentamente.

—Espera un segundo —dijo Ernesto antes de asomarse al otro lado. Un resplandor tenue provenía de allí. Luz alcanzó a oír como intercambiaba con alguien algunas palabras apenas murmuradas. La voz de la otra persona le resultó familiar. Por fin, el chico retrocedió y apareció en el quicio de la puerta un hombre alto, delgado, envejecido.

—¿Papá? —preguntó Luz.

El hombre abrió mucho los ojos. Luego, sin decir nada, se acercó en dos zancadas a la muchacha y la estrujó entre sus brazos. A ella le sorprendió tanto aquel gesto del todo inusual que al principio no supo cómo reaccionar. No recordaba cuándo había sido la última vez que su padre la había abrazado. No recordaba su tacto. Hasta su olor, ese olor peculiar e intransferible que tiene la piel de cada persona y que solo puedes apreciar cuando estás muy cerca, le resultaba el de un desconocido.

El hombre se separó de ella, azorado.

—Estás bien —dijo con cierta alarma, y Luz no pudo distinguir si era una pregunta o la expresión de un deseo. Se imaginó lo que su padre estaría viendo en ella: la ropa sucia y desgarrada, la mancha de sangre seca en el

hombro, las manos despellejadas. Por no mencionar que no olía como si acabase de tomar un baño de agua caliente con sales.

—Tenéis unos minutos —dijo Ernesto—. Por favor, no levantéis la voz. Haré guardia en la puerta mientras tanto, pero luego empezará a resultar sospechoso y cada uno tendrá que volver a su habitación, ¿entendido?

El hombre asintió y tragó saliva.

Ernesto salió y cerró la puerta tras él sin hacer ruido. Cuando se quedaron a solas, Luz observó que su padre volvía a mostrarse distante.

—¿Amigo tuyo? —preguntó el hombre.

—Algo así. Papá, ¿cómo has llegado aquí?

—Eso mismo debería preguntarte yo. ¿En qué clase de lío te has metido?

—Yo he preguntado primero.

—No me hables así, jovencita.

—¿Y cómo quieres que te hable? ¿Haría el favor su señoría de contarme cómo ha llegado aquí? ¿Te gusta más así? ¿Quieres que me arrodille para hablar contigo?

Leyó el desconcierto en el rostro de su padre con la claridad de un semáforo en rojo. Nunca se había enfrentado a él en esos términos, que ella recordara. Siempre se mostraba sumisa y obediente, rumiando su resquemor en la oscuridad cavernaria de su dormitorio. Pero ahora... Bueno, ahora no estaba dispuesta a aguantar más tonterías de nadie.

—Que yo sepa, no he hecho nada para merecer este trato.

—Ah, no, papá. Eso sí que no. El papel de víctima no te pega.

—¿De víc...? —El hombre estaba tan sorprendido que no acertaba a encontrar las palabras adecuadas—. No entiendo lo que te pasa. ¿Qué te ha hecho esta gente? Antes no eras así.

—Tampoco tú.

—¿Ah, no? ¿Y cómo era yo antes, si puede saberse?

—Eras... eras... No sé. Eras un padre. Estabas ahí. Me subías a hombros y me llevabas al parque. Me acompañabas hasta la puerta del colegio. Me cogías de la mano en los túneles del metro. Pero luego...

—¿Luego qué, a ver?

—Luego desapareciste.

—Nunca desaparecí. Eso es mentira.

—¿Mentira? Te levantas cada mañana antes de que amanezca y vuelves a casa después de la cena. A veces apestas a tabaco y a alcohol. ¿Crees que no

me doy cuenta? ¿Crees que mamá no se da cuenta?

—¿Que apesto a...? —Su padre estaba rojo de furia—. Cómo te atreves. Me deslomo cada día en el trabajo para pagar la hipoteca. Tengo que competir con tipos que son veinte años más jóvenes que yo y que están dispuestos a trabajar el doble por la mitad de dinero. Se llama responsabilidad, ¿sabes? Algún día podrías aprender el significado de esa palabra.

—Se llama huir, papá. Se llama buscar excusas. Se llama no quiero estar en casa pero al mismo tiempo no tengo narices de largarme del todo. Así se llama.

—Aceptaré lecciones de ti, jovencita, cuando demuestres que tienes la madurez suficiente. A tu edad yo ya estaba harto de trabajar los veranos y los fines de semana para pagarme los estudios. En cambio los jóvenes de ahora lo tenéis todo muy fácil. Solo sabéis exigir vuestros derechos sin cumplir con vuestros deberes. Porque, a ver, dime, tú que eres tan lista, ¿qué nota has sacado en la recuperación de física?

Luz se llevó las manos a la cabeza y gruñó. No podía ser. Su padre no podía estar repitiéndole aquello de los derechos y los deberes. No podían estar hablando del examen de física por milésima vez. De dos zancadas cruzó hasta el otro extremo de la habitación y se quedó mirando a la pared, bufando como un animal después de embestir.

«Alguien tendrá que ejercer de adulto en esta situación», pensó. «Estoy muy cabreada, pero eso no nos va a ayudar». Respiró hondo varias veces y dijo vocalizando con lentitud:

—De acuerdo, papá. Disculpa. No quería hablarte así. Supongo que todos estamos un poco nerviosos por todo lo que está pasando. Sin embargo, yo te he preguntado primero, así que parece justo que seas tú el primero en explicarte.

El padre la miró un instante, sin abandonar del todo su gesto de monarca absoluto, y por fin suspiró.

—Está bien —dijo, desinflándose un poco—. Veamos. ¿Cómo ocurrió todo? Estaba terminando anoche en el trabajo. Era muy tarde. La obra de la ciudad deportiva va con retraso. Hemos acabado los desmontes y el allanado de los campos de fútbol, y habíamos pasado toda la tarde levantando la grúa para comenzar a construir las oficinas, cuando nos llegó un aviso del servicio meteorológico diciendo que se esperan fuertes tormentas en la zona en los

próximos días. Imagínate, una tormenta eléctrica en una explanada de diez hectáreas y con una grúa metálica en medio. Tuvimos que volver a desmontarla y cargarla en los camiones hasta que remita el temporal.

Luz lo miraba incrédula. ¿De qué demonios le estaba hablando? Ella le preguntaba cómo había llegado allí y él empezaba a hablar de su campo de fútbol y su puñetera ciudad deportiva. El hombre que una vez había sido su padre debía de haber sido suplantado, en algún momento de los últimos años, por un extraterrestre que hablaba un idioma distinto.

—Volvía a casa derrengado —continuó él—. Todos se habían marchado ya. Cerré con llave el armario del material, e iba hacia donde tenía aparcado el coche cuando aparecieron esos dos tipos con traje, corbata y sombrero. Me llamaron la atención los sombreros. ¿Quién narices usa sombrero hoy en día? «Eh, amigo, ¿y si vamos a dar un paseo?», me dice uno. «No, gracias», digo yo, e intento zafarme para llegar al coche. El otro me cierra el paso, y entonces lo miro a la cara y la tiene llena de cicatrices y heridas recientes, como si le hubiera pasado por encima un autobús. Yo me asusto y él me agarra de un brazo y me lo retuerce por detrás de la espalda. «¿Qué miras?», me dice, «¿te gusta mi cara? Pues si no quieres que te haga otra igual, no hagas ningún ruido», y me lleva así, con el brazo tan doblado a la espalda que tengo que caminar agachado, hacia un coche oscuro que tienen escondido allí cerca. Y me traen aquí sin pronunciar ni una palabra más y me dejan en la habitación de al lado. Me... me han dado de comer un par de veces, pero nadie me ha explicado nada, y de pronto ha aparecido ese muchacho y me ha dicho que viniera hacia acá y me he encontrado contigo. Eso es todo, más o menos. Ahora, vamos, te toca. ¿Qué está pasando aquí?

Luz tomó aire. ¿Por dónde empezaba? Ni siquiera estaba segura de que le apeteciera contárselo. Sin embargo, lo hizo. Un trato es un trato. Relató todo lo que le había sucedido en los últimos dos días, desde que descubrió al salir del instituto que se había olvidado las llaves y decidió coger el metro para ir a la biblioteca. No omitió ningún detalle. Pensó que su padre se iba a llevar las manos a la cabeza y la iba a interrumpir en los momentos más peligrosos, como cuando se adentró en los túneles del metro con un perfecto desconocido o cuando se descolgaron por el pararrayos en la azotea del rascacielos, pero no ocurrió así. El hombre se limitó a mirarla con los ojos muy abiertos. En mitad de la historia retrocedió hasta encontrar un asiento y se dejó caer en silencio en la butaca polvorienta.

El relato finalizó con la llegada a la mansión de don Maximilian, el encuentro con su monstruoso anfitrión, el desastroso intento de fuga con Tom y Fani y su confinamiento en aquella habitación decrepita.

—No sé dónde estará mamá —concluyó Luz—, si la han cogido los unos o los otros. Lo que sí sé es que la tienen a ella también. Ahora estoy segura. Y no la soltarán hasta que yo haga... Bueno, lo que se supone que tengo que hacer.

Se hizo el silencio, un silencio espeso, lento, de polvo suspendido en el aire. Por un horrible momento, Luz pensó que su padre no había creído ni una palabra de lo que había dicho y que estaba a punto de incorporarse para humillarla de nuevo, para acusarla de inventarse la historia, de tener demasiada imaginación, de ser una inmadura, de faltarle al respeto y burlarse de él.

El hombre se levantó, en efecto. Movi6 la boca como para decir algo. Luego se acercó a su hija y la abrazó.

No fue un abrazo apresurado, fruto del arrebato del momento, como el que le había dado al aparecer por la puerta. Este fue premeditado, cálido, redentor. Un abrazo auténtico. Luz sintió los dedos de su padre aferrarse a su espalda, como si no quisiera soltarla nunca, y cerró los ojos. Fue entonces cuando creyó recuperar la textura, el olor, el tacto de aquellos brazos que tanto la habían sostenido en otra vida.

—Lo siento —dijo él, sin soltarla.

—¿Qué es lo que sientes?

—No haber estado ahí. Si hubiera estado, tal vez...

—No hubieras podido hacer nada.

—Pero a lo mejor no hubieras tenido que enfrentarte a esto sola.

Algo se rebeló en el interior de Luz al oír aquella frase. Obligó a su padre a separarse y lo miró a los ojos, furiosa.

—¿Sola? ¿Enfrentarme a esto sola? Un poco tarde para eso, ¿no crees? ¡Llevo años sola! ¿Dónde te has metido todo este...?

Se detuvo. ¿Qué sentido tenía? Sacar todo lo que llevaba dentro representaría un momento liberador, pero también miserable. Su padre se había puesto pálido. En su rostro envejecido apareció el fantasma del anciano que muy pronto llegaría a ser. Volvió a dejarse caer en la butaca, con la vista clavada en el suelo. Le temblaban las manos.

La chica se acercó a él. A su pesar, su indefensión la conmovió. Incluso

parecía más pequeño. Comprendió que el hombre que la levantaba en brazos y se la subía sobre los hombros el día de la cabalgata de reyes para que ella pudiera atisbar las carrozas por encima de las cabezas de la gente ya no existía. El hombre de entonces era un coloso, fuerte e indestructible, y la persona asustada y envejecida que estaba ahora ante ella solo era una sombra de lo que fue.

En ese preciso instante, Luz comprendió algo con la claridad de una fotografía tomada a pleno sol: comprendió que su padre era un hombre acabado, que su cometido era ya el de la mera supervivencia, y que era incapaz de asumir su papel de actor secundario, incapaz de creer que otros podían hacer las cosas y pensar el mundo de manera distinta, incapaz de permitir que otros vivieran su vida y cometieran sus propios errores sin consultarle antes. Comprendió que su padre pertenecía a la misma estirpe que don Arturo y don Maximilian, solo que él se situaba muchos peldaños por debajo en el escalafón del sistema.

Y si su padre era una persona amortizada, ¿qué podía decirse de don Arturo y don Maximilian? Ellos no eran más que dos viejos codiciosos que no comprendían, que jamás podrían comprender que el mundo del que creían ser dueños ya no les pertenecía ni esperaba nada de ellos excepto, quizá, una retirada digna que eran incapaces, en su cicatería, de otorgarle. Permanecerían a los mandos del barco, incapaces de ceder el testigo, pergeñando el rumbo del futuro —el futuro de todos— como si les fuera la vida en ello a pesar de que ellos, en ningún caso, estarían allí para disfrutar, o padecer, el lugar de destino, igual que su padre acudiría cada mañana el primero a la obra y se marcharía el último.

La chica notó, ahora sí, como los ojos se le humedecían, quizá de rabia, quizá de impotencia, o quizá porque sentía que aquella era la despedida definitiva del padre y del mundo de su niñez que ya no existía pero que aún era capaz de evocar como si fuera real, cuyas imágenes huían por los entresijos de su memoria como el agua del mar entre los dedos.

Antes de sucumbir a la autocompasión, apretó los labios y decidió cambiar de tema. ¿De qué hablaba la gente que no tenía nada que decirse?

—Así que se acerca una tormenta —murmuró.

El padre la miró con alarma, quizá temiendo un nuevo ataque imprevisible a su línea de flotación, aunque pareció tranquilizarse al observar el gesto cansado de su hija. Se agarró a esa frase inocente como un náufrago

a una tabla.

—Sí... Una de las buenas. En toda la zona norte de la ciudad estarán en alerta roja por tormentas eléctricas.

Luz asintió sin ánimo. Le previsión del tiempo le despertaba generalmente el mismo interés que una discusión en el Parlamento sobre los presupuestos generales del estado. De pronto se detuvo. Casi pudo ver la luz de una alarma parpadear en la oscuridad perpetua del interior de su cabeza. No estaba segura de qué se trataba, pero era importante.

—¿Alerta roja? —preguntó.

—Ajá. Dice el parte meteorológico que podrían caer más de doscientos rayos por hora y que todo el mundo en la zona debería quedarse en casa mañana por la mañana. Los periodistas ya la llaman «la tormenta perfecta».

Clic. El circuito neuronal se conectó por fin y Luz supo qué era lo que le había llamado la atención. «El trueno retumbará, fulminando al señor de las tinieblas». ¿No necesitaba que una especie de dedo divino asomara entre las nubes y se llevara por delante a alguien? ¿No estaba buscando un talón de Aquiles, algo que incluso los amos del mundo pudieran temer? Ahí lo tenía: una tormenta. Y no una tormenta cualquiera, sino la tormenta perfecta.

La lluvia arreció al otro lado de las ventanas. Luz miró el agua correr por los cristales, trazando riachuelos azarosos con forma de raíces líquidas, y supo que había llegado al final.

—¿Qué ocurre, hija? —preguntó el padre—. Te has puesto pálida.

Ella no lo miró. Seguía con la vista fija en la lluvia. Sin girarse ni levantar la voz, preguntó:

—¿Está muy lejos esa ciudad deportiva?



## 20. La elección

El día siguiente amaneció desapacible. Nubes sombrías cabalgaban desde las montañas y se arremolinaban en la sierra formando un amasijo oscuro, como si temiesen traspasar la muralla de los rascacielos de la ciudad. El aire frío y cargado de electricidad tenía ese hálito de otro mundo que precede a la tempestad.

A Luz, de pie sobre la explanada, con el viento despeinándole la melena negra, le pareció vivificante. Pensó que nunca se había detenido lo suficiente a disfrutar del olor a ozono que anuncia una tormenta, o de todas las otras cosas sencillas que proclamaban los sacerdotes en los sermones religiosos o las canciones populares en las radios y en las televisiones, cosas banales y perfectamente estúpidas y por ello absolutamente imprescindibles como el sabor de la primera cereza del verano o el calor de una mano en torno a la tuya. Había malgastado demasiado tiempo recreándose en sus propios demonios. Se prometió a sí misma que todo eso cambiaría... si conseguía salir de esta.

Cicatrices y su compinche la escoltaban, silenciosos, siniestros, unos pasos por detrás, mientras ella avanzaba, cojeando debido a su tobillo hinchado, hasta el centro del campo de fútbol en construcción. Se trataba de una meseta cuadrangular de varias hectáreas de superficie que coronaba una de las lomas de la zona norte de Madrid. Lo que en otros tiempos debió de haber sido la bucólica antesala de las primeras estribaciones de la sierra, ahora se había convertido en una colección de desmontes y cráteres rectilíneos trazados con precisión de cirujano en la tierra. Algún día, allí existiría una ciudad deportiva con campos de fútbol, tenis y baloncesto, gimnasios y piscinas cubiertas, dos pistas de atletismo y un rocódromo, que

supondrían el centro neurálgico del crecimiento imparable, tumoral, de la ciudad hacia ese confín. De momento, solo era una enorme planicie árida.

Empezaba a llover cuando llegaron varias limusinas negras que aparcaron frente a lo que en el futuro sería el fondo sur del campo de fútbol. Big Joe se apeó del asiento del conductor de una de ellas y abrió, servil, la portezuela trasera para que bajara don Arturo. Los sanitarios y Narcís, el mayordomo, que venían en otro vehículo conducido por el chico de la guitarra, estaban ya preparados para ayudarlo, con el paraguas, la silla de ruedas, las bombonas de oxígeno y la mesa de aluminio con el instrumental médico que acompañaba al anciano a todas partes. Narcís llevaba, además, un maletín de cuero en una mano. Don Arturo descendió con exasperante lentitud, como si la contracción de cada músculo le costara el mayor esfuerzo de su vida, pero por fin consiguió sostenerse a duras penas sobre el suelo de tierra apelmazada. Enseguida, Narcís lo sepultó bajo un grueso abrigo de piel que le colocó encima de los hombros y lo ayudó a sentarse en la silla. Don Arturo miró hacia el centro del campo, donde estaba Luz junto a Cicatrices y el otro compinche de don Maximilian, y todos se quedaron quietos, como en una fotografía, esperando ceñudos a que ocurriera algo.

El primer trueno resonó en las cumbres invisibles de las montañas.

Con el ruido, grave como un terremoto, surgió entre la lluvia otro vehículo que aparcó en el extremo contrario de la explanada. Resultaba evidente que en su interior viajaba don Maximilian: no se trataba de una limusina, porque el viajero no hubiera encontrado ninguna lo bastante espaciosa, sino de un autobús adaptado para que el enorme anciano pudiera subir y bajar y acomodar sus descomunales proporciones en un habitáculo acondicionado a su medida.

Del autobús se apeó Fermín, el mayordomo que había atendido a Luz el día anterior. La librea quedó empapada casi al instante. Extrajo de un bolsillo algo parecido a un mando a distancia de madera y metal bruñido que podía haber surgido directamente de una novela de H. G. Wells. Accionó un control del mando y una rampa mecánica, parecida a un montacargas, depositó con suavidad a don Maximilian en tierra. De inmediato, la rampa, provista de pequeñas ruedas con neumáticos y convertida así en una plataforma móvil, comenzó a desplazarse con lentitud sobre el suelo irregular. Las generosas carnes de don Maximilian se bamboleaban y Luz comprobó, horrorizada, que tenía el gesto pálido y contraído, como si estuviera sufriendo un ataque de

nauseas, y que el mayordomo colocaba un balde junto a los deformes pies de su señor al tiempo que desplegaba un paraguas bajo el cual hubieran podido guarecerse media docena de personas.

Otros sicarios de don Maximilian habían llegado, entretanto, en varios coches todoterreno de color gris que aparcaron delante y detrás del autobús. Todos se apearon de los vehículos, vestidos impecablemente de traje y corbata, y se quedaron montando guardia en torno al autobús de su señor, bajo el aguacero cada vez más copioso. Entre ellos, tratando de pasar desapercibido, estaba Ernesto: era el único que no iba vestido como para acudir a un entierro, sino que seguía con sus vaqueros de marca y su suéter de marca.

Don Maximilian giró la cabeza hacia él y le hizo un gesto con la mano. El chico se aproximó, obediente, y entonces el mayordomo condujo la rampa con pericia a lo largo del campo de fútbol en dirección al lugar donde se encontraba Luz. Estaba claro que no era la primera vez que utilizaban aquel artilugio. A la chica no se le escapó la contradicción: los Oscuros renegaban de los avances tecnológicos pero no parecían tener reparo en recurrir a ellos cuando les convenía, o al menos cuando les convenía a sus líderes.

Don Arturo desde un lado y don Maximilian desde el otro avanzaron hacia Luz como si fueran los protagonistas maltrechos de un duelo del lejano oeste y la chica tuviera que ejercer de testigo en su lance demente. Les acompañaba el séquito más cercano: Fermín y Ernesto del lado de don Maximilian y Big Joe, Narcís y el chico de la guitarra del lado de don Arturo. Cicatrices seguía al lado de Luz, vigilándola con su perpetua mueca de estar oliendo algo desagradable. El resto del cortejo permaneció de pie, cerca de los coches, cada grupo a un lado de la explanada, como espectadores mudos de lo que fuera que iba a suceder a continuación.

Cuanto más lejos, mejor, pensó Luz.

La lluvia había embarrado el campo. Tardaron una eternidad en llegar al centro, uno con su silla de ruedas que se hundía en el fango, el otro con su plataforma móvil diseñada para desplazarse sobre suelos de mármol brillantado. Cuando por fin estuvieron frente a frente se miraron desde debajo de los paraguas con los ojos entrecerrados y cargados de odio.

—Maximilian —masculló uno entre dientes.

El resplandor de un relámpago iluminó sus caras en la penumbra tormentosa. El aire violáceo se incendió durante un instante de pausa. Luego

estalló el trueno, tan formidable que Luz lo notó en el estómago antes que en los oídos.

—Arturo —respondió el otro en el mismo tono.

La aprensión mutua que rezumaban aquellos dos hombres decrepitos era tan intensa como el olor a tierra mojada de la tormenta que se les venía encima. Luz pensó que uno era el ánodo y otro el cátodo de un sistema de fuerzas eléctricas capaz de mover el mundo, o de aniquilarlo, y que un fulgor de miles de voltios iba a saltar del cuerpo contrahecho de uno hacia el del otro en cualquier momento. Estaba claro que en aquellos dos acumuladores humanos se guardaba mucho más que el odio común que unas personas reservan para otras, ese odio cotidiano que se profesa a los vecinos ruidosos, los compañeros de trabajo insoportables, los familiares menos queridos o, simplemente, a los que piensan o son tan diferentes o tan parecidos que nos parecen némesis o síntesis de nosotros mismos. Lo que destilaban los ojos, las miradas, las actitudes de aquellos dos ancianos iba más allá, era otra categoría de odio, universal, absoluto, insuperable, un odio tan antiguo como los pilares de la civilización humana.

Luz sintió miedo, pero no por ella —esa era una sensación que, de permanente, se había vuelto casi invisible—, sino por los demás, por todos. Se recordó a sí misma la idea: solo una fuerza más poderosa, y por ello más temible, que la del odio ancestral de los dos ancianos tendría alguna autoridad sobre ellos.

Otro trueno restalló, como una respuesta a sus dudas. «El trueno retumbará, fulminando al señor de las tinieblas». Se levantó un viento gélido, preñado de electricidad. La lluvia arreció, racheada, empapando ropas, rostros, zapatos. El pelo se le pegó a la cara formando dibujos caprichosos. Por primera vez, Luz deseó con todas sus fuerzas que la profecía fuese verdad, que ella fuese la elegida, que tuviera el poder de dirigirse a los cielos y pedirles un par de pequeños favores.

Don Arturo miró a Luz e hizo una mueca que tal vez quería ser una sonrisa. El hombre parecía una serpiente asomando bajo el abrigo de piel tan grueso que resultaba un milagro que no lo hubiera aplastado contra el suelo. Llevaba un tubo de oxígeno acoplado a la nariz y otros cables se perdían en las profundidades cavernosas de su atuendo.

—Le alegrará saber que pudimos recuperar el libro de san Malaquías sin demasiados daños —dijo, aunque apenas se le escuchó entre el bramar del

viento y la lluvia.

—No esperará en serio que le pida disculpas.

El anciano la miró con los ojos convertidos en dos ranuras estrechas. Masculló algo ininteligible antes de continuar:

—Me dicen que ya ha tomado usted una decisión.

—Así es —dijo Luz. La voz le tembló, muy a su pesar, pero aún así iba a hacer lo que tenía que hacer—. ¿Dónde están?

Don Arturo y don Maximilian se sostuvieron la mirada como dos criaturas mitológicas que trataran de leerse los pensamientos. Por fin, don Arturo hizo un gesto con la cabeza a Big Joe y don Maximilian hizo otro tanto con Cicatrices. Cada uno de los esbirros se giró sobre sí mismo, como si ensayaran una danza absurda bajo la lluvia, y miraron hacia extremos diferentes del campo de fútbol. Hicieron unas señales moviendo las manos. De las limusinas negras de don Arturo sacaron a trompicones a los padres de Fani, a la anciana abuela de Tom y a una mujer de mediana edad que traía la ropa arrugada y el pelo recogido en un moño apresurado. Luz sintió que el estómago se le desfondaba al reconocer la angustia más absoluta en el rostro de su madre. Todos estaban atados y amordazados.

Del interior de uno de los todoterreno de don Maximilian surgieron dos jóvenes sucios y desgreñados. Fani y Tom parecían encontrarse bien, aunque el miedo les abría los ojos y les empalidecía el rostro. De otro de los vehículos salió el padre de Luz. Intentó avanzar hacia el centro del campo, pero los esbirros del anciano se lo impidieron interponiéndose en su camino. El hombre hizo ademán de escapar con un movimiento brusco y uno de los sicarios lo agarró por el cuello y lo obligó a tumbarse en el suelo embarrado. Fue un gesto rápido, experto, de violencia inusitada. Le presionó la cabeza contra el fango. Luz sofocó un grito. Hicieron que los demás también se tumbaran sobre la tierra recién removida, incluso la abuela de Tom, que apenas podía arrodillarse. Recordaban a un grupo de presos a punto de ser fusilados por un pelotón de soldados en alguna guerra antigua e ignominiosa.

Don Maximilian miró a Luz.

—Ahí los tiene, querida.

—Suéltelos —dijo ella con los dientes apretados y sin dejar de mirar horrorizada el espectáculo—. Suéltelos y yo haré mi parte.

Don Arturo sufrió un acceso de tos, o tal vez de risa. Luz se descubrió a sí misma, con una punzada de horror, deseando que se ahogase en sus propias

flemas. No lo hizo, desde luego. Cuando se recuperó, el anciano dijo:

—Me temo que no podemos hacer eso. Tenemos que aseguraremos de que esta vez cumple usted con su cometido sin más chiquilladas. Le podemos garantizar que a sus amigos y familiares no les ocurrirá nada si usted se porta como es debido, ¿no es así, Maximilian?

—Desde luego —respondió el otro.

Luz los miró. Don Arturo volvía a hablarle de usted, quizá porque había logrado ganarse su respeto. No era un pensamiento muy alentador. La furia latió en su interior, más potente que nunca. Ella no lo había planeado así. No quería hacer aquello delante de sus padres. Se asustarían tanto...

—Veo que son capaces de aparcar sus rencillas cuando les conviene —masculló.

—Es una regla de oro en el mundo de los negocios, querida —dijo don Maximilian con su voz borboteante.

—¿Los soltarán después? —preguntó Luz.

—Eso depende.

—¿De qué?

Don Maximilian la miró con sus ojillos porcinos.

—De lo que haga usted, señorita.

—De acuerdo. —Luz estaba exasperada—. Si yo lo hago, si yo hago que los cielos se abran y fulminen al señor de las tinieblas, ¿los dejarán ir? ¿A todos ellos?

Los dos viejos rivales se miraron el uno al otro. Asomó a su expresión una complicidad más allá del odio que a Luz le dio más miedo que el odio mismo. Por un instante, pensó que ambos eran invencibles, que habían vivido desde siempre, en las ciudades primitivas a orillas de ríos mitológicos, en los poblados surgidos en torno a los campos de cereales apenas amansados, y antes incluso, en las cuevas y en las sabanas y en los árboles donde la joven humanidad empezaba a despuntar; ellos siempre, don Arturo y don Maximilian o comoquiera que se hiciesen llamar entonces, moviendo los hilos del mundo desde sus atalayas, decidiendo quién debía vivir y quién debía morir, quién estaba arriba y quién abajo, cuáles eran las reglas del juego, sobreviviendo a todos los desastres, siglo tras siglo, hasta el fin de los tiempos.

Por fin, don Arturo dijo:

—Quizá no me crea, señorita, pero le he tomado cierto aprecio. Me

parece que ya entiendo por qué san Malaquías la señaló a usted. Valoro mucho su capacidad para sobreponerse a la adversidad, y también su perseverancia, a pesar de que nos ha causado no pocos problemas. Haría usted un buen papel en el mundo de los negocios. Por eso le voy a dar un consejo. Olvídense de ellos —señaló a las figuras perdidas como espectros en la lluvia a ambos lados del campo—. El apego que siente hacia esas personas es inútil. ¿No se da cuenta de que todos son engranajes efímeros y, en consecuencia, sustituibles?

Luz lo miró incrédula. El grado de cinismo del anciano le resultaba inaudito. Don Maximilian intervino:

—No te esfuerces, Arturo. Ella viene de donde viene, aunque sea la elegida, y no puede ver más allá. No puede entender cómo hemos llegado hasta aquí, ni está capacitada para...

—Ustedes son los que no entienden nada —lo interrumpió Luz con los ojos echando chispas—. Se creen los amos del mundo y ni siquiera se molestan en bajar a él. Y si lo han hecho alguna vez, hace mucho que lo han olvidado. Han olvidado todo lo importante, y por eso todo lo que hagan no servirá para nada y desaparecerá tarde o temprano sin dejar ningún rastro. Ustedes y yo no tenemos nada de qué hablar, así que se lo preguntaré solo una vez más: ¿dejarán que mi gente se marche? ¿Tengo su palabra?

Don Arturo y don Maximilian intercambiaron otra de aquellas miradas de reconocimiento. El primero cabeceó ligeramente y dijo:

—Sea: si usted hace su trabajo, nosotros dejaremos ir a su gente y no volverán a vernos nunca más. Tiene nuestra palabra de caballeros.

Pronunció la última frase con una mueca espeluznante. En cualquier caso, Luz no tenía alternativa, así que lanzó la pregunta definitiva:

—¿Y están convencidos de que yo soy la elegida de la que habla la profecía?

Los dos hombres asintieron con solemnidad. Luz suspiró.

—Supongo que habrá traído la espada, como le pedí —dijo mirando a don Arturo—. Déjemela.

Don Arturo y don Maximilian volvieron a mirarse con los ceños fruncidos. La lluvia se había convertido en un diluvio continuo que bramaba en los charcos del suelo. Otro relámpago iluminó el aire saturado de humedad. Cuando llegó el trueno, los dos rostros arruinados ardieron con avidez. Sin duda habían supuesto lo que Luz se proponía.

Ella sabía que era una locura. Iba a fiarlo todo a la suerte... o a la física. ¿Qué había dicho el Boni durante la corrección del último examen en clase? El rayo desciende buscando el camino de máxima conductividad. Una espada metálica sostenida en alto en un campo despejado y llano como aquel era una invitación irresistible a que una corriente de treinta mil amperios te cayese encima. Sin embargo, si la empuñadura estaba fabricada con un material aislante, como la madera bruñida por el tiempo, podías sobrevivir al impacto, siembre que el ruido no te reventase los tímpanos o el calor no te friese el cerebro.

En cualquier caso, si ella podía quedar convertida en un plato de carne asada, mucho peor lo tendrían los dos carcamales, que estarían allí, a su lado. Si la descarga no los convertía a los tres en petróleo, la impresión los dejaría fuera de combate. Y ella no sería responsable de lo que les ocurriese. No apretaría ningún gatillo. No decidiría nada. Al fin y al cabo, «el trueno retumbará, fulminando al señor de las tinieblas», ¿no era así? ¿No era lo que ellos creían, lo que ellos habían elegido creer? Se limitaría a ponerse en riesgo a sí misma. Si ellos querían esperar allí, junto a ella, al lado del pararrayos improvisado, lo harían por decisión propia, movidos por la locura enfermiza que los había conducido hasta ese lugar y ese momento.

Luz miró fugazmente hacia los coches mientras los ancianos seguían sin decidirse a continuar. Habían permitido levantarse a los prisioneros. A un lado del campo distinguió a los padres de Luz, a la abuela de Tom, a su madre, todos quietos como estatuas de barro bajo el cielo mortecino que se derrumbaba sobre ellos, rodeados por el ejército personal de don Arturo. Al otro lado, su padre continuaba siendo una mancha de ropa en el suelo. Fani y Tom estaban cerca de él, los hombros aferrados por dos de los sicarios. Uno de los matones de don Maximilian les apuntaba con algo que sujetaba en su mano. Luz comprendió con horror que se trataba de un arma de fuego.

Sintió que la furia y el miedo se desbordaban y amenazaban, cada uno por sus medios, con hacerle perder el control de la situación, de modo que se obligó a dejar de mirar. Clavó la vista en sus pies. Piensa en lo que has venido a hacer, se dijo. Solo en eso. Electricidad. El rayo es una corriente eléctrica a través de la atmósfera. Electrones moviéndose a toda pastilla. El trueno se produce porque el aire se calienta y expande en una fracción de segundo. La madera de la empuñadura te protegerá de la corriente. Es muy importante que no toques la parte metálica. Es posible que la espada se funda,



o que el ruido sea tan fuerte que te tire al suelo. Pero la profecía, la maldita profecía, se cumplirá. Desde luego que se cumplirá. Tiene que cumplirse. Si no, ¿qué demonios estamos haciendo aquí, calándonos hasta los huesos bajo el maldito diluvio universal?

Entonces la asaltó el temor súbito a que no ocurriese nada. El terreno era llano, sin ninguna elevación hasta donde alcanzaba la vista, y la tormenta estaba cerca, pero eso no aseguraba en modo alguno que un rayo fuese a caer precisamente allí, por mucho que usasen la mismísima espada del rey David como pararrayos portátil. ¿O sí? ¿Qué probabilidad había? Si salía de esta iba a ponerse en serio a estudiar física.

Después de lo que pareció una eternidad, don Arturo y don Maximilian hicieron sendos gestos de asentimiento a sus mayordomos. Los dos hombres no tenían el trabajo que tenían por ser lentos de entendederas, de modo que comprendieron al instante la orden silenciosa. Narcís abrió la cartera de piel, a estas alturas arruinada por la lluvia, y extrajo de ella la espada que supuestamente había pertenecido al rey David. Luz les había dicho que aquella reliquia era imprescindible para que la profecía se cumpliera y, embriagados en su delirio milenarista, nadie había osado discutirlo. Don Arturo miró la espada con ojos ávidos y asintió de nuevo. Narcís se la tendió a Luz. La chica la cogió por la empuñadura de madera. Los mayordomos retrocedieron unos pasos. Lo mismo hicieron Big Joe, Cicatrices y todos los demás.

—Padre... ¿qué significa esto? ¿Qué vais a hacer? —La voz de Ernesto llegó apagada, como procedente de otro planeta. Era el único que aún permanecía junto a ellos y que no debía de haberse percatado hasta ahora de lo que estaba a punto de suceder.

Su padre no se dignó si quiera a mirarlo para responder:

—Observa y aprende, hijo mío.

—Pero, padre... La tormenta está encima y...

Ahora sí, don Maximilian giró la ciclópea cabeza y encaró al muchacho.

—¿Y qué? Termina la frase, maldito seas. ¿Es que tienes miedo? *Mírrrala* a ella. *Mírrra* a la elegida. Está aquí, sobreponiéndose al miedo, dispuesta a convocar el poder de los cielos. Y tú en cambio no haces más que balbucear como un mocoso asustado. Eres una vergüenza para...

No terminó de enunciar su veredicto porque el filo de la espada apareció de repente en la base de su portentoso cuello, apoyado sobre una de las

papadas. Fue un movimiento tan rápido e impredecible que sorprendió a sus guardaespaldas, demasiado alejados para reaccionar a tiempo.

—Es suficiente —dijo Luz, tajante—. Cierre el pico o le juro por el dios que usted prefiera que no llegará a ver cómo termina todo esto. —Y durante un instante sintió que lo decía en serio.

La chica percibió cómo ardía la furia en los ojos de don Maximilian, que no estaba acostumbrado a que nadie le dijera lo que podía o no podía hacer ni de qué modo tenía que tratar a sus súbditos. Pero también había miedo en esos ojos. Le sostuvo la mirada mientras decía:

—Ernesto, ahora te voy a pedir que te alejes. Lo que va a suceder es un asunto personal entre estos dos caballeros y yo. Ninguno de los dos merece que corras el riesgo de quedarte aquí.

Ernesto la miró. Estaba extremadamente pálido. El pelo empapado y aplastado sobre la cara confería a su rostro un matiz irreconocible. Resultaba imposible intuir lo que pensaba. Retrocedió muy despacio, a trompicones, y por último emprendió una torpe carrera hacia los coches.

Resonó otro trueno.

Luz retiró la espada del cuello de don Maximilian, que continuaba sin mover un músculo, y la miró de cerca. Los hombres de don Arturo la debían de haber rescatado de la puerta de la azotea donde Fani la había dejado convertida en una tranca provisional. Tenía algunas muescas profundas en la hoja, sin duda producto de los golpes contra el mástil del pararrayos. Por lo demás, estaba en buen estado. Era la espada que degollaba gigantes, el sable láser de Darth Vader, el anillo de poder de Sauron, y ahora descansaba en su mano.

En las leyendas y en las novelas, el lado oscuro del poder siempre tentaba al héroe. Miró la espada de nuevo. No experimentó ningún ansia irrefrenable de dominar el mundo. Más bien al contrario. Se compadeció por un instante de don Arturo y don Maximilian, y de los reyes y gobernantes a lo largo y ancho de la historia, siempre preocupados, siempre infelices, extendiendo su miseria moral por todas partes como una mancha de aceite en el mar. Se compadeció y los despreció al mismo tiempo. Era el momento de acabar con aquello.

Los miró. Los ancianos estaban empapados y le devolvieron la mirada con la expresión que un entomólogo le dedicaría a un ejemplar curioso de mariposa antes de clavarla con un alfiler en una cartulina. Luz evitó detenerse

en el rostro de Cicatrices, unos metros más allá, pero en los rasgos porcinos de Big Joe el miedo era evidente. Comprobó con alarma que el pelo hirsuto de la cabeza del matón se había erizado. El aire alrededor tenía un color extraño, casi verdoso. El viento se había detenido y la lluvia caía en torrentes verticales. Supo que quedaba muy poco tiempo.

—Ahora —dijo Luz— acérquense a mí.

Se hizo el silencio. Los dos hombres dudaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella—. ¿Su valor no está a la altura de sus palabras? ¿Soy o no soy la elegida?

Lo dijo en voz alta, para que sus esbirros, al menos los más cercanos, pudieran oírlo. Don Arturo se puso en pie renqueando y recorrió la escasa distancia que lo separaba de la chica. Don Maximilian le hizo un gesto a Narcís para que accionase a distancia el mando decimonónico que permitía desplazar la plataforma móvil. Así quedaron los dos, dispuestos a ambos lados de Luz, preparados para aceptar el designio de los cielos.

Luz levantó la espada. Le pareció más ligera que nunca, hecha de aire. La sostuvo sobre su cabeza como un tallo negro. En ese preciso instante se levantó el viento de nuevo, un viento extrañamente cálido, que olía a tierra mojada y a hojas descompuestas. El agua se arremolinó en todas direcciones. Tuvo que sujetar la espada con las dos manos porque parecía querer levantar el vuelo. «Recuerda», se dijo, «no toques la hoja. ¡Solo la empuñadura!»

Un relámpago iluminó los rostros de los dos hombres dándoles el aspecto de muertos vivientes. El trueno sonó casi a la vez. Luz sabía que eso significaba que la tormenta estaba muy cerca. ¿Cómo eran aquellas recomendaciones del curso de protección civil que había hecho el verano anterior? Si te sorprende una tormenta en campo abierto, busca refugio y, si no lo hay, hazte un ovillo en el suelo para ocupar menos superficie. Pues bien, allí estaba ella, de pie en mitad de la explanada, con una espada metálica levantada hacia el cielo como una invitación a que se desatasen todos los infiernos.

—¡Quítense los guantes y cójanse de mi brazo! —gritó Luz. Era difícil hacerse oír por encima del fragor del viento y la lluvia.

Los dos ancianos dudaron de nuevo.

—¡Vamos! —volvió a gritar la chica—. ¡No hay tiempo! ¡El momento se acerca!

En ese momento estaba convencida de que así era. Los dos hombres

obedecieron: se sacaron los guantes y pusieron la mano desnuda sobre el brazo de Luz. Ella sintió un estremecimiento. La mano de don Maximilian estaba caliente y pegajosa. La de don Arturo era un trozo de piel fría de muerto viviente. Pudo sentirlos incluso a través de las ropas empapadas.

Fue entonces cuando se oyó un tumulto en uno de los extremos del campo. Luz giró la cabeza lo suficiente para ver cómo su padre se había levantado y había derribado al tipo que lo vigilaba. Estaban forcejeando, intentando alcanzar la pistola. Su padre golpeó al otro hombre en la mandíbula. No hizo apenas ruido. El tipo cayó hacia atrás y quedó tendido en el suelo. Todo parecía falso, una mala pelea amañada. Los puñetazos en las películas resultaban mucho más creíbles. Su padre corrió hacia ella. Varios sicarios de don Maximilian sacaron sus armas y apuntaron. Se oyó un grito desgarrador. Luz no necesitó mirar en la otra dirección para saber que lo había proferido su madre. Pero no se atrevieron a disparar, tal vez porque su amo estaba en la línea de fuego y, si erraban la puntería, podía resultar herido.

Un relámpago dibujó un tatuaje en las nubes, y un trueno, casi simultáneo, estranguló cualquier otro sonido. El estruendo hizo vibrar la tierra. Su padre seguía corriendo. Algo humeaba al otro lado del campo. Las manos de los dos ancianos se tensaron. Big Joe y Cicatrices retrocedieron aún más, alejándose de la espada, aterrados. El rayo debía haber caído a unos cientos de metros. Muy cerca. Demasiado cerca.

Vamos, pensó Luz. Abríos, cielos. No soy el rey David, ni Luke Skywalker, ni Frodo Bolsón. Soy yo, el auténtico Goliat, no aquel barbudo farsante de los cuadros. Yo soy la gigante y estos dos espantajos son dos reyezuelos miserables. No pueden ganar. Me lo debéis, nos lo debéis a todos. Fulminad al señor de las tinieblas.

No tuvo tiempo para más. De pronto notó una sacudida y cayó hacia delante. Su cuerpo se estremeció como golpeado por un autobús sin frenos. Cuando llegó al suelo estaba convencida de que sin duda se había quedado sorda.

## 21. Lucha de gigantes

Escuchó un ruido más allá de la capacidad de asimilación de sus oídos. Lo escuchó con su cuerpo, con cada poro de su piel, con sus entrañas. Tardó unos segundos en darse cuenta de que no podía respirar porque tenía la boca y la nariz aplastadas contra el fango. Se incorporó sobre los codos, aturdida, y se limpió la boca con el dorso de la mano. En su muñeca quedó grabado un dibujo de sangre mezclada con barro.

Observó la escena con la curiosidad de un niño pequeño. No recordaba bien dónde se encontraba ni qué estaba haciendo antes de que el mundo estallara. Todo tenía un aspecto borroso y un color extraño, como si hubiese viajado a un planeta extraterrestre. No parecía ser de día ni de noche. Era como no estar en ningún lugar ni en ningún momento.

Cuando logró enfocar la vista, vio mucha gente que se dirigía hacia ella bajo la lluvia. La mayoría eran hombres desconocidos de traje y corbata, pero había otras personas que le resultaban familiares. Una mujer con el pelo recogido en un moño apresurado corría con esa torpeza propia de los que no están acostumbrados a hacerlo. Un pánico ciego se leía en su rostro y la empujaba a apresurarse más allá de su capacidad física.

Al percibir el terror de la mujer, Luz se asustó. Miró al otro lado. A pocos metros de ella había tres cuerpos caídos: una inmensa mole de carne flácida, un anciano tan macilento que parecía un cadáver y un hombre entrado en años al que conocía de algo. El cuerpo del hombre humeaba a pesar de la lluvia. ¿Por qué demonios humeaba aquel hombre?

La consciencia de quién era ella y lo que estaba haciendo allí regresó al mismo tiempo que el dolor en la boca y en los oídos. El hombre tendido en el suelo era su padre, y humeaba porque acababa de ser alcanzado por un rayo.

Probablemente justo después de haberla apartado a ella de un empujón que la lanzó contra el suelo y la hizo golpearse en la cara.

Trató de levantarse y no pudo. Todo le daba vueltas. Sentía que iba a vomitar de un momento a otro. Un hilo de sangre delgado como una telaraña carmesí salía de su oído derecho. La nariz le palpitaba y la notaba hinchada, tumefacta. A trompicones, medio de pie, medio de rodillas, avanzó hacia su padre. Los primeros sicarios trajeados habían llegado ya hasta ellos, pero no prestaron atención a su padre, sino a los dos ancianos. Ernesto sujetó con gesto lívido la cabeza de don Maximilian mientras el mayordomo trataba de localizar su pulso bajo los pliegues de piel abotargada. Los sanitarios inyectaban un líquido de color fosforescente en una de las vías de don Arturo. Luz, cojeando, se abrió paso entre ellos y llegó hasta el cuerpo tendido que humeaba. Le dio la vuelta. Su padre tenía los ojos cerrados, el pelo erizado y la ropa chamuscada. No respiraba. Parecía un muñeco maltrecho abandonado a la lluvia.

Se sobrepuso al horror y lo sacudió por los hombros.

—¡Papá! —gritó—. ¡Papá! ¡Despierta, vamos!

Lo zarandeó con más fuerza. Luego apoyó una oreja contra su pecho. No escuchó nada, pero no supo si era porque el corazón de su padre no latía o porque ella se había quedado sorda. Puso las yemas de los dedos en su cuello, justo sobre la mancha roja de una quemadura.

No tenía pulso.

Desesperada, recordó las maniobras de reanimación del curso de protección civil. Las había visto mil veces en las películas. Gateó hasta colocarse a un lado del cuerpo, le tapó la nariz y sopló tres veces en el interior de su boca. Luego se encaramó sobre su pecho y, con las dos manos entrelazadas, apretó con todas sus fuerzas sobre el esternón, una, dos, tres, cuatro... treinta veces. Regresó a la boca y volvió a insuflar aire (¿Eran dos o tres bocanadas? No conseguía recordarlo). Presionó su pecho de nuevo: uno, dos, tres, cuatro. Un líquido caliente se le escurría por la cara hasta la barbilla. Trece, catorce, quince, dieciséis. No se paró a averiguar si se trataba de sudor, lágrimas o sangre. La lluvia lo limpiaba todo. Veinte, veintiuno, veintidós. Siguió haciendo la maniobra de reanimación. Apenas fue consciente de que varias personas estaban formando un círculo a su alrededor. Alguien sollozaba. Distinguió las gastadas deportivas de Tom, o tal vez eran las de Fani. Hubo un trajín indescifrable justo detrás de ella

cuando retiraron la plataforma de don Maximilian y se llevaron a don Arturo en una camilla. Nada de eso importaba ya. Ella pensaba seguir allí el resto de su vida si hacía falta. No permitiría que su padre muriese de ese modo, por culpa de una profecía ridícula y de dos carcamales ególatras. Alguien le puso una mano en el hombro. Habían pasado varios minutos, o varias horas. Sentía algo parecido a un calambre en las muñecas y en los antebrazos. La mano en su hombro se crispó.

—Déjalo —la voz, masculina, desconocida, sonaba lejana.

Ella levantó la mirada. Ni siquiera se sorprendió de poder oír, aunque fuera entre brumas. Era el chico de la guitarra el que le había hablado. Detrás estaba su madre, con los ojos nublados, abrazada a la madre de Fani. Tom había tomado a Fani por la cintura sin llegar a abarcarla. Los dos estaban muy pálidos y Fani lloraba. Nunca la había visto llorar.

Luz solo oía con claridad el sonido de su propia respiración agitada. Miró alrededor. Los dos viejos habían desaparecido, y también la mayor parte de su séquito. Únicamente quedaban allí el chico de la guitarra y Big Joe, como piezas de ajedrez en un tablero equivocado. La tormenta había amainado, convertida en un aguacero sin importancia.

—¿Dónde están? —murmuró Luz con voz ronca.

—¿Quiénes? —preguntó el chico.

—Ya sabes quiénes.

Él dudó antes de responder.

—Se los han llevado.

—¿Están muertos?

—Quizá.

Luz supuso lo que eso significaba. Quizá significaba no. Quizá significaba los mejores médicos del mundo los recompondrán sin reparar en gastos, porque ellos son los amos, ellos son los señores, y no pueden morir aunque solo sean seres humanos porque son algo más que eso. Bien, pues su padre también era algo más, y tampoco iba a morir. No aquel día. No delante de sus narices. No lo permitiría.

En su cabeza volvió a sonar la música. *Lucha de gigantes*.

De un manotazo apartó el brazo del chico y se abalanzó de nuevo sobre el cuerpo tendido. Sopló dos veces en la boca y regresó al pecho, apretando con todas las fuerzas que le quedaban, arriesgándose a romperle una costilla. Uno, dos, tres, cuatro. Despierta, vamos, despierta. No podemos dejarlo así.

Trece, catorce, quince, dieciséis. Lo último que hicimos fue discutir, tirarnos a la cara los últimos años. Veinte, veintiuno, veintidós. No te atrevas a morirte. No hasta que me hayas pedido perdón y yo te haya podido perdonar. Veintiocho, veintinueve, treinta.

Un estertor surgió de la tráquea de su padre. Abrió los ojos, apenas una rendija, y sus manos se sacudieron en un espasmo. Respiraba. Luz le tomó el pulso en el cuello. Era leve, irregular, pero allí estaba. Sintió que su propio corazón iba a estallarle en la garganta. Su madre lloró y rió a la vez. Se oyeron gritos de incredulidad y alivio. Con las manos temblorosas, Luz tumbó a su padre de lado y dijo entre jadeos:

—Hay que llevarlo a un hospital.

Nadie se movió. Nadie dijo nada. Luz se levantó.

—¡Hay que llevarlo a un hospital! —gritó.

—Nosotros tenemos un coche —dijo el chico de la guitarra dirigiéndose a su compañero. El gordo dudó—. Anda, Big Joe, tráelo.

—Pero el viejo...

Luz se colocó frente a Big Joe. Lo miró a los ojos. No te atrevas a decirme que no, decía su mirada. No te atrevas porque soy capaz de cualquier cosa. De cualquier cosa: ya lo has visto.

—De acuerdo... —murmuró finalmente Big Joe, y se alejó bamboleante en dirección al coche.

El vehículo se aproximó dando tumbos, embarrado hasta los parabrisas, y entre el chico de la guitarra y Big Joe subieron al padre de Luz al asiento trasero.

—Ve con él —le dijo Luz a su madre.

—Tú también estás herida —dijo la mujer.

—Solo son rasguños. Enviad una ambulancia en cuanto lleguéis. No me moveré de aquí.

—Pero...

—Haz lo que digo, mamá. —La voz de Luz sonó más cansada que exasperada, y había tanta seguridad en ella que su madre no replicó. Se subió al asiento trasero y sostuvo la cabeza de su marido. Luz la vio comprobar nuevamente su pulso antes de que Big Joe pusiese el vehículo rumbo a la ciudad.

Había dejado de llover y el día se estaba aclarando. Luz se volvió hacia sus amigos. La mujer anciana, tan pequeña como un niño, se abrazaba a Tom



con brazos temblorosos. Fani conversaba muy alterada con sus padres. Por un instante no pudo creerlo. Habían vencido a los amos del mundo, o al menos así lo parecía: ellos y sus oscuros secuaces habían desaparecido como malos recuerdos arrastrados por la lluvia mientras que los demás, las personas reales, las pulguitas de carne y hueso que movían los engranajes, seguían allí, abrazándose, ocupándose los unos de los otros, llorando y riendo juntos. Comprendió entonces que ante sus ojos se estaba encendiendo una llama callada, discreta, casi subterránea, pero invencible, más poderosa que todos los tentáculos de don Arturo y don Maximilian, tan antigua como las fuerzas de la naturaleza, tan intensa como el rayo que había estado a punto de fulminarla. Y comprendió también que aquella era su fuerza, que Luke Skywalker no era nada sin Han Solo y Leia, que Frodo Bolsón era menos que nada sin Sam, Merry o Pippin, que esa era la razón por la que millones de personas de todo el mundo se sentían cautivados por esas historias inmortales. Comprendió, en fin, que aquello sin nombre que estaba sucediendo allí, en ese lugar y en ese momento, era la única historia, la verdadera Historia que dormía en el interior de todas las historias, aquello que tanto temían los dos ancianos porque no podían comprenderlo ni poseerlo.

No importaba si todo había sido un final en falso y los ancianos regresaban algún día: volverían a vencerles. Ahora estaba segura.

Con esa certidumbre se alejó unos pasos de allí. La cabeza le palpitaba y sus piernas parecían de gelatina, pero algo que debía ser un destello de felicidad la mantenía en pie. Lo que más deseaba ahora era darse una ducha caliente y dormir durante tres días seguidos, quizá después de haberse metido en el estómago media docena de flamenquines con mayonesa.

Un ruido detrás de ella la distrajo de sus ensoñaciones culinarias. Cuando se volvió, se encontró con el chico de la guitarra que la miraba con su gesto indescifrable.

—Creo que has logrado impresionar a los viejos —dijo.

Luz no supo si hablaba en serio o no, ni le importó. Resultaba curioso: hacía dos días, aquel joven le había resultado fascinante, con ese atractivo turbio y algo canalla que tienen algunas personas, el tipo de chico con el que una adolescente como ella soñaría en las noches de verano, pero ahora solo veía a un mercenario sin escrúpulos ni desodorante calándose hasta los huesos.

—Me alegro de que todo haya terminado bien —dijo el chico y, como Luz guardaba silencio con obstinación, añadió—: ¿Es que no vas a decir nada?

—¿Qué quieres que diga? ¿Quieres que te dé las gracias? ¿Tú también quieres limpiar tu conciencia? Pues ponte a la cola.

El chico encajó el golpe con una sonrisa.

—De acuerdo —dijo—. Me lo merezco.

Luz sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Por qué diablos trabajas para ese vejstorio?

—Alguien tiene que hacerlo.

—Pero podrías...

El muchacho la silenció apoyando dos dedos sobre sus labios. Luego le apartó un mechón de pelo empapado del rostro para dejar al descubierto su ojo albino. Se había acercado a ella más de lo necesario.

—¿Sabes qué? —dijo el chico—. Creí que la profecía era otra chaladura del viejo. Ahora no estoy tan seguro. Tal vez, después de todo, sí que seas la elegida y algo haya empezado a cambiar hoy.

Luz abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.

—No deberías tapar tu rostro. Todo el mundo tendría que ver lo que hay en él.

Él se acercó aún más. Luz supo que iba a besarla. Algo se rebeló dentro de ella. ¿Quién se creía este chico que era? Lo detuvo poniendo una mano en su pecho, con suavidad pero con firmeza.

—No —dijo—. Así no. —El chico la miró sin comprender. Al parecer, tampoco él estaba acostumbrado a recibir negativas—. Yo decidiré cuándo y cómo.

Le dio la espalda y se encaminó hacia sus amigos. Aunque aún estaba mareada y las piernas apenas le obedecían, sentía que una fuerza indómita dirigía sus pasos, una corriente eléctrica que surgía del centro de la Tierra que la recorría de los pies a la cabeza. Ahora ella era su propia brújula y su propio camino. Nunca más se escondería. Nunca más iría a dónde le marcasen los demás.

Se permitió mirar un instante por encima del hombro, segura ahora de que no había allí detrás nada que pudiera interesarle. El chico de la guitarra, alejándose en silencio, se había convertido en una silueta que se perdía en el horizonte.

Notó una mano que se posaba con delicadeza en su hombro. Era Fani.

—Vámonos a casa, Luz.

La chica asintió despacio.

—Sí. A casa. Vámonos a casa.

## 22. Después de la tormenta

El pequeño patio del instituto era un tumulto de chavales de primer curso que corrían tras una pelota deshilachada. Los técnicos del Ayuntamiento habían concluido que la estructura del edificio estaba en perfecto estado y que la declaración de ruina había sido una falsa alarma debida a un exceso de celo. Alguna asociación de padres puso el grito en el cielo, pidió la dimisión de varios concejales y secretarios generales y amenazó con una manifestación. Al cabo de unos días, sin embargo, el ruido descendió a los niveles habituales, la polvareda se asentó y la rutina escolar volvió a la normalidad.

Luz, Fani y Tom habían buscado un rincón tranquilo cerca del pasillo que conducía a los aparcamientos. Allí crecía un ficus y era agradable cobijarse bajo su sombra ahora que la primavera avanzaba y el sol empezaba a caldear el aire en exceso. Los tres estaban sentados en un banco de piedra punteado de excrementos de pájaro.

En el rostro de Luz aún quedaban algunos vestigios de la mañana de la tormenta: un corte a medio curar en el labio inferior, un gran moratón en la mejilla y algunas magulladuras menores. Cualquiera podía verlos, al igual que su ojo albino, porque llevaba el pelo oscuro recogido en una cola de caballo.

—¿Entonces tu oído malo es...? —preguntó Fani.

—El derecho, ya te lo he dicho. Los médicos creen que recuperaré algo de audición, pero que nunca será el cien por cien.

—Pues vaya piltrafa que estás hecha. Ahora tienes un ojo albino y un oído chungo.

—Vete a la mierda.

Las dos sonreían, desmintiendo la brusquedad de las palabras. Era bueno saber que podían bromear sobre cualquier cosa sin temor de que la otra se molestase.

—¿Y tu padre? ¿Cómo está? —preguntó Tom.

—Mejor. Le darán el alta mañana o pasado.

—¿Ya puede mover el brazo?

—No mucho. Nos han dicho que es pronto para saber si tiene algún daño permanente. Que hay que hacerle pruebas, rehabilitación, todo eso. —No dijo en voz alta lo que estaba pensando: que, además, su padre probablemente perdería el empleo—. Pero qué hay de vosotros, ¿eh? Todavía no me habéis contado qué hicisteis cuando me invitaron a pasar el día en casa de don Maximilian.

Fani pareció turbada.

—Oh, bueno, nuestros amigos el gordo y el flaco estaban por allí rondando y nos habían visto. Ya sabes, Big Joe y el chico de la guitarra. —Hizo una pausa para ver si esta mención causaba alguna reacción en Luz, pero no fue así—. Pasaron como una exhalación persiguiendo el coche en el que te fuiste, así que aprovechamos para largarnos antes de que algún otro matón a sueldo intentara secuestrarnos. Fue muy divertido, visto ahora, aunque creo que ya he cubierto el cupo de emociones fuertes para el resto de mi vida.

—¿Y qué pasó después? —insistió Luz—. No podíais regresar a vuestras casas.

Fani y Tom se miraron. Los dos se habían ruborizado.

—Fuimos al cine —dijo por fin Fani.

—¿Al cine?

—Sí, al cine Victoria. Había pases matinales de *Esta casa es una ruina* y Tom conoce una entrada trasera por donde colarse sin pagar. Nos pareció un buen sitio donde refugiarnos.

—¿*Esta casa es una ruina*? No puede ser.

—¡Nos la tragamos dos veces! —dijo Tom con expresión mortificada.

—Uf. Casi prefiero a don Maximilian y su gastritis. —Luz sonrió, no por su ocurrencia, sino porque sus amigos seguían ruborizados.

—Al salir fuimos a ver a mis colegas —dijo Tom—. Los frikis, como los llama Fani. Me prestaron el receptor de GPS y te localizamos.

Fani le propinó un manotazo en el cogote sin venir a cuento, como si

temiese que Tom fuera a decir a continuación algo que no debía ser dicho. El muchacho se masajeó el cuello y cerró la boca.

—¿Y ya está? ¿No pasó nada más? —preguntó Luz, divertida.

—No. Nada más. ¿Qué más querías que pasase?

—Solo preguntaba.

—Pues deja de hacer tantas preguntas. —Fani se puso bruscamente en pie—. Tengo que hablar con Toñi sobre el entrenamiento de esta tarde. Luego os veo.

Se alejó con torpeza. Todos sabían que el equipo de fútbol femenino nunca entrenaba los lunes. Las mejillas de Tom estaban tan enrojecidas que parecía a punto de sufrir una lipotimia. Luz se compadeció y decidió cejar en el interrogatorio: si había ocurrido algo entre los dos, ya se lo contarían cuando ellos mismos se aclarasen.

—¿Sigues sin haber noticias de Ernesto? —farfulló Tom.

La mención del hijo de don Maximilian hizo que la sonrisa desapareciese del rostro de Luz.

—No —dijo—. Lleva una semana sin venir al instituto. Los profesores no saben nada.

—A lo mejor puedes acercarte a su casa... No sé, a preguntar.

Luz se encogió de hombros. ¿Ir hasta aquel caserón decadente donde la habían retenido como prisionera? Qué tontería... Claro que, aunque quisiera negárselo a sí misma, lo cierto es que la idea se le había pasado por la cabeza una docena de veces en los últimos días.

—Sí, tal vez lo haga. —Carraspeó y le pareció conveniente cambiar de tema—. Por cierto, te recuerdo que tenemos pendiente una partida a *Un espía en Isengard*.

Tom asintió.

—Sí. Con todo este lío ni siquiera le he quitado el precinto. Podemos quedar este fin de semana.

—Eso sería estupendo. Oye...

—¿Qué?

—Lo hiciste genial.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? El pararrayos, la interpretación de la profecía...

—¡Ah, ahora que lo mencionas! Creo que ya he comprendido por qué pensaban que «el año escondido del ciclo» era 1972, el año en que tú naciste.

—¿En serio?

—Sí, estuve dándole vueltas ayer. La idea se me ocurrió mientras repasaba el examen de química y me tropecé con los lantánidos. El lantano es el primero de los elementos de esa familia, y la palabra lantano significa literalmente «escondido», porque se encontró por primera vez oculto en un mineral de cerio. Pues bien, el lantano es el elemento 57 de la tabla periódica.

—Creo que me he perdido.

—Espera, espera, que ahora viene lo mejor. —Tom parecía entusiasmado—. Cuando inventaron las bicicletas las llamaron ciclos, ¿y sabes cuál es la ciudad de las bicicletas? Copenhague, la capital de Dinamarca. Pues bien, los romanos la llamaron Hafnia, de donde deriva el nombre Hafnio, el elemento 72 de la tabla periódica. Ahí lo tienes.

El chico la miró expectante. Luz seguía sin entender qué tenía que ver toda aquella rocambolesca deducción con ella.

—¿Qué es lo que tengo?

—Que 57 representa al lantano, el elemento escondido; y 72 es Hafnia, la capital de los ciclos. «El año escondido del ciclo» es la combinación de los números 57 y 72. Es decir, ¡el año 5772!

—Tom, yo nací en 1972.

El muchacho se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Ah, sí, claro. Se me olvidaba explicarte ese detalle. Naciste en el año 1972 según el calendario gregoriano que usamos en occidente, pero hay otros modos de medir el tiempo. Otros calendarios. Según la cronología sumeria, que es la más antigua de la que se tiene noticia, estamos en el año 5788, es decir, que tú en realidad naciste...

—... en el año 5772.

—¡Exacto!

—Todo eso es ridículo, Tom, perdona que te lo diga. Esa deducción está cogida por los pelos.

—¿A que sí? Precisamente por eso funciona. Encontraron el modo de encajar todas las piezas de la profecía. Y, si no encajaban, ellos las obligaban a hacerlo.

—Pero, por esa regla de tres, cualquier profecía puede aplicarse a casi cualquier cosa.

—Ahí está el truco de las profecías. Son como los horóscopos. Si dices algo lo bastante ambiguo y lo bastante genérico, cualquiera puede

identificarse con ello.

Unos pasos sobre la grava interrumpieron la conversación como un virus estomacal en plenas vacaciones de verano. Una voz desagradable y familiar dijo:

—Mirad, si son el pirado y la chalada.

Luz suspiró y notó como Tom se tensaba. Volvieron la cabeza a la vez. Vicente, el amigo de Ernesto, estaba plantado detrás de ellos. Al parecer había heredado por aclamación popular el puesto de su antiguo jefe e interpretaba con gran entusiasmo el papel, a juego con la entregada actitud de perdonavidas de los cinco neanderthales que le cubrían las espaldas.

—¿No os había dicho que este banco es nuestro? ¿Eh? ¿Y dónde está vuestra amiga, la... la marimacho? —gruñó Vicente, a quien seguían sin dárselo muy bien las palabras.

Hubo risitas entre los compinches. Alguna sonó como el gruñido de un cerdo. Luz agarró a Tom por la muñeca antes de que hiciera alguna tontería.

Se puso en pie. Estaba tranquila. La cólera era un fuego amable que le caldeaba el pecho. Se había enfrentado a matones de todos los pelajes, a dos millonarios sin escrúpulos, al terror oscuro de los túneles del metro, y había vencido a la mismísima muerte en forma de descarga eléctrica de varios millones de voltios. Todo el mundo tenía su propia historia y su talón de Aquiles particular. Un gamberro de patio de colegio no le causaba ninguna inquietud.

—Eso ha sido una ordinariez —dijo.

Vicente, sin dejar de reírse, se acercó a Luz con actitud amenazante.

—Pues a mí me parece muy gracioso.

—Porque eres un sociópata.

La expresión del chico se ensombreció de pronto. Sus amigos callaron. Se hizo un silencio repentino en aquel rincón solitario del patio.

—¿Cómo me has llamado?

—No sabía que además fueras sordo.

No había arrogancia en su actitud. Solo cierto hartazgo y la convicción de que era un momento tan bueno como cualquier otro para reclamar la cuota de dignidad que le correspondía. Vicente levantó un dedo que quería ser amenazador y lo sacudió delante de la cara de Luz. Ella ni siquiera lo miró. Dejó los ojos clavados en el rostro encendido del chico y sonrió.

—Te voy a saltar todos los dientes de esa estúpida sonrisa —dijo



Vicente.

Luz cerró los párpados con fuerza varias veces, como si estuviera sufriendo una reacción alérgica repentina.

—¿Qué haces, chalada? —preguntó Vicente.

—Te estoy maldiciendo. —Luz no dejaba de gesticular.

Vicente continuó aparentando suficiencia, pero retrocedió un paso.

—¿Que me estás qué?

Luz dejó de guiñar los ojos por un momento. Levantó las cejas todo lo que pudo y compuso su mejor gesto de desquiciada mientras se abalanzaba sobre Vicente y gritaba:

—¡Por los demonios del averno, Vicente Segura, por Belcebú, Satanás y Lucifer, aléjate de aquí o te hecho mi mal de ojo!

Vicente fingió que reía, aunque aferró instintivamente los amuletos y las estampas religiosas que siempre llevaba colgados del cuello. Dio varios pasos hacia atrás sin apartar la vista del ojo albino de Luz, hasta que trastabilló y cayó de culo. La chica se lanzó sobre él gesticulando como la pequeña Regan en *El exorcista*.

—¡Criaturas de las tinieblas, os convoco! ¡Por Luzbel y Gorthaur y Melkor y Morgoth! ¡Entrad en el cuerpo de este anormal y dejadle las tripas secas!

Vicente rodó por el suelo y se intentó poner en pie a trompicones, pero volvió a tropezar.

—¡Déjame! ¡Aléjate, chiflada! —chilló.

Un par de brazos de los chicos de su pandilla lo agarraron por las axilas y lo ayudaron a levantarse. Mientras se alejaban corriendo de allí, Luz les gritó:

—¡Como vuelvas a acercarte a nosotros haré que se te caiga la picha a trozos! ¡Soy bruja y sé cómo hacerlo, te lo advierto!

Se hizo el silencio de nuevo. Luz miró a Tom, que tenía espasmos en los brazos y el rostro contraído. Tardó un instante en darse cuenta de que el muchacho no lloraba, sino que contenía la risa a duras penas.

—¿La picha a trozos?

Luz se encogió de hombros.

—No sé, es lo primero que se me ha ocurrido. Ese débil mental es tan supersticioso se creería cualquier cosa.

Por fin Tom rompió a reír. Cuando Fani regresó lo encontró sujetándose el estómago con las manos y a punto de perder el equilibrio. Entre hipidos, no

dejaba de gemir:

—¡La picha a trozos! ¡La picha a trozos!

—Eh —dijo Fani—, ¿qué le habéis hecho a Vicente? Acaba de pasar corriendo delante de mis narices como si fuera un pavo en nochebuena.

Tom dejó de reír un instante, pero de pronto puso cara de haber olvidado las empanadillas en el fuego y empezó a troncharse de nuevo, con más fuerza que antes.

—¡Un pavo en nochebuena! ¡Un pavo en nochebuena!

El recreo terminó, y antes de enfilear el pasillo oscuro que la conduciría de regreso a clase de física (¿o era de filosofía?), Luz se obligó a recordar que era afortunada, que le quedaban la risa, los amigos, la familia, los libros, la música, el cine. Se obligó a recordar que su cumpleaños sería al día siguiente, y que los que debían estar estarían allí para celebrarlo. Se obligó a recordar que don Arturo estaba equivocado al creer que los que derriban gigantes son los redentores de la humanidad. Se obligó a recordar que, una vez vencido Goliat, David no tardaría en ocupar su puesto convertido en algo como mínimo igual de terrible; que Luke Skywalker, tras la derrota del Imperio, tendría que huir a una isla remota para escapar de los remordimientos del poder; que Frodo Bolsón abandonaría la Tierra Media antes de sucumbir a la desesperación y a la locura.

Esta vez los perdedores habían ganado. Se habían cambiado los papeles. Goliat había vencido a David, consciente por fin de su verdadero poder.

Los viejos volverían, de eso estaba segura, y la lucha de gigantes continuaría. Las frágiles pulguitas seguirían asistiendo a su pelea sin fin, seguirían sufriendo las consecuencias, huyendo sin rumbo de esas bestias y de sus tentáculos. Pero también seguirían teniendo los pies en la tierra y, de muchas maneras diferentes, estarían más vivos y serían más poderosos que los propios gigantes ocupados en la tarea absurda de convertir el aire en irrespirable. Ahora lo sabía. Ahora comprendía lo que quería decir Antonio Vega, con su voz que susurraba más que cantaba, en esa canción, *Lucha de gigantes*, que seguía adherida a su memoria, reverberando con nuevos ecos cada vez que la recordaba.

En aquel pasillo oscuro con un leve olor a cañería, entre paredes llenas de pintadas y huellas de zapatos, estuvo segura por primera vez en su vida de quién era ella misma, con su valor y su cobardía, sus altibajos, su ojo marrón y su ojo albino. Y comprendió que tal vez, solo tal vez, sí que fuera cierto que

ella era la elegida: la elegida para trazar su propio destino.

## 2017

Han pasado veintiocho años desde la caída del Muro de Berlín. Hace veintiséis años que nació la World Wide Web y se declaró la Primera Guerra del Golfo. Nelson Mandela fue proclamado presidente de la República de Sudáfrica hace veintitrés años y murió de extrema vejez hace cuatro. Han transcurrido dieciséis años desde el atentado suicida contra las Torres Gemelas de Nueva York y quince desde la aparición de la moneda única europea. La Gran Crisis Económica comenzó hace diez años, y fue el año pasado cuando Donald Trump resultó elegido cuadragésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América.

\* \* \*

Luz terminó el bachillerato a trompicones y tanteó varias carreras universitarias. Acabó licenciándose en ciencias físicas después de enterarse de que la ceraunología —la disciplina que estudia todo lo relacionado con los rayos— aún no había encontrado la respuesta exacta a la pregunta de cómo se forman los rayos en la atmósfera, y que los científicos jugaban con un puñado de teorías más o menos imaginativas, todas por igual pendientes de confirmación experimental.

Se imaginó a sí misma como una intrépida cazadora de tormentas, recorriendo con su todoterreno las pistas forestales enfangadas que conducían al ojo del huracán. Luego, sin embargo, descubrió la astrofísica, y se quedó para siempre teorizando sobre el estado plasmático y la materia oscura, observando otros mundos a través del ojo de un telescopio para tratar de comprender mejor este.

Fani y Tom siguieron sus propios caminos, pero los tres se veían a menudo, empeñados en preservar aquel sentimiento de pertenencia a una

tribu que una vez los convirtió en gigantes. No fue esta la última aventura que corrieron juntos.

Fani tuvo una carrera prometedora en la sección femenina de un conocido equipo de fútbol nacional, truncada por una lesión de rodilla recurrente. No se rindió. Fani nunca se rendía. Peleó por la visibilidad del fútbol femenino, y estaba empeñada en ser la primera mujer que entrenase a un equipo de la primera división. De momento dirigía, con bastante éxito, a un oscuro club de segunda al que había conseguido sacar del ostracismo. Luz siempre sonreía cuando la veía en la televisión, gruñendo a los periodistas y poniendo firmes a sus jugadores. Jamás tuvo la más mínima duda de que Fani conseguiría lo que se había propuesto o, al menos, de que nunca dejaría de intentarlo.

Tom estudió varias cosas relacionadas con la informática, y casi ninguna de ellas fue una titulación oficial de ningún tipo. Se especializó en animación por ordenador, firmó varios cortometrajes de terror cósmico mezclado con humor absurdo que tuvieron cierta repercusión en círculos especializados (el más famoso de ellos, que llegó a estrenarse fuera de competición en Sitges, se tituló *Los chupacerebros y un señor de Cuenca*) y acabó fichando por un estudio de animación al otro lado del mundo. En efecto: por fin se rodó la versión cinematográfica de *El señor de los anillos*, aunque no lo hizo Spielberg ni Lucasfilm, sino una desconocida productora neozelandesa al mando de un director de cine barbudo, orondo y sin duda un poco loco, y Luz tuvo el gran placer de ver el nombre de Tom (el verdadero) entre los interminables títulos de crédito.

El padre de Luz vivió muchos años más. Padre e hija se perdonaron sus mutuos agravios, pero no llegaron a recomponer por completo la relación que se había roto una década antes. Es posible que no hubiera pegamento lo bastante fuerte ni artesano lo bastante habilidoso para volver a colocar en su lugar todos los fragmentos. Hicieron las paces, aunque nunca pudieron recuperar el tiempo perdido ni restablecer la confianza fracturada. El padre salió muy bien parado de su convalecencia tras la caída del rayo, y después de unos meses de rehabilitación pudo hacer vida normal, si bien conservó como recuerdo una pequeña cojera apenas perceptible. Encontró empleo como aparejador en otra empresa de construcción y expió su culpa del único modo en que sabía hacerlo: trabajando como un mulo hasta que un infarto se lo llevó por delante, a pie de obra, años más tarde. Luz lloró con sinceridad

su pérdida.

Su madre siguió resignándose en silencio, como habían aprendido a resignarse las mujeres de aquella generación, tanto antes como después de la muerte de su marido y, aunque su orgullo por los logros de su hija era genuino, aquella sensación de vaga preocupación, de indefinible tristeza grabada tan indeleblemente en su interior como si estuviera programada en su ADN, nunca la abandonó.

Con el correr del tiempo, el recuerdo de lo que había sucedido aquellos días de los inicios de la primavera de 1987 se fue emborronando en la memoria de Luz como una emisora de radio mal sintonizada, hasta el punto de que las persecuciones en el metro, la huida del rascacielos, los aposentos oscuros y malolientes de don Maximilian, la tormenta que casi mató a su padre, se convirtieron en escenas de una película protagonizada por otra persona que solo se parecía a ella remotamente.

¿Qué sucedió con los dos ancianos, preguntas? Bien, tal vez no te sorprenda si te digo que se repusieron de la caída del rayo, de las heridas, las quemaduras, las lipotimias, las paradas cardíacas o lo que fuera que la tormenta les hubiera producido, reencarnados en sí mismos, parapetados en el interior de sus guaridas, de sus torres de marfil de hormigón y cristal o de mármol y terciopelo polvoriento, y desde allí siguieron dirigiendo el circo de pulgas, de esas pulguitas que se afanaban cada día a pie de calle. Sus caminos y el de Luz volvieron a cruzarse en varias ocasiones, pero esa es otra historia que debe ser contada en otra ocasión. Entre tanto, Luz los vigilaba en la distancia, intentando imaginar lo que estarían tramando tantos años después, más allá de cualquier límite de edad concebible para un ser humano normal, tal vez conectados a ingenios médicos con aspecto de aparatos de tortura; tratando de averiguar si aún pretendían moldear el mundo según sus mezquindades y odios particulares o si, por el contrario, los habrían sustituido otros individuos de su misma catadura. «Hay otros», le había dicho don Arturo en una ocasión. Otros. Tal vez decenas, centenares de tipos como ellos.

Cada vez que veía un noticiario, escuchaba la radio u ojeaba un periódico, no podía dejar de sospechar que uno de los dos había conseguido ganar una batalla al otro en algún rincón del mundo, que alguien estaba logrando imponerse por fin en su guerra secular. A veces le parecía que así debía de ser, porque todo había cambiado irremisiblemente desde los años

ochenta, la tecnología de consumo inundaba la vida en un espejismo de opulencia vacua, sin propósito, y todo era moderno y sin alma mientras la indefensión y el temor se adueñaba de la vida, de la muerte, del aire que respiraban, como en el rascacielos de plástico, vidrio y metal de don Arturo. Entonces se rebelaba y apagaba el teléfono móvil, cancelaba sus cuentas en las redes sociales, guardaba el Kindle en un cajón para sacar un libro de papel. Sin embargo, pronto se rendía a la evidencia de que ella también pertenecía al mundo que entre todos habían creado, unos por acción y otros por omisión. Otras veces, le llegaban ecos de lugares lejanos donde había gente que se inmolvaba, que adoraba a antiguos dioses, que vivía en cuevas de piedra y tierra; o de lugares no tan lejanos donde se desperezaban los viejos prejuicios hacia lo desconocido, hacia lo diferente, donde cáscaras de nuez naufragaban en el mar y ríos de gente huían perseguidos por los viejos demonios de siempre, donde el miedo y la furia volvían a rugir desde las tribunas, desde los púlpitos, desde los parlamentos. Imaginaba que don Maximilian estaba presentando batalla escondido en su mansión de mármoles vetustos y muebles labrados, utilizando a la gente como peones de un juego macabro que ignoraba el dolor de los otros y que nunca terminaba porque el dolor no conocía medida.

Y siempre, siempre le quedaba un resquemor, un poso de malestar en el fondo del pecho, una idea que no lograba germinar del todo, la intuición apenas percibida de que había otro modo, otra manera distinta de estar en el mundo. De que se podía escapar sin miedo de la lucha de gigantes. De que había algo más antiguo, más poderoso que el odio ancestral de los ancianos, más poderoso que las espadas mitológicas, lo único a lo que realmente temían; una luz, un fuego tan brillante como un relámpago, que debía de existir antes que las ciudades, que los ingenios mecánicos, que los campos de trigo y espelta a orillas de ríos mitológicos, algo que sacó a la especie humana de la lista negra de la selección natural y que aún ardía en un lugar recóndito del interior de cada individuo, sepultado, quizá, bajo siglos de historia. Un fuego que habían conseguido encender en aquellos días de la primavera de 1987 y con el que habían cambiado el curso de una historia perdida de antemano. Luz lo buscaba. No sabía muy bien en qué consistía, pero lo buscaba por todas partes, en los posos del café, en los libros y en las pantallas de cine, en los ojos y la risa de alguien que despertaba en su cama una mañana perezosa de domingo. Cada vez que creía que casi lo tenía se le

escapaba entre los dedos como un sueño escurridizo.

En esas ocasiones se miraba en el espejo. Allí seguía su ojo albino, mirándola desde su reflejo como un viejo amigo que nunca le fallaba. Ella era la elegida, ya no le cabía duda. La elegida, como muchos otros, cada uno con su marca: una mancha de nacimiento en la espalda, el dedo de una mano más largo que el de la otra, tal vez unas orejas de una forma peculiar o una cicatriz en algún sitio inconfesable de la memoria. Daba igual. Los elegidos eran legión y su misión era buscar el camino y encontrar el último secreto escondido. Tenían una responsabilidad, un compromiso ineludible: el de convertirse en gigantes para salvar al mundo de los carcamales que pretendían repartírselo.

## Índice

1987

1. Bichos raros
2. Metro de Madrid les desea buen viaje
3. Nunca hables con extraños
4. Sola
5. Planes
6. Un viaje en la oscuridad
7. Calma aparente
8. Sala de espera
9. Señores del mundo
10. Otra maldita profecía
11. Huida
12. Orthanc
13. La noche más oscura
14. Rendición
15. La boca del lobo
16. El carcelero
17. Geolocalización
18. Amistades improbables
19. El prisionero
20. La elección
21. Lucha de gigantes



22. Después de la tormenta  
2017

A. M. Vozmediano nació en 1974 en Puertollano (Ciudad Real). Ingeniero en Informática por la Universidad de Málaga, trabajó como programador de ordenadores y desde el año 2000 ejerce como profesor de secundaria en diversos institutos públicos de Andalucía.

Como escritor, ha publicado las novelas de ciencia-ficción *Kepler 22B* y *Arcadia*, además de otras obras para el público infantil y juvenil como *Las puertas del sueño* o *Más allá de la niebla*. También es autor de diversos textos técnicos sobre programación de ordenadores. Muchos de sus relatos de ficción han visto la luz en antologías y revistas especializadas en literatura fantástica y de ciencia-ficción, y ha ganado premios como el Mejor Guión en el Festival de Cine Fantástico y de Terror La Mano Fest o el Premio al Mejor Relato Temático Fantástico TerBi 2016.

\* \* \*

**Blog personal:**

<http://ensegundapersona.es>

**Facebook:**

<https://www.facebook.com/amvozmediano>

**Twitter:**

@amvozmediano

**Página de autor en Amazon:**

<https://amazon.com/author/amvozmediano>